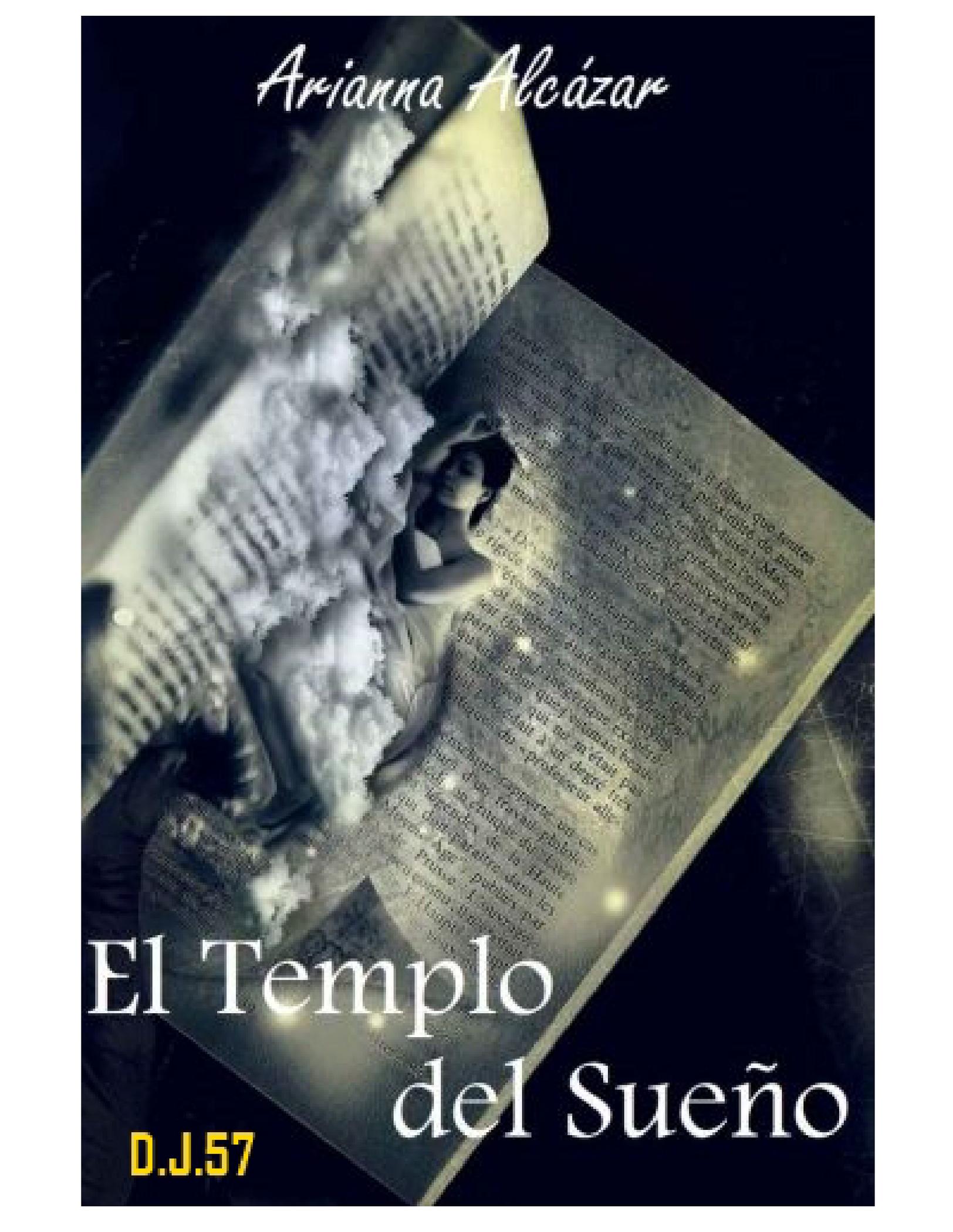


*Arianna Alcázar*



El Templo  
del Sueño

**D.J.57**

*Arianna Alcázar*

## EL TEMPLO DEL SUEÑO

*Arianna Alcázar* es Psicóloga Clínica y trabajó durante más de una década en un hospital psiquiátrico, en su consulta privada y como docente universitaria en Costa Rica, país del cual es originaria. Siguiendo su corazón, se mudó a un pequeño pueblo en Renania del Norte, Alemania, donde escribió su primera obra literaria: *A TRAVÉS DE LAS CARTAS* (“*El Tarot de la Pitonisa*”).

Publicación independiente (2019). Reservados todos los derechos acorde al Art.2 de la *Ley sobre Derechos de Autor y Derechos conexos N°6683 de la República de Costa Rica*. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático o transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito del titular del copyright. La infracción de dichos derechos constituye un delito contra la propiedad intelectual.

[arianna.alcazar@outlook.com](mailto:arianna.alcazar@outlook.com)



## A los misteriosos encuentros que tienen lugar en el mundo de los sueños...

### **NOTA DEL AUTOR**

*El Templo del Sueño descrito en esta obra es una*

*creación del autor y el lugar donde ha sido situado  
corresponde en realidad al LWL-Museum in der  
Kaiserpfalz (Museo del Palacio Imperial) en Paderborn,  
Renania del Norte, Alemania.*

# 1

## Loretta

Con sus escasos 30 años, Loretta creía que conocía todo lo relacionado con el sentimiento de pérdida. Aseguraba que cuando Santiago se había despedido de ella por mandato de los padres de ésta, ella se había sumergido en los rincones más profundos de la tristeza, la soledad y el vacío. Aunque claro, esto había ocurrido cuando Loretta era una adolescente enamorada de 16 años y Santiago era un hombre que rondaba el cuarto de siglo, sin oficio ni beneficio. Por estas dos razones, los padres de Loretta habían ordenado que la relación terminara, bajo amenaza de denunciar a Santiago ante la autoridad por mantener una relación afectiva con una menor de edad. Como podría suponerse, ante una amenaza así, el amor eterno puede encontrar de pronto una fecha de caducidad.

Pero aparte de la pérdida de su relación con Santiago, de unas cuantas mascotas en su infancia y de alguno que otro amigo que se pierde en el camino, en realidad Loretta no conocía nada más relacionado con despedidas ni tristezas profundas. Como único fruto del matrimonio de sus padres, había crecido prácticamente invicta de heridas emocionales y de los traumas que se guardan en un baúl bajo llave y que solo sacamos cada cierto tiempo cuando urge hacer un recuento de los daños para cambiar el rumbo de nuestra vida. Loretta, con sus largos rizos negros, sus ojos verdes, su piel blanca y su figura pequeña, había crecido envuelta en el amor devoto de su madre y protegida celosamente por la presencia de su padre. Así, ella se sentía como una princesa que siempre estaba a salvo dentro de una muralla invencible... o que al menos, parecía invencible.

Parecía, porque al llegar la adolescencia de Loretta, esa muralla no fue obstáculo para que Loretta y Santiago se enamoraran y se atrevieran a retar al mundo entero. Nunca se supo si era Santiago el intrépido escalador que se las ingeniaba para saltar la muralla y entregarle unos cuantos besos a Loretta para que ella los guardara en su boca que no sabía de besos ni pasiones; o si por el contrario, era la propia Loretta quien había logrado hacer un pequeño agujero a

través de la muralla para escabullirse de vez en cuando e ir a buscar a Santiago y entregarle en sus labios, los besos que él le había dejado la noche anterior.

Pero lo que todos en la ciudad sabían es que ese par, conformado por un hombre y una niña, no solo corría por las calles escapándose de la lluvia de Mayo que siempre terminaba por sorprenderlos y empaparlos al doblar alguna esquina, sino que también con frecuencia huían de la persecución de los padres de Loretta, quienes sospechaban que los enamorados siempre lograban vencer los obstáculos para reencontrarse. Y es que no hay misión más inútil que prohibirle el amor a una adolescente de 16 años e impedir que teja con sus cuentos de hadas, coartadas ingeniosas para encontrarse a escondidas con su amor.

Mayo estaba a punto de terminar y llegó una noche en que la Mano de Dios parecía haber apartado las nubes cargadas de lluvias interminables como quien corre las cortinas para dejar libre la ventana y ver así, una noche despejada. Por si fuera poco, parecía también que esa misma Mano había colocado una luna llena y cientos de estrellas temblorosas en el firmamento, con la clara intención de encender las pasiones en el pecho de los enamorados. No fue necesario que el trinar de las estrellas le suplicara a Loretta y a Santiago que aprovecharan la tregua que la lluvia les había dado y que pusieran a secar sus ropas al lado del fuego encendido dentro de sus cuerpos. Con Mayo casi despidiéndose del calendario, las sombras de Loretta y Santiago, así como sus propias pieles desnudas, se habían consumido en un único fuego. Después de esa noche, el cielo completo se había venido a meter dentro de sus almas mientras el amor les traspasaba los corazones y los hería a ambos por el costado izquierdo.

Ellos no lo sabían. No sabían que al entregarse los cuerpos, sus almas quedarían tatuadas con el nombre del otro. No sabían que aunque los caminos se separaran y el futuro les diera la espalda más adelante, habría siempre una noche de Mayo a la cual podrían volver cada vez que la nostalgia los embriagara. No sabían que lo eterno no es necesario prometerlo porque es un lenguaje que solo entienden las entrañas y el silencio. No sabían que la piel puede guardar memorias ancestrales y conservar intactos los olores y repliegues de otra piel, como si fuese el más grande tesoro. No sabían que aunque un fuego así se extinguiera, sus cenizas siempre seguirían ardiendo. Y tampoco sabían, que al día siguiente, el padre de Loretta leería las líneas que la adolescente había escrito con su puño y letra en su diario personal esa noche.

El diario de Loretta fue secuestrado por el padre con la tinta de su lapicero todavía fresca. Era la prueba irrefutable con la que podría denunciar a Santiago por haber seducido a una menor de edad. Y así se lo hizo saber a Santiago, cuando el padre se presentó al trabajo de éste, con la prueba innegable en sus manos. Como Santiago no podía articular palabra, el padre de Loretta no tardó más de cinco minutos en poner las cartas sobre la mesa: la próxima vez que se encontrara con Loretta, debía terminar la relación con ella y desaparecerse de cualquier lugar en donde su hija lo pudiera encontrar. La indicación era muy clara por lo que no había forma de no llevarla a cabo esa misma noche.

Por más que Santiago le explicara a Loretta las implicaciones legales de una denuncia así y por más que ésta le rogara, como solo se le ruega a Dios, que la llevara con él a donde fuera que Santiago pensaba perderse, él decidió romper la relación. Y junto con la relación, se rompió el corazón adolescente de Loretta, todos sus sueños de amor y la promesa de los cuentos de hadas de que serían felices para siempre. Antes de que Santiago se perdiera en el horizonte, le confesó a Loretta que nunca había amado a alguien como la amaba a ella y le prometió que en algún momento sus caminos se volverían a encontrar, cuando ya las razones por las que ahora se alejaba, no tuvieran ningún valor. Santiago dejó un beso agrídulce sobre los labios de Loretta y mientras ella lo veía alejarse, sentía como su piel entera se abría de par en par y como todas las lluvias interminables de Mayo se habían agolpado de repente en sus ojos verdes. Todas las lágrimas que nunca habían caído de los ojos de Loretta, esa noche rodaron por todo el suelo haciendo charcos.

Santiago cumplió la palabra que le dio al padre de Loretta y de él nunca más se volvió a saber en la ciudad. Era como si nunca hubiera existido. Ni siquiera podría decirse que se había convertido en un fantasma porque de ellos se puede advertir su presencia. Nunca más se volvió a decir su nombre en la casa de Loretta, donde ella volvía a estar a salvo tras la muralla invencible aunque con su corazón hecho polvo. Las dos semanas que le siguieron a la despedida, Loretta se aferraba a una ilusión que a veces pasaba por su mente como una estrella fugaz y acto seguido, rozaba con su mano su vientre. Hubiera tenido la luz de una esperanza si una luna nueva en su calendario no se la hubiera arrebatado al confirmarle que no había nada en su vientre que le permitiera conservar un pedazo del corazón de Santiago. Hasta del rincón más recóndito de sus entrañas, Santiago se había llevado su presencia. Entonces entendió que, por más que ella se negara a aceptarlo y a pesar de la promesa de Santiago de

volverse a encontrar algún día, su historia de amor, la única que había tenido hasta entonces y por tanto, la que más había amado, había terminado para siempre.

Para Loretta siguieron días muy grises. Sí, era verano. Sí, la lluvia había dado tregua al envolverse el aire de la ciudad con olores de Navidad. Sí, había cielos despejados y azules. Sí, la vida seguía transcurriendo afuera del corazón de Loretta, el planeta entero seguía girando, la gente iba y venía, las risas de los otros resultaban tan escandalosas para Loretta, los calendarios pasaban y pasaban... pero la tristeza ya había encontrado posada dentro de su alma en ruinas.

Con el tiempo, Loretta creció. Llegaron otros amores y con ellos, volvieron también nuevas ilusiones. Ahora amaba menos, pero amaba mejor. Varias primaveras habían vuelto a poblar su jardín y muchos ruiseñores hacían eco de los pasos del sol en cada amanecer. Loretta empezó a silbar y al cabo del tiempo, a cantar. Luego volvió a sonreír e incluso llegó a reírse a carcajadas otra vez. Y es que, al fin y al cabo, había podido conservar casi todo lo más importante de su vida. Conservó la oportunidad de estudiar, a la que hubiera renunciado si se hubiera escapado con Santiago. Pudo ir a la universidad y estudiar la carrera que siempre había soñado. Pudo colocarse rápidamente en un buen lugar de trabajo donde pudo crecer profesionalmente a pasos agigantados. Pudo construir su propia casa y colocó en el jardín una fuente con una escultura de la Venus de Botticelli. Pudo comprarse un auto que la llevaba con frecuencia a enterrar sus pies en la arena y a enjuagar sus heridas ya cicatrizadas con la sal del mar. Pudo hacer viajes a los lugares más conocidos del mundo y también a algunos que podían pasar desapercibidos para los turistas. Y sobre todo, Loretta pudo conservar la muralla construida con la protección heroica de su padre y el amor devoto de su madre. Había perdido a Santiago, sí, pero había conservado todo lo demás, por lo que el balance al final de cuentas, no resultaba tan mal.

Al menos eso era lo que cada cierto tiempo ella se decía a sí misma y en el rostro por donde antes corría una lágrima, ahora solo aparecía una sonrisa. Las heridas parecían haber sanado después de todo y ahora se sentía en paz consigo misma. Y todo eso le bastaba para creer que ya lo sabía todo con respecto al sentimiento de pérdida. Pero cuando creemos que ya lo sabemos todo, la vida siempre se las ingenia para hacernos ver, que en lo que respecta a las pérdidas y a las tristezas y soledades que conllevan, hasta no perder la propia vida, siempre

tendremos cosas que aprender.

Una tarde, que también decía el calendario que eran los últimos días de Mayo, Loretta se encontraba en el salón de belleza dando un nuevo aire a sus largos rizos negros. En su vida, solo había conocido a un estilista y desde sus 6 años de edad, cuando sus pequeños pies ni siquiera podían llegar al piso desde la silla en donde el estilista esculpía sus obras de arte, ella le había prometido fidelidad hasta que la muerte de alguno de los dos, los separara. Por eso, como cada cierto tiempo, Loretta llegaba al salón de belleza a poner su cabello en las manos de su estilista de toda la vida.

Mientras los compuestos químicos le devolvían la sedosidad y el brillo a sus rizos, Loretta miraba con desinterés una revista de farándula. Se detuvo un poco en la sección de horóscopo y luego en la de los escándalos de la familia real. Luego llegó a una remota sección que se titulaba “*una mirada atrás*”. En esta sección solían publicar de cuatro a seis fotos antiguas de ciudades famosas del mundo. Así fue como se encontró aquella foto que sin saber por qué, la había dejado tan fría como si se hubiera muerto.

La foto a blanco y negro guardaba en ella la vista de una pequeña calle de un Londres en ruinas que había sido gravemente bombardeado. Había escombros por todos lados y la calle parecía estar envuelta en una nube gris que no era la neblina típica londinense, sino el polvo que desprendían los muros al quedar reducidos a escombros. No había una sola persona en la foto. Solo escombros y polvo. Al lado izquierdo de la calle, sobre la acera, una casa conservaba la fachada aunque todo su interior había sido destruido. Sin saber por qué, Loretta deslizó su dedo índice hasta la parte inferior izquierda de la foto, al rincón de la puerta de la casa que solo conservaba la fachada y de pronto, un sentimiento de pérdida como el que nunca había conocido en su vida, la había congelado desde los pies hasta la cabeza. Y mientras seguía señalando con su dedo índice ese rincón, solamente decía para sí misma: “*aquí, aquí*”, pero ni ella misma sabía qué pasaba con ese rincón.

Ni siquiera porque su estilista dejó una verdadera obra de arte en su cabello, la sonrisa volvió a aparecer en su rostro. Y entre más pasaban los días que la alejaban de aquella foto, Loretta más se iba marchitando. Estaba ensimismada, triste todo el tiempo, con un profundo dolor en su pecho, con el rostro cada vez más pálido y con una desesperanza que parecía haber eternizado el más crudo invierno dentro de su alma. Sus tiempos de comida al día se iban

reduciendo al igual que las porciones en sus platos, hasta que simplemente la comida parecía atragantársele en su garganta, lo que de inmediato se reflejó en su cuerpo enflaquecido.

Sus padres, sus amigos cercanos, sus compañeros de trabajo, su jefe y hasta su doctor de cabecera, no paraban de interrogarla para tratar de comprender la causa de esa tristeza tan profunda. Y aunque ni la misma Loretta lo sabía, al final todos terminaban volviendo al mismo punto: aquella foto. Era como si esa foto hubiera marcado un antes y un después en su vida. Incluso el sentimiento de pérdida que sintió cuando Santiago se había ido hace casi 15 años atrás, de repente parecía minúsculo en comparación con el dolor que ahora sentía. Sin lugar a dudas, esa foto había sido una sentencia de muerte para Loretta.

Su doctor, dándose por vencido después de un año de tratamientos de todo tipo con los mismos resultados, tomó la decisión de referirla con un psiquiatra a quien él conocía bien. A regañadientes y casi llevada del brazo por sus padres, Loretta se presentó ante el psiquiatra.

El Doctor Strauss había trabajado más de 30 años en un famoso hospital psiquiátrico en las afueras de la ciudad y ahora se dedicaba únicamente a atender en su consulta privada y a la docencia. Rondaba los 80 años. Era un señor muy alto, con una escasa cabellera blanca y suave, ojos grandes que con frecuencia aumentaban de tamaño al escuchar las historias de sus pacientes y con una piel arrugada y llena de manchas como testigos de los mejores soles que habían pasado por su vida. Loretta le entregó una carta de su doctor de cabecera donde, según lo que ella pudo descifrar, decía algo así como “*Depresión endógena de larga data resistente a todos los tratamientos (convencionales y alternativos)*”. El doctor Strauss sonrió al leer esas palabras.

Sonrió porque el Doctor Strauss nunca había creído en esa idea de la depresión endógena, resultado de que, sin razón alguna, el cerebro de una persona un día, de repente, decide reducir sus niveles de serotonina y noradrenalina para generar un estado de ánimo depresivo y una serie de conductas relacionadas con este estado de ánimo, afectando sobre todo el sueño y la ingesta alimentaria. No. El Doctor Strauss creía que siempre existía una razón, un factor capaz de precipitar esa reacción en el paciente. Aunque muchas veces, para encontrar ese evento y el significado que éste había tenido para la persona constituyéndose en un factor precipitante, era necesario superar la

pericia del famoso Sherlock Holmes y de su asistente Watson, para así encontrar las pistas que conducirían a él y que el Doctor Strauss aseguraba que estaban enlazadas con un hilo rojo casi imperceptible. Y ese factor precipitante, decía el Doctor Strauss, podía estar en cualquier lugar de la vida de la persona... literalmente, en cualquier lugar.

Además el Doctor Strauss afirmaba que usualmente lo que motivaba a un paciente a acudir a su consulta, era la reacción subjetiva al evento y su deseo de aliviar todos los síntomas producidos. Decía también que, en su mayoría, los pacientes podían identificar con toda claridad y certeza, el evento causante de esa reacción, por más simple o complejo que fuera, sin embargo, lo que no lograban hacer, era comprender el significado que ese evento había tenido para ellos. Y como los pacientes no comprendían el significado, ellos mismos se sentían desconcertados por la reacción que su psique tenía frente a ese evento aparentemente sin importancia. Y Loretta, era una paciente como la mayoría.

-¿En qué te puedo ayudar Loretta? –preguntó el Doctor Strauss mientras expresaba con todo su lenguaje no verbal que la escuchaba con total atención.

-Desde hace un año, desde Mayo del año pasado, vivo como si fuera un zombi –expresó Loretta y para evitar que el psiquiatra fuera a pensar que se trataba de algún pensamiento psicótico de corte nihilista, explicó inmediatamente –en el sentido de que estoy viva, pero por dentro, siento que toda la vida, toda la luz, toda la alegría y todo lo bueno, se hubiera desvanecido.

-Vamos por partes –dijo serenamente el Doctor Strauss. –Cuéntame de tu vida antes de Mayo del año pasado.

-Era feliz –respondió sin dudarle la paciente. –Con 30 años podríamos decir que tenía todo lo que cualquier persona quisiera tener: familia, salud, trabajo, dinero, viajes, casa propia, amigos, amores, todo. He logrado cada una de las metas que me he propuesto. Me gustaba la persona que era aunque como todas, podía reconocer mis defectos y limitaciones. Podríamos decir que la mayor preocupación en mi vida, era decidir a qué destino iría en mis próximas vacaciones largas.

-Y luego, ¿qué pasó? –preguntó con interés el Doctor Strauss.

-Luego todo perdió el color para mí y mi vida se hizo simplemente gris. Así, de la noche a la mañana, gris. Y en este año, he hecho todo cuanto he

podido para volver a sentirme bien, pero cada intento es un paso en arenas movedizas que solo me hundan más.

Y Loretta no exageraba. De verdad había hecho muchas cosas para intentar curarse. Había aprendido de la farmacodinámica de la fluoxetina y la sertralina, de benzodiacepinas y hasta de tranquilizantes mayores. Había conocido de la hipnosis tanto clínica como regresiva y progresiva, de técnicas psicoterapéuticas que implican estados del sueño REM en vigilia, de la terapia electroconvulsiva, de cultos religiosos con horarios específicos para hacer milagros, de psicología positiva, de aromaterapia, de Reiki, de biodescodificación, de meditaciones guiadas, de fototerapia, de consejeros espirituales, de acupuntura, de chamanismo, de cartas astrales, de yoga, de dietas alcalinas, de medicina ayurvédica, de adivinos, de médiums que contactan ángeles... de verdad que lo había intentado todo.

Por eso ella se enojaba tanto cuando algún insensato decía que lo que a las personas con depresión les hacía falta, era voluntad y tener a Dios en su corazón: ¡voluntad para querer curarse era lo que la había llevado a tocar todas las puertas posibles! ¡La creencia en un Dios era lo que la hacía ahuyentar el deseo de acabar con su vida cada vez que éste se asomaba por su ventana! Loretta decía que lo más fácil era criticar al que cojea sin conocer realmente cómo es caminar con sus zapatos. Ella estaba cansada de sufrir... y de intentar curarse. Y lo que la atormentaba más era el sin sentido de que hubiera sido por aquella foto que su vida se había desmoronado de esa manera.

-¿Qué fue lo que viste en esa foto? –preguntó con curiosidad el Doctor Strauss.

-¡Eso es lo más extraño de todo, Doctor! –expresó Loretta. Sacó de su bolso el recorte de la revista y extendió su mano para mostrárselo al Doctor Strauss. –Mírela usted mismo.

El Doctor Strauss observó con detenimiento la foto que aparecía en aquel trozo de revista. Si bien cualquier ciudad en ruinas devastada por alguna guerra siempre tiene la capacidad de inmutar a cualquiera que la mire, es claro que esa no necesariamente era la foto más desgarradora de algún capítulo oscuro de la historia de la humanidad: no se trataba de una foto que reflejara la crueldad y la miseria del ser humano perpetuadas contra la misma humanidad ni de algún monumento emblemático destruido. No se trataba tampoco del incendio que

redujo a cenizas el majestuoso Faro de Alejandría donde estaba la biblioteca más grande del mundo, cuya pérdida nos hizo retroceder más de 2000 años en la historia. No. Se trataba sencillamente de una calle cualquiera bombardeada, con algunas edificaciones en ruinas, escombros y polvo por doquier. Ni siquiera aparecía algún ser vivo doliente en esa foto que estuviera siendo víctima del horror de la guerra, no. Al pie de la foto, solamente decía “*Londres. 1918*”, por lo que esos bombardeos podían haber sido consecuencia de la Primera Guerra Mundial, aunque esa información tampoco se tenía con precisión.

-Le aseguro –dijo Loretta rompiendo el análisis silencioso que el Doctor Strauss hacía de la foto –que yo no vi nada más de lo que usted ha podido observar en esa foto. ¡Ni siquiera es porque me guste Londres! ¡Al contrario! He estado en esa ciudad y aunque la visité en verano, siempre la sentí tan fría que le aseguro que no se trata de empatía hacia ella... Pero, no sé. Fue como si esa foto me trasladara a lo más profundo de la tristeza, a un sentimiento de pérdida indescriptible que nunca en mi vida había experimentado.

-¿Podrías indicarme cuál es la parte de la foto que más te hace sentir así?  
–preguntó el Doctor Strauss intentando comprender.

-Aquí –señaló Loretta con su dedo índice –aquí mismo, debajo del marco de esta puerta. Es como si el más grande sentimiento de pérdida se resumiera en el rincón de esa puerta, pero no sabría decirle por qué me hace sentir así ese rincón.

-¿Crees o sientes que algo terrible pudo haber pasado en el rincón de esa puerta? –preguntó con interés el Doctor Strauss.

-Yo no –respondió Loretta y continuó –pero, curiosamente, una amiga que cree en esas cosas de la parapsicología, le llevó la foto a una señora que supuestamente tiene el don de la clarividencia. Mi amiga no le dijo nada a la señora, solo le mostró la foto y le preguntó qué veía ahí. La señora señaló el mismo rincón debajo del marco de la puerta y dijo que ahí había una mujer joven, de unos 26 años, agonizando. Que no estaba herida, a pesar de que la ciudad había sido devastada por la guerra, sino que estaba gravemente enferma, tanto físicamente como en su alma. Afirmó que sentía una gran pena por esa mujer porque lo único que ella anhelaba era morir. Y de hecho, la clarividente dijo que la mujer murió ahí, sola, en ese rincón de una calle en ruinas en algún lugar de Londres en 1918. Pero como le digo, yo no veo nada más que una

puerta de una casa destruida.

Sin lugar a dudas, esa foto, con los secretos que fuera que la foto guardara, constituía el factor precipitante del Trastorno Depresivo Mayor de intensidad Severa que Loretta presentaba, el cual había mostrado ser resistente tanto al tratamiento farmacológico como al tratamiento psicoterapéutico y a todas las demás terapias alternativas. Para el Doctor Strauss, el evento y la reacción subjetiva que conforman el factor precipitante estaban claros, sin embargo el significado que esa foto y sobre todo ese rincón bajo el marco de la puerta tenían para Loretta, seguía siendo un misterio. Por más que el Doctor Strauss y su pericia de Sherlock Holmes había buscado y rebuscado pistas en cualquier lugar recóndito de la historia de vida de Loretta, no había logrado encontrar la respuesta al enigma.

-En las terapias que has recibido –intervino el Doctor Strauss –sobre todo de hipnosis y de las que implican estados de sueño de movimientos oculares rápidos en vigilia o en las meditaciones guiadas, ¿ha surgido algún otro detalle o información relacionada con algún elemento de esa foto?

-No. Nada. Esas terapias han aportado detalles importantes de muchas otras cosas y me han ayudado sobre todo a cerrar el triste desenlace de mi historia de amor de adolescencia con Santiago hace casi 15 años y de quien nunca más volví a saber nada. Incluso en esas terapias tomábamos como blanco de inicio la propia foto, pero nunca logramos que surgiera alguna información adicional relacionada con ella –afirmó Loretta.

-Y cuando duermes, a través de tus sueños o tus pesadillas, ¿has visto algo más? –preguntó el Doctor Strauss.

Loretta se quedó pensativa ante esa pregunta inesperada. Sus sueños. Hace tiempo que esa palabra se había desvanecido del diccionario de su vida cotidiana. Y no solo por los sueños en vigilia que las personas con depresión ven evaporarse frente a ellos, sino también por los sueños que durante la noche la acompañaban mientras dormía y que desde hace un año, la habían abandonado.

-Ahora que lo menciona, Doctor –comentó Loretta –desde que vi esa foto hace un año, no volví a soñar. Es cierto que a veces me gana el insomnio y otras veces, la hipersomnia, pero no he vuelto a tener sueños. Puedo tener dificultad para conciliar el sueño o caer dormida en cuestión de segundos y dormir hasta 12 horas seguidas, puedo dormir toda la noche sin interrupción

alguna o de forma intermitente, puedo despertarme descansada o no, pero en ningún momento he podido volver a soñar. Y es bastante curioso, porque siempre tuve sueños muy claros a lo largo de mi vida, sobre todo relacionados con Santiago. Verá usted, como mis padres no me dejaban verlo, era casi imposible utilizar los medios de comunicación normales para ponernos de acuerdo y encontrarnos en algún lugar furtivo, pero los sueños eran como señales de humo entre nosotros: él me enviaba el mensaje, no sé cómo, pero yo podía descifrarlo a través de mis sueños. Después de que Santiago se fue, seguía teniendo sueños con él, aunque como era de esperarse, los sueños fueron disminuyendo en frecuencia hasta que prácticamente desaparecieron... tal vez, finalmente, perdimos la conexión que existía entre ambos.

Aunque el tono de voz de Loretta fue casi opacado por una inmensa nostalgia, los ojos del Doctor Strauss se iluminaron de repente, como si hubiera aparecido una pequeña gota de luz de la cual se pudiera beber esperanza. De inmediato, tomó el teléfono y habló un par de minutos en un idioma que parecía ser alemán. Una vez que terminó la llamada, tomó sus hojas para hacer una orden de internamiento. El rostro de Loretta palideció.

-¡No, Doctor, por favor! Se lo suplico, por favor, no. –El Doctor Strauss detuvo el lapicero con el cual había empezado a llenar la hoja de internamiento con los datos personales de la paciente. Ante la cara de interrogación del Doctor Strauss, Loretta continuó –Por favor se lo ruego: ¡no ordene mi internamiento en el hospital psiquiátrico! Sé que es el único tratamiento que me falta probar, pero por favor, ¡no quiero que me internen en el hospital!

El Doctor Strauss sonrió y continuó escribiendo en su hoja de internamiento. “*Todo saldrá bien, Loretta, ya lo verás*”, le dijo. Una vez que la hoja de internamiento estaba completa, el Doctor Strauss salió del consultorio y fue a la sala de espera donde se encontraban los padres de Loretta. Les entregó el documento y les dio otras indicaciones con respecto al lugar y al día en que debían presentarse. Mientras el Doctor Strauss hablaba, Loretta sentía como si todo su cuerpo estuviera cayendo por un abismo negro del que ya nunca podría salir.

2

Paderborn

**T**an solo 4 kilómetros. Esa es la distancia que deben recorrer las aguas del río Pader antes de llegar a los brazos del río Lippe, quien le ha prometido unirse para siempre, fundiéndose en un solo caudal, a orillas de un pequeño castillo: el Castillo de Neuhaus. Las aguas del Pader recorren despacio esos 4 kilómetros, como una novia que camina cadenciosa hacia el altar, confiando en la espera fiel de su amado. Sus 200 nacientes burbujan con gran algarabía a cada segundo en el Paderquelle, un apacible estanque natural donde más de un veintena de patos de colores demuestran sus acrobacias con gran elegancia, sin importar que sus jardines estén cubiertos de flores con todos los matices de la primavera o tan solo con una cobija blanca y suave en el invierno. Desde una banca en el centro

del Paderquelle, una sola mirada basta para retener en la memoria la imagen de la iglesia evangélica de Abdinghof con sus dos torres, el viejo hotel Petit Gallerie y las esculturas a las orillas del estanque, representando a los primeros pobladores que aprovechaban las aguas del Pader para lavar sus ropas, convirtiéndose en el principal punto de encuentro social de aquel tiempo.

Es posible acompañar el paso ligero de las aguas del Pader hasta los brazos de su amado para ser testigo de su idilio. Desde el Paderquelle, inicia un sendero natural que asemeja una galería de arte cuyas exposiciones cambian con cada estación del año. El sendero nace junto a las fuentes del Pader y corre paralelo a él por el Inselfspitzweg y luego por el Padersteinweg, donde el Pader abre sus brazos creando un lago con sus aguas serenas: el Padersee. Pero este lago es solo un respiro que las aguas del Pader toman antes de retomar su paso rumbo al encuentro definitivo con su amado Lippe, ya que el sendero natural continúa por el Emilie-Rosenthal-Weg, conduciendo a los transeúntes hasta las puertas del Castillo de Neuhaus, que fue por muchos años, la residencia oficial de los Príncipes-Obispos durante el Sacro Imperio Romano. Ahora sus jardines se visten de gala en cada primavera y recogen sus trajes desteñidos al final del otoño, llenándose de vida los fines de semana cuando las familias se amontonan en los diversos puestos de comida y las ventas de artesanía que de manera temporal se asientan a su alrededor.

Ese es el río Pader, el más corto de toda Alemania. Los primeros pobladores que se asentaron alrededor de sus 200 fuentes naturales, llamaron a este lugar Paderborn, ya que era el lugar donde nacía el río Pader. Paderborn, en Renania del Norte, aparece por primera vez en las páginas de la historia, cuando en el año 777 Carlomagno, quien era amante de los baños y las termas, decidió construir un palacio junto a las nacientes del Pader. El palacio tenía una iglesia anexa, en la cual Carlomagno creó la Archidiócesis de Paderborn en el año 799, fundando así el pueblo de Paderborn. Fue durante esta celebración, que Carlomagno y el Papa León III conversaron por primera vez sobre la posibilidad de coronar a Carlomagno como Primer Emperador del Sacro Imperio Romano, hecho que ocurrió al año siguiente.

A pesar de la belleza y la serenidad en el casco antiguo de Paderborn, el cual es resguardado por los restos de la muralla que hace más de 1200 años protegía al palacio carolingio, a las nacientes del Pader y a los caseríos de sus pobladores, lo cierto es que Paderborn es una ciudad que suele pasar

desapercibida para muchos turistas. Aunque aquí haya nacido el primer ordenador fabricado por Heinz Nixdorf, aunque ahora sea uno de los mayores centros de alta tecnología de Europa, aunque cuente con una universidad y con una de las facultades de teología más antiguas de Alemania, aunque en el Castillo de Wewelsburg en las afueras de la ciudad haya estado la sede de la SS en la II Guerra Mundial, Paderborn con sus 140 mil habitantes, tal vez solo sea visitado por algún turista que aprovecha un trasbordo entre trenes.

Al menos eso fue lo que le dijeron a Loretta y a sus padres cuando compraron un billete de tren a Paderborn, siguiendo las indicaciones del Doctor Strauss. Con una pequeña maleta cada uno, llegaron cerca del mediodía al andén número 4 de la estación central de Paderborn. Al lado del estacionamiento de la estación, estaba el pequeño hotel donde habían hecho las reservaciones pertinentes.

-Deberíamos descansar un poco antes de buscar el lugar que nos indicó el Doctor Strauss –dijo el padre de Loretta, quien había asumido el papel de líder del trío de turistas.

-¡Y darnos un buen baño! –agregó la madre –para quitarnos el cansancio de tantas horas en tren.

-Espero que todo este esfuerzo valga la pena... -dijo Loretta casi en un suspiro. –No sé si Paderborn podrá erosionar de mi alma este gran dolor... -expresó con cierta desesperanza.

-Verás que sí, hija –le dijo su madre mientras acariciaba los largos rizos negros de su hija con la intención de infundirle un poco de confianza –por lo pronto, vamos a descansar, a comer algo ligero y luego ir a buscar ese lugar.

Así lo hicieron y luego salieron del pequeño hotel y caminaron por la Bahnhofstrasse hasta la fuente en el transitado cruce de Am Westortor. Decidieron continuar su búsqueda por un largo camino que bordea el casco antiguo y que sigue el rastro de la muralla de piedra. Mayo había llenado de colores y de árboles frondosos todo el camino por donde alternaban los transeúntes con sus mascotas, las bicicletas con ciclistas de todas las edades, los adultos mayores que todavía podrían contar los horrores de la guerra y tantas otras personas que parecían haberse acostumbrado a la belleza y a la quietud de ese camino. Caminaron junto a la calle Le-Mans-Wall y la Liboriberg hasta el puente de Kasseler-Tor.

-Según leí, en las fiestas patronales de Paderborn a finales de julio, cierran estas calles –dijo el padre señalando Le-Mans-Wall y Liboriberg –y las llenan de jardines cerveceros y juegos mecánicos. Además los puestos de ventas de comidas y artesanías se extienden hacia el casco antiguo de la ciudad, alrededor del Domo de la Catedral y del Ayuntamiento. Las fiestas son dedicadas a San Liborio, el patrono de Paderborn.

-¡Habrá que venir alguna vez a finales de julio para verlo nosotros mismos! –comentó entusiasta la madre.

En silencio, los ojos de Loretta intentaban dimensionar cómo podrían verse las apacibles calles de Paderborn inundadas de jardines cerveceros, juegos mecánicos, puestos de venta de comidas y artesanías, colores, risas, familias enteras, niños, jóvenes, adultos mayores y hasta mascotas, durante los días de verano en las fiestas de San Liborio. El solo imaginar tanta alegría reunida en dos calles, solo acentuaba más la tristeza en su pecho, porque cuando una persona es embargada por la depresión, la felicidad de los otros, solo clava estacas en el corazón del deprimido. La alegría de los otros, simplemente duele.

San Liborio es el santo patrono de Paderborn y en su Catedral reposan las reliquias del santo francés originario de Le Mans. Las reliquias fueron obsequiadas por los franceses a los pobladores de Paderborn en el año 836, con la consigna de que un pavorreal los guiaría hasta el lugar donde San Liborio quería que le erigieran una iglesia donde dejar descansar sus restos. Aunque los pavorreales no se mantienen en el aire por mucho tiempo, según la leyenda, éste pavorreal voló durante todo el camino desde Francia hasta Alemania, guiando a los habitantes de Paderborn hasta el lugar donde el santo quería que le construyeran su iglesia. Justamente el pavorreal se posó sobre los restos de la iglesia que estaba anexa al palacio del Emperador, por lo que la Catedral se erigió en ese mismo lugar. No se sabe si fue una casualidad nada más o es que tal vez, el pavorreal también tenía gustos imperiales como Carlomagno y gustaba de las termas naturales.

Mayo en Paderborn era diferente para Loretta. La lluvia intermitente y el aroma afrodisíaco de la tierra mojada de Mayo en su tierra natal, habían sido disipadas por la primavera que engalanaba ahora con sus guirnaldas de flores y mariposas todo aquel camino peatonal por donde ella caminaba buscando el lugar al cual el Doctor Strauss la había referido. Un Mayo diferente lograba encender una pequeña chispa de esperanza en el corazón de Loretta. “*Si las*

*lluvias y la humedad del Mayo que siempre conocí, pueden transformarse en un Mayo lleno de flores, aire fresco, pájaros cantores y primavera, tal vez mi alma pueda volver a florecer en este lugar... Tal vez, algún día”*, se decía Loretta para sus adentros aunque por fuera solo expresara un hondo suspiro.

En cada calle que se adentraba al casco antiguo, un pedacito del alma de Loretta se adentraba también siguiendo los adoquines que calzan algunas de esas callecitas. Pensaba que lo mejor que le podría pasar a cualquiera sería perderse en alguna de esas calles, ya que de seguro, en cualquier lugar habría un pequeño rincón en calma y digno de perpetuarse en la memoria. Estaba segura que cualquiera de esas calles que nacen del camino que bordea la antigua muralla, podría llevarla al mismísimo corazón de Paderborn: a su Catedral, la cual ha sido reconstruida en muchas ocasiones a lo largo de la historia producto de incendios y bombardeos, a su Ayuntamiento, donde es fácil encontrarse con alguna pareja de novios recién casados posando para las fotos, luego de haber dado el sí frente al Gobernador cerca del mediodía, y a su sereno Paderquelle con sus patos de colores.

Loretta y sus padres continuaron su búsqueda siguiendo el camino de la antigua muralla, junto a la calle Busdorfwall. Justo detrás de la Casa Salesiana para Jóvenes, se levantaba imponente el hospital psiquiátrico de Paderborn. Era un hospital sin muros, ni cercas. Era un hospital inserto en pleno centro de la ciudad y no oculto en sus afueras como si padecer una enfermedad mental fuera motivo para el destierro de la sociedad o porque ameritara esconderse, como se esconden los pecados que nos avergüenzan. No. Era un hospital, donde las personas acuden para recuperar su salud mental y una vez que sus cuadros remiten, salen por la puerta grande.

¡Qué difícil es comprender que el alma también puede enfermarse como se enferma el cuerpo! Pero aunque Loretta ahora lo podía entender más que nadie en el mundo, se echó a llorar en una banca frente al hospital, al lado de un grupo de tulipanes sonrientes. ¡Cómo podía ser posible que una foto antigua de una revista estuviera a punto de internarla en un hospital psiquiátrico! Es cierto, el internamiento solo sería por una noche, según le había escuchado decir al Doctor Strauss, pero aunque fuera tan solo por una hora, el internamiento para Loretta en un hospital psiquiátrico representaba su mayor fracaso, ya que todos sus esfuerzos anteriores por recuperarse no habrían servido de nada.

Mientras la madre intentaba, con su amor devoto, consolar a su hija que

lloraba sobre su regazo como cuando era niña, su padre revisaba los documentos que le había entregado el Doctor Strauss. Giró ligeramente un pequeño mapa que llevaba en su bolsillo ya que todavía no se familiarizaba con los mapas de su teléfono móvil. Miró alrededor como intentando orientarse. Luego volvió a revisar la hoja de internamiento que les había entregado el Doctor Strauss.

-Vamos –dijo el padre.

-¡Te lo ruego papá! –le suplicó Loretta levantando su rostro que estaba sumergido en el regazo de su madre, donde sus ojos verdes habían llovido afanosamente –¡el internamiento en ese hospital es la ejecución de mi sentencia de muerte!

-Hija, todavía no hemos llegado al lugar donde tenemos que ir... no es ahí –dijo el padre señalando el hospital y moviendo negativamente su cabeza. La madre y Loretta se quedaron desconcertadas y solo pudieron ponerse de pie y retomar el paso, siguiendo al padre que ya había empezado a caminar en otra dirección.

Ninguno de los tres pronunció otra palabra en los minutos siguientes. Pasaron entre los restos de la muralla para adentrarse al casco antiguo. Atravesaron por un antiguo monasterio con el clásico jardín central donde se levantaba una escultura de Jesús crucificado. El monasterio ahora era un pasadizo que conectaba la calle Busdorfwall con la iglesia de su mismo nombre. Loretta y sus padres caminaron por la calle Am Busdorf y llegaron al Hospital Sant Vicenz, que si bien no era un hospital psiquiátrico como el anterior, era un hospital especializado en neurología. Nuevamente la angustia volvía a golpear el corazón de Loretta, haciéndola sentir cada vez más frágil e indefensa, como si estuviera siendo abandonada a su suerte por sus propios padres.

Pero no. Tampoco correspondía al Hospital Sant Vicenz la orden de internamiento que les había entregado el Doctor Strauss. El padre volvió a revisar el pequeño mapa y Loretta pudo volver a respirar. Continuaron por la calle Am Bogen, la cual los llevó hasta la plaza del Domo de la Catedral. Ahí, en el centro de la plaza, estaba la fuente de Neptuno y aunque Loretta la miró fijamente por largos minutos, no fue capaz de imaginar toda la bondad que existía en la mirada azul de su escultor. Es en la plaza del Domo donde cada miércoles y sábado, tiene lugar el mercado de productos orgánicos vendidos directamente por los agricultores de Paderborn, llenando de un aroma que

combina exquisitamente una diversidad de especies frescas y de quesos de consistencias, tamaños y colores tan diferentes. También en esta plaza, una noche cerca de Navidad, la orquesta filarmónica de la ciudad deja caer desde lo alto del Domo hermosas notas musicales, mientras abajo, el pueblo entona en una única voz el canto de villancicos al calor de las ventas de comidas del mercado navideño que cuando nieva, parece una perfecta tarjeta postal. El mercado navideño también invade con sus luces y su aroma a vino caliente con especias, pasas y semillas, toda la Plaza Nueva junto al Ayuntamiento, a la cual se llega a través de la pequeña calle Schildern. El mercado navideño continúa también por toda la calle peatonal de Westernstrasse donde se alinean las tiendas famosas, llevando de regreso a la fuente del cruce de Westorntor.

Loretta y sus padres entraron a la imponente Catedral gótica construida en el mismo lugar donde una vez estuvo la iglesia del palacio de Carlomagno. Atravesaron el Portal del Paraíso donde estaban los patronos de la Catedral: La Virgen María con el Niño en brazos, los santos obispos Liborio y Kilian, 6 apóstoles, Santa Catalina mártir de Alejandría y el obispo Julian. Loretta no podía abarcar con una sola mirada ni el órgano de la torre con sus 83 registros ni el gran altar de la Piedad que data de 1360 y que fue esculpido en mármol, ambos situados en la pared posterior de la Catedral. Loretta y sus padres se sentaron en lugares diferentes en las bancas de la Catedral para dejarse envolver en el silencio y en el aroma que mezcla el olor a incienso, a catedral antigua y a cemento húmedo. Debajo del altar mayor encontraron la cripta donde reposan las reliquias de San Liborio.

Atravesaron por una gran puerta pesada de madera que los condujo al jardín central del claustro de la Catedral, alrededor del cual se encuentran hermosas obras de arte representando cada estación del Vía Crucis. En el jardín, había una pequeña fuente con un pavorreal recordando el lugar donde aquel pavorreal legendario se posó. Justo detrás de la fuente del pavorreal, estaba la famosa ventana redonda de las tres liebres unidas entre sí por las orejas. Por un efecto óptico, parecía que cada liebre contaba con su propio par de orejas, sin embargo, en la ventana únicamente había tres orejas. Según escuchó Loretta a unas personas que fotografiaban la ventana, ésta era una metáfora de la Santísima Trinidad: tres personas, un único Dios verdadero; sin embargo su significado real seguía siendo un misterio, tanto como la razón por la cual, la foto de la revista le había ocasionado tanta tristeza. También en el jardín, Loretta pudo ver el resto de una bomba de los aliados que golpeó el claustro de la

Catedral el 22 de marzo de 1945 en la II Guerra Mundial.

Aunque caminar por el casco antiguo de Paderborn podía fácilmente transportar a cualquiera a tiempos previos a la guerra, lo cierto es que el pueblo había sido reconstruido en un 90%, ya que en 1945 había sido severamente bombardeado porque en el Castillo de Wewelsburg estaba la sede de la SS y existían rumores de que había túneles subterráneos que atravesaban Paderborn para el escape de los nazis y el envío de armas. Tan solo una hilera de casas entramadas había sobrevivido a los ataques y se conservaba en pie todavía, destacándose sobre todo, una de las casas más antiguas de Paderborn construida en 1560, conocida como la Casa de Adán y Eva. Todavía ahora, cuando se realizan trabajos de excavación en Paderborn, se pueden encontrar bombas de esa época que nunca explotaron y que, dependiendo de las toneladas de explosivo que contenga, puede requerir la evacuación de la población mientras se desactiva.

Tanto Loretta como sus padres, olvidaban con frecuencia el motivo que los había llevado hasta Paderborn. Entre todos aquellos paisajes nuevos era fácil sentirse como simples turistas. Incluso la misma Loretta, aunque aquel profundo sentimiento de pérdida le había calado hasta los huesos, de vez en cuando sentía que podía respirar profundo en medio de esos paisajes sin que su corazón le doliera tanto. Con frecuencia hablaban acerca de los lugares que estaban conociendo, con la intención de bajarle un poco la intensidad a la indicación de urgencia que les había dado el Doctor Strauss, como si se tratara de un asunto de vida o muerte. El padre había estudiado todos los detalles históricos de la ciudad mientras la madre y la hija intentaban dormir en el tren y por eso podía contarles historias relacionadas con los lugares que veían.

Caminaron hasta el fondo del pasillo luego del jardín del claustro y salieron de la Catedral. Bajaron las escaleras de piedra que los condujeron a las nacientes del Pader junto a la biblioteca pública de la ciudad, sobre la callecita de Am Rothonborn. Desde ahí, levantando su vista hacia el Domo de la Catedral, estaba el lugar donde el Doctor Strauss había indicado el internamiento de una noche para Loretta. Era una edificación de piedra, antigua, que combinaba armoniosamente con los adoquines de las callecitas y la piedra de las paredes de la Catedral. El silencio de ese rincón, a pesar de estar en pleno centro del casco antiguo de Paderborn, permitía escuchar el burbujear incesante de las nacientes del Pader que hace más de 1200 años habían seducido al mismísimo

Carlomagno.

Como habían llegado a la parte posterior de aquel lugar, subieron por unas escaleras de piedra que se perdían entre unos pequeños jardines al lado de un antiguo pozo que ahora estaba en desuso. Llegaron hasta la callecita de Am Ikenberg, la cual separaba el lugar buscado de la Catedral. Finalmente habían llegado.

-¡Aquí está! –dijo el padre satisfecho de haber liderado la misión de búsqueda con un resultado exitoso.

-Pero... -interrumpió Loretta con cierta desconfianza –Esto no parece un hospital...

-Es cierto –dijo la madre.

-Pero es el lugar que dijo el Doctor Strauss –dijo el padre levantando sus hombros y con tono de justificación.

Efectivamente aquel lugar no se parecía en absoluto a un hospital, mucho menos a un hospital psiquiátrico. Parecía más una especie de fortaleza. Leyeron un pequeño y desteñido rótulo que estaba cerca de la entrada. El rótulo afirmaba que en ese lugar había estado el palacio real de Carlomagno, aunque de éste solo quedaban unos restos arqueológicos de lo que había sido el salón del trono y se conservaba casi intacta una estructura de piedra de lo que se creía, podía haber sido una escalera que conducía a ese salón. Las piezas arqueológicas se encontraban dispersas por un jardín que solo se podía apreciar a cierta distancia. Loretta y sus padres miraban el lugar confundidos.

-Y ¿se supone que aquí debo quedarme tan solo una noche? –preguntó Loretta escéptica.

-Eso es lo que dijo el Doctor Strauss –respondió el padre.

-¿Se supone que, con una sola noche en este lugar que en nada se parece a un hospital, Loretta se curará del año entero que ha estado tan abatida por la depresión? –preguntó también la madre escéptica.

El padre sacó la carpeta que llevaba en su mochila negra. Volvió a revisar la hoja de internamiento que les había dado el Doctor Strauss en la sala de espera de su consultorio una semana atrás.

-Pues eso es lo que dice –dijo el padre extendiendo la hoja para que Loretta y la madre la leyeran por sí mismas.

De inmediato, ambas tomaron la hoja y leyeron con dificultad la letra del Doctor Strauss: *“Solicito el internamiento de una noche para la paciente en el Asclepeion, en Paderborn. Su padecimiento ha sido resistente a cualquier tipo de terapia farmacológica, psicológica y alternativa. Caso comentado por vía telefónica. Gracias”*.

-¿Asclepeion? –preguntaron Loretta y su madre en voz alta.

El padre les mostró otro rótulo un poco más cerca de la entrada que confirmaba que ese era el nombre de ese lugar.

-¡Qué nombre tan raro para un hospital! -dijo Loretta manteniendo su escepticismo. –Además, Asclepeion no parece una palabra alemana.

-No –respondió el padre –es una palabra de origen griego.

-¿Qué significa? –preguntó la madre.

El padre buscó de inmediato el significado a través de su teléfono móvil. Al leerlo en silencio, miró de golpe a la madre y a Loretta abriendo de par en par sus ojos y mostrando una confusión aún mayor. Con una voz seca, les respondió:

-Es un templo del sueño.

ス 日 天 日

### 3

## En la Antigüedad

**E**l templo del sueño en Paderborn era único en su especie en el mundo moderno. Como si en la actualidad, al menos para los occidentales, ya no fuera necesario soñar. Es cierto que ahora existían clínicas del sueño que atendían a personas que padecían trastornos del sueño y que en ellas, se promovía tanto la higiene del sueño como la búsqueda del sueño reparador, el cual permite hacer una limpieza de toda la información a la que está expuesto el cerebro durante la vigilia y que llega a saturarlo. Estas clínicas, basadas en los hallazgos científicos y las nuevas tecnologías, se centran en los aspectos fisiológicos del sueño, en sus diferentes etapas y funciones así como en el acto de dormir en sí mismo; sin embargo, el mensaje curativo del contenido del sueño, pasa a un segundo plano y prácticamente, no es explorado. Por eso es que el templo del sueño en Paderborn era único en su especie, ya que en él, siguiendo las enseñanzas de los templos del sueño de la Antigüedad, se partía del hecho de que, a través de los sueños, podemos acceder a dimensiones y a seres capaces de guiarnos para poder enfrentar las situaciones adversas que se presentan en nuestra vida.

Esta no era una idea original ni novedosa en realidad, pues las grandes civilizaciones antiguas consideraban los sueños como mensajes de los dioses o previsiones del futuro, por lo que debían ser interpretados ya que podrían predecir el destino de un clan y de un pueblo entero. En Mesopotamia, los

babilonios creían que los sueños buenos eran mensajes enviados por los dioses y que los sueños malos, es decir las pesadillas, eran mensajes enviados por los demonios. Tenían una deidad a quien atribuían los sueños llamada Mamu. Los sacerdotes le rezaban a Mamu y le hacían ofrendas para evitar que los sueños malos se repitieran. Por su parte, los asirios interpretaban los sueños como señales, por lo que las pesadillas eran advertencias que requerían una acción inmediata para corregir algún problema que podría convertirse en catástrofe.

Sin embargo, fueron los antiguos egipcios los que profundizaron más en la idea de que los sueños contenían mensajes curativos ya que a través de ellos, los dioses revelaban información importante. Así nacieron los primeros templos del sueño hace más de 4000 años. Durante la época faraónica, se fundaron los templos oníricos bajo el mandato de Imhotep, quien era un sumo sacerdote del dios Ra en Heliópolis, una de las ciudades más importantes del Bajo Egipto. Entre muchas cosas, Imhotep era médico, astrónomo y arquitecto, además era el funcionario de más alto rango y el primer magistrado. Por encima de Imhotep, solo estaba el faraón, quien para los antiguos egipcios era una especie de dios hecho hombre. Se decía que Imhotep era hijo directo del dios Ptah, señor de la magia, maestro y constructor y que por eso, Imhotep tenía poderes curativos.

Aquellos primeros templos del sueño eran una especie de hospitales dedicados a la recuperación de grandes dolencias, sobre todo de naturaleza psicológica. El tratamiento iniciaba con una serie de cánticos, luego se inducía un estado de trance o de estado hipnótico en el paciente, para después analizar el contenido de los sueños que éste tuviera, ya que era a través de sus propios sueños, que los dioses le revelaban el camino a seguir para lograr la curación de su dolencia. Los sacerdotes anotaban en papiros los sueños y los clasificaban en tres tipos: 1- los dioses demandaban un acto específico por parte del soñante, 2- los dioses enviaban advertencias o hacían revelaciones, y 3 -los dioses describían el ritual que el soñante debía seguir para recuperar su salud. Para los antiguos egipcios, los tres tipos eran oráculos que debían ser interpretados. En ocasiones el tratamiento indicado por los sacerdotes, era acompañado de meditación, ayunos, baños termales, rituales y sacrificios a los dioses u otros espíritus que hubieran colaborado con la curación.

A través de los Antiguos Egipcios, los templos del sueño también fueron conocidos por el pueblo hebreo, quienes le llamaban “*Kavanah*” y el tratamiento consistía en concentrarse en letras del alfabeto hebreo que formaban el nombre

de Yahvé. Tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, es frecuente encontrarse citas donde, a lo largo de la historia, Dios se comunica con sus hijos a través de los sueños. La historia de José es famosa por su don para interpretar los sueños y por sus aciertos al interpretar sobre todo, los sueños del faraón. También se menciona a Gabaón, un lugar pagano famoso que visitaba con frecuencia Salomón, hijo de David, en el cual realizaba sacrificios con la intención de tener sueños a través de los cuales, Dios le hablaba. Sin embargo, Salomón no fue al único al que Dios le habló a través de los sueños: de no haber sido por el mensaje que Dios le dio a José El Carpintero, éste no habría continuado en el matrimonio con María al encontrarse ella embarazada ni tampoco habría huido con ella y el Niño Jesús a Egipto para evitar que fuera víctima de la matanza de los inocentes perpetuada por el Rey Herodes.

Sin embargo, fue en la Antigua Grecia donde los templos del sueño anclaron sus raíces más profundas. Los templos fueron construidos en honor al dios Asclepio, dios de la medicina y por esto se les llamó "*Asclepeion*". El tratamiento consistía en un procedimiento llamado incubación y oraciones al dios Asclepio. La incubación era considerada una práctica mágico-religiosa, llevada a cabo en un lugar sagrado donde el paciente dormía una noche con el objetivo de tener un sueño a través del cual pudiera comunicarse con los dioses. La incubación permitía acceder a un estado de conciencia suplementario durante la fase de movimientos oculares rápidos (REM por sus siglas en inglés) denominado "conciencia de uno mismo", algo similar al estado Samachi en el yoga indio. Durante esta fase, el paciente podía tener sueños premonitorios, soñar con la curación de su enfermedad e incluso hasta curarse de la misma, o bien, era a través del sueño que se revelaba el tratamiento a seguir para lograr la curación definitiva.

Antes de iniciar la incubación, existía una etapa preparatoria, durante la cual se ayunaba, se realizaba un rito sacrificial y se abstenían de tomar vino. Luego se accedía a un lugar subterráneo sagrado donde había una fuente natural a la cual atribuían poderes curativos. Las serpientes estaban consagradas al dios Asclepio por lo que se utilizaban con frecuencia en los rituales de curación y aquellas serpientes no venenosas, se dejaban reptar por el suelo donde dormían los pacientes. De esta manera, el paciente dormía al lado de la fuente durante una noche y al día siguiente, contaba su sueño a un sacerdote denominado "*Iatromantis*", quien interpretaba el oráculo desde un significado espiritual. La palabra "*Iatromantis*" significa "médico-vidente", por lo que era una figura

similar a un chamán. Algunos de los tratamientos más comunes que prescribía el Iatromantis era la visita a baños termales o a gimnasios, ya que éstos eran centros de instrucción física y espiritual, donde además se favorecía el socializar y el compartir.

Hacia el año 300 a.C, el culto a Asclepio se hizo muy popular en toda la Antigua Grecia. Peregrinos de todas partes acudían a los Asclepeion para ser curados y las abundantes ofrendas encontradas por los arqueólogos demuestran que el tratamiento era muy efectivo en aquellos tiempos. Parece ser que el padecimiento más frecuente por el cual acudían los peregrinos a los Asclepeion, era la esterilidad.

El primer Asclepeion se construyó a 8 kilómetros de la ciudad de Epidauro, ubicada en una península al noreste del Peloponeso, en Grecia continental. Sus ruinas arqueológicas son las mejor conservadas de todos los Asclepeion. Estaba formado por un conjunto de templos en una llanura rodeada por montañas. Había un recinto sagrado y diversos edificios públicos como templos para Apolo, Artemisa, Afrodita y Temis, un estadio y un edificio detrás del recinto sagrado para las personas moribundas y las mujeres embarazadas, ya que no era permitido nacer ni morir en el templo. El recinto sagrado tenía una fuente natural de agua al cual atribuían poderes curativos y a un lado, estaban los dormitorios de los pacientes. En el centro del Asclepeion, había una estatua de Asclepio que medía la mitad de la estatua del Zeus Olímpico.

Otro Asclepeion famoso fue el que se asentó en la isla de Cos, en un bosque dedicado a Apolo. Hipócrates recibió su formación médica en este Asclepeion y por esta razón, la sede de su escuela de medicina también se fundó en esta isla. El tercer Asclepeion famoso, fue el de Atenas, el cual se encontraba en la ladera sur de la Acrópolis.

Cuando el Imperio Romano absorbió la cultura helénica, adoptó también la necesidad de los Asclepeion. Los arqueólogos han encontrado ruinas de más de 400 templos en la cuenca mediterránea dedicados a Esculapio, la versión romana de Asclepio. En 1928, el arqueólogo Mortimer Wheeler descubrió ruinas arqueológicas de un templo del sueño romano en Gloucestershire, Inglaterra, confirmando hasta dónde se extendió la concurrencia a estos centros dedicados al poder curativo de los sueños.

Pero de aquellos templos del sueño de la antigüedad, solo el que se ubica

en el centro de Paderborn, conservaba las características de los Asclepeion. No había información sobre quién lo construyó ahí ni por qué, ni cómo se llevaban a cabo sus tratamientos en los tiempos modernos, pero afortunadamente para Loretta, la eficacia de sus tratamientos había llegado a oídos del Doctor Strauss. Tal vez las burbujeantes nacientes del Pader que habían seducido a Carlomagno hace más de 1200 años, también habían seducido hace muchos años a algún Iatromantis que había descubierto en ellas, poderes curativos, por lo que decidió aprovechar las ruinas del palacio real del emperador para fundar un Asclepeion para los tiempos modernos.

-A ver si entendí bien –comentó Loretta antes de tomar un par de sorbos de un chocolate caliente con crema batida en una cafetería esquinera cerca de la Casa de Adán y Eva- el plan del Doctor Strauss para poder curar este sentimiento de pérdida, consiste en que yo pase una noche en el Asclepeion y que al día siguiente, le cuente a una persona los sueños que haya tenido para que ella me ayude a descifrarlos y descubrir qué es lo que tengo que hacer, ¿es así?

-Eso es lo que parece –contestó su madre.

-Dicen que es un tratamiento con una alta tasa de efectividad –afirmó el padre, quien durante el café de la tarde les había leído a Loretta y a la madre con gran detalle todas las referencias históricas que había encontrado en internet acerca de los Asclepeion.

-¿Pero qué es lo que hacen para lograr esa tasa tan alta de efectividad? –preguntó Loretta.

-Nadie lo sabe –respondió el padre –solo los que han sido curados ahí, lo saben.

-¿Nadie de los que han sido curados en el Asclepeion, han contado en lo que consistió el tratamiento? –volvió a preguntar Loretta.

-Aunque no lo creas, hija –respondió el padre –nadie ha contado en qué consiste el procedimiento, tal vez porque ninguno de ellos sabe realmente qué fue lo que pasó. Hay muchos reportes de cómo se sentían antes y cómo se sienten después y del seguimiento de las personas a través de los años, pero nadie describe el procedimiento... Ya nos lo contarás tú. Haz de cuentas que eres una investigadora encubierta.

Loretta apretó una sonrisa incipiente en sus labios y preguntó:

-Si ha demostrado tanta efectividad, ¿por qué no hay muchos templos del sueño alrededor del mundo, como en la Antigua Grecia? ¿Por qué no remiten ahí a todos los que sufren enfermedades que no remiten? –preguntó en voz alta Loretta.

-Tal vez porque en nuestra carrera por hacernos cada vez más racionales y científicos, hemos sacrificado el conocimiento que nos dejaron las civilizaciones antiguas y hemos dejado de escuchar a esa voz interna llamada intuición, que no es más que la voz de nuestra propia alma –comentó la madre mientras revolvía el azúcar en su té caliente y se dejaba acariciar por el sonido del agua presurosa del Pader.

-No solo por querer ser más racionales y científicos –continuó el padre mientras partía un trozo del strudel de manzana. -La aparición de tantos charlatanes que se aprovechan de las necesidades de los otros, también ha desprestigiado mucho los procedimientos curativos que no provengan de la ciencia y la medicina, aunque hayan tenido gran respeto y acogida por las civilizaciones antiguas.

-Además –agregó la madre –el mundo de los sueños sigue siendo un misterio tanto para la comunidad científica como para los simples mortales.

-Y es curioso –intervino el padre –porque un tercio de nuestra vida, la pasamos durmiendo y de ese tercio, otra tercera parte, la pasamos soñando.

-¡Ya no sé ni qué pensar! –exclamó Loretta. –Antes yo era una persona totalmente apegada al método científico, defensora a ultranza de todo lo que fuera basado en evidencia... Pero definitivamente hay que estar en los zapatos de las personas que tocan las puertas científicas buscando un alivio a su padecimiento y luego ven cerrarse en sus narices puerta tras puerta. Después vienen las puertas psicológicas, las puertas espirituales, las puertas alternativas, las puertas naturistas, y hasta las puertas esotéricas... y una a una, se van cerrando también. Cada puerta cerrada es un fracaso más en el intento por curarse. Y cuando esta nueva puerta se cierra, hace doler todas las puertas anteriores que también se nos cerraron en las narices.

-Has luchado mucho, hija y mereces darte esta oportunidad –le dijo su padre mientras apretaba su mano.

-Antes juzgaba a las personas que atentaban contra su vida. Los veía como

cobardes porque no querían hacerle frente a algún problema y buscaban la forma más fácil de resolver la situación... ¡Qué equivocada estaba! –dijo Loretta mientras movía enérgicamente su cabeza en sentido negativo. –Ahora lo veo diferente. La persona que atenta contra su vida, no pretende realmente dejar de vivir. No. Con lo que quiere acabar, es con el dolor que siente. Ha luchado tanto, ha intentado tantas cosas y lo único que ha logrado es que se evapore gota a gota su esperanza... ¡Lo único que les queda en sus manos a los suicidas es eso: ¡la desesperanza!

-Aunque ya lo único que tengas en tus manos sea la desesperanza –expresó con gran amor su madre –nos tienes a nosotros y si ya no puedes dar un paso más, nosotros te cargaremos hasta la siguiente puerta, hija. No importa que creas que ya ninguna puerta se abrirá, nosotros seguiremos tocando todas las puertas que sean necesarias.

-También para ustedes, todo esto ha sido tan agotador –retomó Loretta. – Han visto cómo su hija, a quien todo se lo han dado y quien ha logrado todo aquello cuanto ha querido, desde que vio una foto irrelevante en una revista de farándula, se ha ido marchitando tanto por fuera como por dentro. Eso también debe ser un gran pesar para ustedes... También ustedes han estado perdiendo día a día a su hija.

-No pienses en eso, Loretta. Lo importante por ahora es que estamos aquí, que el Doctor Strauss vio una luz de esperanza en este lugar y nos refirió acá. Mañana a esta hora, tal vez ya estarás disponiéndote para soñar junto a alguna fuente sagrada y tal vez, junto a unas cuantas serpientes –dijo el padre con la intención de hacer reír a su hija.

-¡Soñar! –expresó Loretta. –Eso es lo que más me preocupa. La esperanza del Doctor Strauss está en que, a través de mis sueños, pueda al menos descifrar por qué esa foto de polvo y escombros de Londres me ha llevado a vivir lo que he vivido en todo este año. En el mejor de los casos, no solo descifrar el significado de ese factor precipitante, como él le llama, sino también descubrir el camino para la recuperación y tal vez hasta la cura definitiva... Pero, ¿qué pasa si no logro soñar nada?

-¿A qué te refieres, hija? –preguntó la madre.

-Desde que vi esa foto en la revista en el Mayo pasado, no volví a soñar. Ni siquiera pesadillas, nada. Y me preocupa que mañana en el Asclepeion, me

ocurra igual y la noche transcurra sin recibir ningún mensaje sobre cómo curarme. Tal vez, quienes sean los seres que se comunican con nosotros a través de los sueños, también me han cerrado sus puertas. ¡Y no estoy dispuesta a tomar ningún producto ni natural ni sintético para inducirme alucinaciones! Porque cualquiera puede empezar a ver cosas mágicas después de que consume ciertas sustancias—dijo contundente Loretta.

-Hija —volvió a intervenir el padre —no sabemos cuál es el procedimiento que siguen en el Asclepeion de Paderborn. Tal vez en la Antigüedad, se inducían esos estados de trance a través de sustancias, pero todavía no sabemos cómo es en la actualidad el procedimiento en este templo del sueño.

-Además —agregó la madre —es esperable que temas no hacerlo bien porque sientes que ha sido por tu culpa que todos los otros tratamientos no han funcionado. Pero tal y como dijo el Doctor Strauss, no es que tú hayas hecho que los tratamientos no funcionaran, ni eso significa que te estuvieras auto boicoteando ni nada por el estilo. El que los otros tratamientos no hayan funcionado lo único que nos demuestra es que no hemos logrado llegar a la causa verdadera de tu sentimiento de pérdida. Y recuerda lo que explicó el Doctor Strauss: esa causa puede estar en cualquier lugar, real o imaginario, pasado o presente, consciente o inconsciente.

-Sí, mi desesperanza aprendida, dijo el Doctor Strauss —comentó Loretta recordando las palabras del psiquiatra —que hice tantos intentos por curarme sin obtener resultados positivos, que antes de volver a fallar, yo ya me doy por derrotada. Lo intento, pero con la certeza de que tampoco lo lograré esta vez.

-Como la persona que compra un billete de lotería con la certeza de que no va a ganar —comentó el padre.

-¡Exacto! —afirmó Loretta. —A una persona así, lo lógico sería decirle que si está tan segura de que no va a ganar nada, mejor ni gaste dinero comprando el billete de lotería.

-Con la diferencia de que aunque tú desistas, nosotros lo intentaremos por ti —le dijo su madre guiñándole un ojo.

-Además, el Doctor Strauss también dijo que toda verdad tiene su tiempo — agregó el padre. —Podemos descubrir la verdad cuando realmente estemos preparados para conocerla. No necesariamente cuando nos urja saberla,

sino cuando nuestra mente de verdad pueda entenderla.

La mesera se acercó donde estaban Loretta y sus padres y les mostró la factura de las bebidas y los postres consumidos. Una vez que pagaron, se alejaron del café. Caminaron por la calle Auf den Dielen, donde estaban las casas entramadas que sobrevivieron a los bombardeos y que desembocaba cerca de la Casa de Adán y Eva. Volvieron a pasar entre el Asclepeion y un costado de la Catedral.

-Mañana estaremos aquí antes del mediodía –dijo el padre siguiendo con su papel de líder del grupo.

-Muy bien –afirmó la madre.

Loretta por su parte, solo dejó salir un suspiro mientras intentaba abarcar con su mirada todo aquel extraño lugar. Atravesaron la plaza del Domo, caminaron al lado de la Fuente de Neptuno. Tomaron la estrecha calle Schildern que los condujo a un lado del Ayuntamiento. A partir de ahí, tomaron la calle peatonal de Westernstrasse que los llevó hasta el cruce de Westorntor. Mientras los padres comentaban sobre los paisajes que iban descubriendo por las nuevas calles peatonales que transitaban en el centro de Paderborn, Loretta sonreía fingiendo escucharlos, sin embargo sus pensamientos volaban alrededor del misterioso Asclepeion.

Loretta siempre había sido una persona curiosa, aficionada a la historia, sobre todo a las civilizaciones antiguas. El misterio que envolvía el Asclepeion, como si un pequeño trozo de la Grecia Antigua hubiera viajado en el tiempo y se hubiera venido a instalar justo en medio del río Pader, había logrado despertar más que una gota de esperanza en ella, una gota de curiosidad. Y es que precisamente, la curiosidad es otra de las tantas cosas que pierden las personas cuando sufren depresión. La vida simplemente pierde sus colores y nos deja de sorprender, por eso se va desvaneciendo el interés en las cosas que nos rodean, incluso en aquellas cosas que amábamos. La depresión es como si de pronto, empezara a sonar una melodía monótona que solo nos hace movernos por inercia.

Pero ahora, una pequeña chispa se encendía en el alma de Loretta: la chispa de la curiosidad. ¿Cómo sería por dentro ese templo del sueño? ¿En qué consistiría el tratamiento? ¿Habría un Iatromantis como en los Asclepeion de la Antigua Grecia? ¿Qué aspecto tendría ese Iatromatis moderno? ¿Cómo sería

conversar con él? ¿Existiría realmente una fuente con poderes curativos al lado de la cual dormiría? ¡Solo esperaba que no hubiera serpientes reptando por el suelo!

Cada pregunta que se agolpaba en su mente, encendía un poco más esa chispa de curiosidad. De pronto se asomó una tenue sonrisa en su rostro que hizo sentir a Loretta, como si algo hubiera empezado a descongelarse muy dentro de su alma.

Llegaron al pequeño hotel junto al estacionamiento de la estación de tren. Luego de los rituales de aseo personal previos a dormir, los padres y Loretta se fueron a la cama. El padre pronto empezó a roncar, mientras la madre terminaba sus oraciones. Loretta se desveló un poco más, pensando en el Asclepeion. Le pareció gracioso que pensar en un templo del sueño moderno, fuera justamente lo que le robara su sueño esa noche.

ス 日 六 日

4

## El Asclepeion

**E**l Doctor Strauss les había explicado que el internamiento en el Asclepeion debía realizarse antes del mediodía del día 29 de mayo. Como el padre de Loretta era un experto planificador, todos los tiempos habían sido debidamente organizados: el traslado en tren hasta Paderborn, la búsqueda del Asclepeion en las calles del centro con el debido reconocimiento de la zona y el cafecito de media tarde incluido. No se habían encontrado con ningún contratiempo y este día, tal cual lo había indicado el Doctor Strauss, estarían realizando el internamiento de Loretta en el Asclepeion antes del mediodía.

Loretta solo pudo dormir a ratos durante la noche. Pero a diferencia de todas las noches atrás desde que había visto aquella foto, esta vez no era el vacío

anidado en su alma lo que interrumpía con frecuencia su dormir, no. En esta ocasión, por primera vez después de un año, una mezcla de curiosidad y de una pálida esperanza, había sido la causante de su dormir intermitente. Y por eso mismo, se despertó antes de que sonara el despertador. Incluso antes de que su padre se despertara, lo cual siempre ocurría bastante temprano; tan temprano que parecía que era el padre quien despertaba al sol para que anunciara el amanecer.

Primero se metió a bañar el padre. Luego le siguió Loretta. La madre solía realizar su rutina de baño con mucha calma ya que realmente disfrutaba ese momento del día, por lo que Loretta y su padre decidieron esperarla en el restaurante del hotel, para ellos disfrutar también con toda calma, el desayuno que incluía la tarifa que habían pagado en el pequeño hotel. Una mesa con gran variedad de panes, embutidos y quesos, así como de varios jarrones de vidrio con diversos jugos naturales, abarcaba casi todo el fondo del restaurante. En otra esquina, unas cacerolas humeantes les ofrecían huevos revueltos, salchichas cocidas al vapor y una especie de papa rallada con tocino que había sido tostada en mantequilla, llamada “*rösti*”. En la otra esquina, una mesa ofrecía cestos de frutas coloridas, yogurt con diferentes sabores, varios tipos de cereales y porciones de dulces pasteles.

El padre tomó sin dudar varios trozos de pan y salchichas, aduciendo que los panes y las salchichas en Alemania merecían ser probados a cualquier hora del día. No en vano se decía que Alemania tenía más de 1000 variedades de panes y que la carne de sus salchichas tenía reconocimiento mundial, solo comparable con sus cervezas. Loretta, por su parte, quiso probar el “*rösti*” pero en lo que más ahondó fue en los cestos de frutas, en el yogurt y los cereales. El padre le explicó que en la dieta alemana, la papa tenía un protagonismo especial y le contó mientras desayunaban, la historia de Federico El Grande, conocido como el Rey de la Papa, ya que fue quien introdujo este tubérculo en la gastronomía alemana. Loretta, a quien la historia siempre le había llamado la atención, prefería mil veces viajar con su padre que cualquier otro tipo de viaje, ya que él siempre iluminaba cualquier rincón del mundo donde estuvieran con algún dato histórico que hubiera extraído de los cientos de libros que desfilaban por su biblioteca.

Pronto la madre llegó a compartir el desayuno con ellos. Ella también disfrutaba las historias con las que su esposo acompañaba los viajes. Claro, la madre no naufragaba como él en los libros de historia, no. A ella la atrapaban

más los artículos científicos relacionados con la medicina y también la literatura metafísica. Pero sin duda, era la madre quien aportaba el calor de hogar a los viajes que realizaban, por eso siempre se sentían en casa aunque estuvieran en lugares lejanos. El gran talento de la madre de Loretta consistía en ser una base segura para que los otros a su alrededor se sintieran libres y confiados de ser tal cual eran, de expresar sus virtudes y no sentirse avergonzados por sus limitaciones.

Loretta parecía ser una mezcla de los dos y además aportaba su sentido del humor, haciéndole constantes bromas al padre y despertando las risas de la madre... Al menos así había sido en los viajes que habían hecho por tantos lugares del mundo, antes de que Loretta viera la foto de aquella calle londinense. En este viaje ya no había risas en ninguno de los tres rostros, aunque el padre se esforzaba por cumplir con sus relatos históricos y la madre llenaba de calidez cada instante. Sin duda faltaba la alegría de Loretta.

Luego de tomar el desayuno con toda la calma, retomaron el recorrido por la Bahnhofstrasse hasta la fuente de Am Westerntor. Esta vez no bordearon el casco antiguo siguiendo los restos de la muralla, sino que se internaron en él a través de la calle peatonal Westernstrasse, donde estaban las tiendas de marcas reconocidas. A diferencia de ayer, cuando pasaron por ahí de regreso al hotel, hoy Loretta observaba con detalle las tiendas y las callecitas que conectaban con la Westernstrasse. Llegaron a la pequeña placita donde estaba una estatua de la Virgen María y desde donde se podía observar el Ayuntamiento. Como todavía era temprano, decidieron bajar por la pequeña calle de Paderberg, la cual desembocaba justo en las nacientes del Paderquelle. Se sentaron en una banca a contemplar cómo los patos de colores debutaban con sus piruetas.

Sin poder contener más los pensamientos que revoloteaban en su mente, Loretta rompió el silencio:

-¿Creen que en este templo del sueño haya un Iatromantis como en los templos de la antigüedad? —preguntó Loretta con su mirada fija en un pato que había salido del estanque y sacudía sus plumas para quitarse el exceso de agua.

-Pues alguien debe ayudarte a interpretar los mensajes que recibas en tus sueños —se apresuró a decir el padre.

-Aunque no creo que en los tiempos modernos utilice una vestimenta o

maquillaje como los sacerdotes egipcios, los griegos o los chamanes –dijo pensativa la madre.

-Tal vez sea un psiquiatra como el Doctor Strauss o como un psicólogo – agregó el padre.

-En este año he conocido muchos profesionales, todos tan buenos en tantas técnicas y terapias diferentes, que no me imagino como a cuál de ellos se podría parecer el Iatromantis -expresó Loretta.

-Tal vez no se parezca a ninguno de ellos o tenga un poquito de cada uno –dijo sonriendo la madre.

-Me inquieta saber, ¿cómo podrá el Iatromantis encontrar en mis sueños, la información escondida en algún lugar de mi alma, que los otros profesionales con las técnicas tan efectivas que utilizaron, no pudieron descubrir?

-Como te decía ayer y según lo que pude investigar al respecto, nadie sabe exactamente qué es lo que hacen en el templo del sueño... Tal vez, ni siquiera las propias personas que se internaron ahí, saben con certeza qué fue lo que pasó, pero lo cierto es que se curaron –dijo el padre.

-Y también me inquieta pensar, ¿cómo lograrán hacer que vuelva a soñar? Desde hace un año he perdido toda conexión con el mundo de los sueños... -dijo Loretta, pero esta vez parecía más curiosa que desesperanzada. Es como si el volver a soñar empezara a convertirse en un reto para ella y no, en una guerra perdida antes de la batalla.

-No creas, hija –dijo la madre –yo también tengo las mismas dudas. El Doctor Strauss es un hombre de ciencia y fue quien nos recomendó venir aquí, así que lo único que podemos hacer es confiar en su recomendación.

-Tal vez al templo del sueño solo son referidas las personas que ya han agotado todos los tratamientos tradicionales, científicamente probados y también los alternativos, y aun así no han logrado la cura de su padecimiento –reflexionó el padre.

-Tiene sentido –agregó la madre. –Tal vez algunos se curan a la primera con tratamiento farmacológico, otros a la primera con psicoterapia, otros con hipnosis o con técnicas que implican la fase del sueño de movimientos oculares rápidos, otros con tratamientos alternativos, y por eso no llegan a requerir ser

referidos al templo del sueño.

-Todas las puertas que tocamos son muy efectivas, estoy convencida de ello –dijo Loretta –y los profesionales a los que fui, son de los mejores en sus campos sin lugar a dudas... pero, ¿por qué una parte de mí no me ha dejado conocer la verdadera razón de mi tristeza tan profunda? ¿Por qué, esa parte mía, no me permite entender la razón por la cual, esa foto de la revista tiene una estrecha relación con este gran sentimiento de pérdida?

Los padres de Loretta solo pudieron levantar sus hombros evidenciando el no tener una respuesta a sus preguntas. Era claro que muchas veces, ellos se habían preguntado lo mismo. Se quedaron en silencio contemplando el paseo de una familia de patos por el estanque y la danza del viento entre los colores de la primavera del Paderquelle.

Aunque el padre nunca utilizaba reloj, siempre sabía la hora exacta en cualquier momento y lugar. De pronto interrumpió el silencio y dijo:

-Es hora de irnos.

Los tres se pusieron de pie y subieron las escaleras del Paderquelle que conducían a la iglesia de Abdinghof. Caminaron por la calle con el mismo nombre de la iglesia de las dos torres frente al Paderquelle. La calle de Am Abdinghof los llevó directo a la pequeña calle de Am Ikenberg, la cual separaba la Catedral del templo del sueño.

Por fuera, el Asclepeion parecía un pequeño castillo de piedra de tres o cuatro niveles que hacía viajar en el tiempo a épocas medievales. Tenía un gran techo metálico en forma de V invertida que hacía juego con el Museo Diocesano que estaba contiguo a la Catedral. En cada mayo, sobre las ruinas del palacio imperial, la primavera se acostaba a contemplar los atardeceres que exaltaban sus colores. La entrada principal al Asclepeion, la conformaba un largo pasillo de piedra y techo metálico que se encontraba al lado de los restos del palacio carolingio y de la entrada a la capilla de San Bartolomé. En este pasillo, estaba el mostrador donde se entregaban los documentos para llevar a cabo el internamiento.

Una vez frente a la puerta del templo del sueño, Loretta respiró profundo, embargada por una mezcla de emoción, curiosidad y cierto temor a la vez, y dijo decidida:

-Bueno. Aquí estamos. Vamos.

Los tres atravesaron la puerta del Asclepeion y caminaron en silencio hasta el mostrador donde se encontraba una mujer joven, de rizos castaños y tez blanca, con ojos negros y grandes y una sonrisa amplia que culminaba a cada extremo con dos hoyuelos juguetones sobre sus mejillas.

-Buenos días –dijo la mujer –mi nombre es Beatrice. ¿En qué puedo ayudarles?

El padre se apresuró a sacar los documentos de la carpeta que había sacado de su mochila negra.

-Gracias Beatrice. Tenemos una orden de internamiento para mi hija el día de hoy.

-¿Eres Loretta? –preguntó Beatrice a lo que Loretta afirmó con su cabeza -Los estábamos esperando. El Doctor Strauss ha estado en contacto con nosotros desde que les entregó la hoja de internamiento. Todo está listo.

Loretta se sentía extraña. Se suponía que la internarían en un hospital para curar su depresión de larga data que no había logrado remitir con ningún tratamiento, sin embargo la simpatía de Beatrice, la bienvenida tan cálida y el lugar, la hacían sentir más como si estuviera llegando a un spa. El padre les había contado a ella y a su madre que en Alemania existían centros de recuperación llamados “*Kurklinik*”, a los cuales referían a las personas por un lapso de 3 a 6 semanas para rehabilitarse tanto a nivel físico como mental. No eran hospitales como tales ya que no trataban cuadros agudos de algún padecimiento, sino que más bien consistían en entornos relajantes de contacto con la naturaleza, insertos en bosques con varios parques y lagos, con el objetivo de prevenir enfermedades o bien, de promover la recuperación natural del cuerpo o de la mente, haciendo uso de aguas termales, masajes, terapias alternativas como las flores de Bach, ejercicios físicos, alimentación balanceada, yoga, meditación, medicina oriental, entre otras. Tal vez los gimnasios de los antiguos griegos habían sido los antecesores de los *Kurklinik* alemanes, pero era claro que el Asclepeion nada tenía que ver con los *Kurklinik*, ya que en el Asclepeion el internamiento solo consistía en una noche y se indicaba para tratar cuadros agudos resistentes a los tratamientos tradicionales o alternativos.

Mientras Loretta pensaba en los *Kurklinik*, los gimnasios griegos y el

Asclepeion, Beatrice completó todos los datos en el formulario para dar inicio al internamiento.

-Estamos listos –dijo Beatrice volviendo a mostrar los simpáticos hoyuelos de sus mejillas y dirigiéndose a los padres de Loretta, continuó –hasta aquí la pueden acompañar ustedes. Mañana pueden venir por ella al mediodía – luego se dirigió a Loretta y dijo –una vez que se retiren tus padres, Loretta, vendrá Volker a hacerte un recorrido por el Asclepeion y a explicarte el proceso a seguir.

Los padres se despidieron de Loretta con un abrazo fuerte y un par de lágrimas en los ojos. Loretta, aunque conmovida por tener que despedirse de sus padres, empezaba a sentirse envuelta por una curiosidad cada vez mayor. Deseaba recorrer cada rincón de ese pequeño castillo. Deseaba descubrir la fuente natural de agua sagrada. Deseaba conocer al Iatromantis. Pero sobre todo, Loretta deseaba volver a soñar y que tal vez, a través de sus sueños, su alma pudiera volver a inundarse con las lluvias de un Mayo pasado, con las primaveras de un Mayo presente, con la esperanza de un Mayo futuro, y pudiera así evaporarse la sequía que ahora la embargaba.

Mientras pensaba en Mayo, veía a sus padres caminar por el largo pasillo y atravesar la puerta del Asclepeion. Ellos, para no encerrarse en el pequeño hotel a comer ansias y por recomendación del Doctor Strauss, tenían boletos de tren a Colonia para ir a conocer su famosa catedral donde se guardan las reliquias de los tres Reyes Magos. Dos horas tardaba el tren de Paderborn a Colonia. Hoy dormirían allá y mañana muy temprano, regresarían a Paderborn para reencontrarse con su hija.

De pronto una mano tocó sobre el hombro a Loretta. Era Volker. Un hombre que rondaba la mediana edad pero que conservaba la jovialidad de sus años adolescentes. Con escasa cabellera negra, anteojos grandes, contextura alta y delgada, de tez blanca aunque no tan blanca como la de Beatrice, una amplia sonrisa, ojos negros y chispeantes y una dicción clara y fluida.

-Hola Loretta, soy Volker, tu anfitrión –dijo Volker extendiendo su mano derecha con la intención de estrechar la mano de Loretta, quien se apresuró a extender la suya y no pudo esperar para lanzar su primera pregunta.

-¿Es usted el Iatromantis? –Volker no disimuló ni un poco su risa.

-¡Qué va! ¡Estoy muy lejos de ser un Iatromantis! No, yo solo soy tu anfitrión. Al Iatromantis lo conocerás mañana. Vamos, voy a mostrarte el Asclepeion.

Volker empezó a caminar. Loretta le agradeció a Beatrice la bienvenida, recogió su pequeña mochila donde tenía su ropa para dormir, artículos de aseo personal y la ropa que usaría mañana, y siguió a Volker.

Terminaron de caminar por el largo pasillo que corría paralelo a las ruinas del palacio de Carlomagno y atravesaron unas puertas muy altas de madera, que hicieron recordar a Loretta las puertas de madera que había atravesado con sus padres en la Catedral el día anterior, antes de llegar al jardín central con la ventana de las tres liebres. Tras las puertas de madera, había una sala a media luz con una chimenea encendida. Los muebles de madera, las pinturas en las paredes, el olor a aceites aromáticos de sándalo y mirra y la armadura decorativa de un caballero templario en una esquina, eran las responsables de que Loretta sintiera que estaba viajando en el tiempo hacia algún castillo medieval. La decoración no evocaba los tiempos gloriosos de los antiguos griegos ni de los poderosos romanos, mucho menos de los antiguos egipcios. La decoración la hacía recordar más aquel famoso castillo de cuento de hadas en el sur de Alemania construido por el Rey Luis II de Baviera, llamado Neuschwanstein. En la pared del fondo de la sala, frente a la puerta de madera que acababan de atravesar, había unos ventanales por los que se podía observar la biblioteca pública de Paderborn, a pesar de que las largas y pesadas cortinas solo dejaban entrar a algunos tímidos rayos de sol.

-Esta es nuestra sala de estar. A las 5 de la tarde, puedes venir aquí a tomar un café o un té –explicó Volker.

-¿Beatrice y tú también vienen a tomar café aquí a esa hora? –preguntó Loretta.

-Solo cuando no hay invitados... -Volker sonrió –o sea, ¡nunca!

-¿Siempre hay invitados en el Asclepeion? –volvió a preguntar Loretta.

-El Asclepeion funciona de lunes a viernes. Fines de semana y feriados, descansamos. Y de lunes a viernes, siempre hay invitados. Por eso, la sala siempre está reservada para los invitados a las cinco. Beatrice, los demás

compañeros que trabajamos aquí y yo, no tomamos café aquí, sino en otro lugar  
–respondió con amabilidad el anfitrión.

-¿El Iatromantis también toma café con ustedes? –continuó Loretta con su interrogatorio.

-¡Oh no! –expresó Volker –él pasa muy ocupado.

-¿Qué actividades realiza el Iatromantis que lo mantienen tan ocupado?

-Veo que estás muy intrigada con el Iatromantis, Loretta –dijo Volker sonriendo.

-La verdad es que sí –confesó con cierta ilusión.

-Verás... -dijo el anfitrión –el Iatromantis tiene una agenda diferente a la mayoría de las personas. Para empezar, debe permanecer despierto mientras los invitados están durmiendo para poder ver sus sueños. Cuando el invitado despierta al día siguiente, mientras realiza su aseo personal y desayuna, el Iatromantis toma una pequeña siesta para ponerse en contacto con sus propios sueños para completar escenas o significados que los sueños del invitado hayan mostrado de forma borrosa. Después se reúne con el invitado en el gran salón del rey, donde analizan los sueños y se establece el tratamiento a seguir. Cuando el invitado completa su internamiento cerca del mediodía, el Iatromantis almuerza y luego duerme, hasta que vuelve a despertarse para observar los sueños de un nuevo invitado.

-Espera, espera –intervino Loretta y hablando casi en un susurro preguntó -¿quieres decir que en este momento el Iatromantis está durmiendo para estar despierto en la noche cuando yo me vaya a dormir?

-No todavía –respondió Volker. –Ahora está terminando de analizar los sueños del invitado que se internó ayer. Cuando nosotros pasemos al siguiente aposento, el invitado de ayer pasará por esta sala hacia el pasillo donde está Beatrice y el Iatromantis irá a comer. Después de comer y leer un poco, el Iatromantis se irá a dormir para estar listo en el momento en que tú te vayas a dormir.

-¿Yo no podré ver al invitado que se internó ayer, ni tampoco al Iatromantis cuando pasen por aquí? –insistió Loretta.

-No. Ellos entrarán en esta sala, hasta el momento en que nosotros

salgamos –respondió Volker en forma contundente.

-¿Cuántos invitados se internan cada día en el Asclepeion? –retomó Loretta el interrogatorio.

-Uno.

-¿Qué? ¿Solo una persona por noche?

-Así es... como ves, no abundan los Iatromantis –dijo entre risas el anfitrión.

-¿Qué pasa cuando el Iatromantis se enferma o toma vacaciones? ¿No hay otro Iatromantis que lo sustituya?

-Eso nunca ha pasado. El Iatromantis tiene una salud envidiable, a pesar de los años que tiene. Y eso de tomar vacaciones, no aplica para él. Verás... - hizo una pausa y se ajustó sus anteojos para explicar algo que parecía importante –ser Iatromantis no es algo para lo que se estudia ni es un trabajo. Ser Iatromantis es una vocación de servicio. Vocación en el sentido de llamado: el Iatromantis siente el llamado a ser Iatromantis y a consagrar su vida al servicio de los otros.

-¿Podríamos decir que es como un religioso? –preguntó Loretta con la intención de comprender mejor las palabras de Volker.

-En el sentido de consagrar su vida al servicio, sí. Pero el Iatromantis es a su vez un hombre de ciencia. Tiene una conexión con el mundo espiritual realmente excepcional, pero además es un hombre de ciencia. Puede orar y meditar, tanto como leer revistas científicas para estar al día con los avances tecnológicos y médicos. Es un hombre muy completo.

Conforme Volker le explicaba a Loretta más detalles del Iatromantis, la ilusión, la curiosidad y hasta la admiración, empezaban a inquietarla a pasos agigantados.

-Continuemos, Loretta, hay más aposentos que debo mostrarte y pronto debes comer... y yo también –dijo Volker mientras empezaba a caminar hacia una puerta que se encontraba en la pared de la derecha. Loretta lo siguió.

Volker abrió la puerta y entraron a una pequeña capilla que de no ser por una alfombra en un rincón, un sillón reclinable en el centro y un reclinatorio

individual de madera en otra esquina, no había nada más en ella.

-Esta es la capilla de Ikenberg –dijo el anfitrión. –Si antes del café de las cinco en la sala o antes de dormir, quieres venir a orar o meditar, lo puedes hacer. Como ves, aunque su estructura recuerda las iglesias católicas, en realidad esta capilla no tiene decoración alguna que haga alusión a alguna religión específica. El fundador quiso conservar la estructura semejante a las iglesias católicas porque Paderborn ha sido desde los tiempos de Carlomagno, una ciudad profundamente católica, pero no porque el Asclepeion sea exclusivo de la religión católica.

-Entiendo –dijo Loretta mientras empezaba a hacer un recorrido por aquella pequeña capilla.

Volker se quedó en el centro de la capilla y seguía con su mirada a la invitada. Loretta caminaba despacio. De vez en cuando acariciaba con su mano las paredes blancas y frías de la capilla de Ikenberg. Cuando regresó al punto en donde inició su recorrido, se acercó de nuevo a Volker y le dijo:

-Para no ser un sitio religioso, esta capilla evoca mucha paz. No sé si es por el blanco de sus paredes o por el frío de ellas, pero es realmente tranquilizante estar aquí –Volker sonrió.

-Vamos –dijo luego de unos segundos –todavía hay más cosas que debo mostrarte antes de que vayas a comer.

Volker y Loretta salieron de la capilla de Ikenberg y volvieron a la sala del café de las cinco. En el instante en que ellos abrían la puerta de la capilla a la sala, tanto la puerta de madera que llevaba a la recepción donde estaba Beatrice como otra puerta que estaba frente a la puerta de la capilla, se cerraban suavemente. Loretta no dudó ni un segundo que por la puerta de madera acababa de pasar el invitado de ayer, mientras que por la puerta que tenían en frente, acababa de salir el Iatromantis. Confirmó las palabras de Volker cuando le aseguró que no vería ni al invitado ni al Iatromantis ese día.

Volker se detuvo en el centro de la sala para volver a respirar los aromas de sándalo y mirra que envolvían ese lugar. Loretta, por su parte, no apartaba sus ojos de la puerta que se había cerrado frente a ellos y por donde lo más seguro había pasado el Iatromantis hace un par de segundos atrás. El anfitrión retomó el recorrido y se dirigió a la puerta donde Loretta había clavado su mirada.

-Vamos –le dijo, invitando a Loretta a seguirlo.

Volker abrió la puerta por donde Loretta pensaba que había pasado el Iatromantis y se encontró con un pequeño vestíbulo con otra gran puerta de madera semejante a la que separaba el pasillo de la recepción con la sala y también con unas escaleras en forma de espiral que descendían hacia otros recintos.

-Esa es la puerta del salón del rey –dijo Volker señalando la gran puerta de madera que estaba frente a ellos. Loretta dio un par de pasos hacia ella, Volker continuó diciendo –pero, no me corresponde a mí mostrarte el salón del rey. Lo conocerás mañana, cuando tengas la reunión con el Iatromantis para analizar tus sueños –Loretta se detuvo.

Volker caminó hacia las escaleras y empezó a descender por ellas. Loretta lo siguió. Las escaleras terminaban en un pequeño comedor, conformado por una larga mesa de madera rústica y ocho sillas a su alrededor. No había ninguna otra decoración. Las pequeñas ventanas en la parte superior de las paredes, si bien por la altura de su ubicación no permitían ver hacia afuera desde el comedor, sí dejaban entrar gran cantidad de luz, que hacían resplandecer las paredes blancas del recinto.

Al lado del comedor, había una puerta que daba a la cocina. Por esa puerta salió una mujer de unos cincuenta años, de piel blanca, ojos azules, cabello rubio y corto, con sus mejillas sonrojadas como si fueran un par de duraznos.

-Loretta, ella es Christine –dijo Volker a manera de presentación.

-¡Mucho gusto! –contestó Loretta –Yo soy...

-Loretta, lo sé –interrumpió Christine sonriendo –te estábamos esperando. También es un gusto para mí conocerte.

-Christine hace magia con su buena cuchara en la cocina –dijo Volker continuando con la presentación.

-Y llegan a tiempo –intervino Christine –la comida de Loretta ya está lista, así que puedes tomar asiento.

Volker jaló una de las sillas del comedor y con un gesto le indicó a Loretta que tomara asiento. Loretta se quitó la mochila que llevaba en su espalda

y la colocó en otra silla al lado de la silla que su anfitrión había destinado para ella. Christine se retiró a la cocina para traer los platos con la comida.

-Ella te acompañará a comer, Loretta, yo volveré en cuarenta minutos para continuar el recorrido por el Asclepeion. Después de comer, no puedes tomar ninguna siesta para no interferir con el sueño de la noche.

-Muchas gracias, Volker –le dijo genuinamente Loretta, ya que apreciaba la paciencia y calidez que su anfitrión había tenido en la primera mitad del recorrido.

Volker volvió a subir las escaleras que llevaban al pequeño vestíbulo, mientras Christine colocaba dos pequeños tazones con caldo de pollo y verduras. Ella tomó asiento frente a Loretta.

-Guten Appetit –dijo Christine mostrando un claro acento alemán, aunque por sus rasgos físicos, su lugar de procedencia era evidente. Loretta asintió con su cabeza y una sonrisa.

Tal vez porque los tazones no eran tan grandes o porque Loretta tenía mucha hambre o porque realmente Christine había hecho magia con su buena cuchara y aquel caldo de pollo y verduras estaba realmente exquisito, lo cierto es que Loretta en pocos minutos, ya había dejado que cada gota de aquel elixir bajara por su garganta sin haber pronunciado palabra alguna.

-¡Creo que nunca había probado un caldo de pollo y verduras tan delicioso como éste! –dijo Loretta acompañando su comentario con una profunda satisfacción en su rostro.

Christine agradeció el cumplido y de inmediato recogió los tazones y volvió a la cocina. Se escucharon algunos platos y cucharones ahí y a los pocos minutos regresó con un plato en cada mano. Colocó uno de los platos frente a Loretta y el otro frente a su silla, la cual tomó enseguida. Loretta estaba sorprendida: frente a ella había como una especie de envoltorio de papel para hornear y una pequeña ensalada con un aderezo de yogurt griego natural. Observó cómo Christine abría aquel envoltorio sobre el plato y empezó a hacer lo mismo. Conforme desenvolvía aquel platillo, un delicioso olor a hierbas frescas se adueñaba de su olfato y hasta de su paladar. Se trataba de un salmón horneado perfectamente sobre una cama de limón, con jengibre a los lados y tomate cherry y perejil fresco sobre él. Aquel manjar se deshacía en la boca de

Loretta.

-Todo lo que estás comiendo es comida orgánica y natural –se apresuró a decir Christine. –Es importante que comas liviano hoy para que se te facilite conciliar el sueño en la noche. Durante el sueño, nuestro metabolismo sigue trabajando pero con la mitad del motor, por eso no es bueno darle tanto trabajo con platillos difíciles de digerir.

-¡Esto está simplemente delicioso Christine! –exclamó agradecida Loretta. –¿Volker, Beatrice y el Iatromantis, comen lo mismo que nosotras?

-Solo el Iatromantis. Volker no perdonaría no comer papas en cualquier presentación y Beatrice no puede vivir sin el Grünkohl.

-¿El Grünkohl? –preguntó enseguida Loretta.

-Repollo verde cocido. Tiene un ligero sabor amargo –explicó Christine. –Es un acompañamiento clásico en Alemania pero a algunas personas les juega una mala pasada el repollo, por eso preferimos no darlo a los invitados ni al Iatromantis.

-¿Solo ustedes cuatro trabajan aquí en el Asclepeion? –preguntó Loretta con la intención de conocer más sobre el funcionamiento del templo del sueño.

-No –dijo sin pensarlo Christine. –Cuando regrese Volker, él te llevará a conocer a los doctores.

-¿Doctores? –preguntó sorprendida Loretta.

-Claro. Ellos te estarán monitoreando toda la noche mientras sueñas. Pero de eso te explicará más Volker ahora que continúen el recorrido.

Una vez que terminaron de comer, Christine recogió los platos en donde solo quedaba el papel de hornear que había servido de envoltorio del salmón y se dirigió a la cocina. Nuevamente se escucharon unos platos. Un par de minutos después, la gran chef volvía con dos pequeñas tacitas.

-El pecadito de dulce siempre es importante –dijo Christine, guiñándole un ojo a Loretta.

-¡Esto está de-li-cio-so! –dijo Loretta mientras saboreaba el postre y trataba de extraer de su cuchara cualquier partícula del postre que se hubiera quedado ahí.

-Es un mousse de nutella, pero me gusta ponerlo en el congelador para que adquiera una consistencia más dura, como si fuese un helado – explicó Christine.

-¡Lástima que sea tan poquito! –dijo entre risas Loretta, tal vez con la intención de que Christine le ofreciera un poco más.

-Es que solo puede ser un poquitín de azúcar –dijo Christine sonriendo. –El azúcar también podría interferir a la hora que quieras conciliar el sueño más tarde.

-Entiendo –dijo Loretta aunque sin duda le hubiera encantado tener a su disposición una mayor cantidad de aquel postre.

Aquella comida la habían acompañado con un jarrón de agua con rodajas de naranja y ramitas de menta fresca. Era sumamente refrescante la caricia que aquella bebida dejaba al recorrer suavemente la garganta.

Justo en el momento en que Christine empezaba a recoger las tacitas, se escucharon los zapatos de Volker bajando despacio las escaleras. Loretta estaba sorprendida de la forma en que todo funcionaba con la exactitud de un reloj. Había escuchado siempre que los alemanes eran muy puntuales, pero esta precisión en los tiempos realmente la sorprendía. Lo que Loretta no sabía es que, más que la puntualidad alemana, el Asclepeion tenía muchos años de funcionar con esa rutina, por lo que todos los participantes sabían de memoria su guion.

-¿Qué tal estuvo tu comida? –preguntó Volker, aunque con solo ver la cara de satisfacción que tenía Loretta, la respuesta era inminente.

-¡Espectacular! Ahora entiendo por qué decías que Christine hacía magia con su buena cuchara. Es una verdadera chef –expresó genuinamente Loretta y Christine, que escuchaba desde la cocina, sonrió.

-Vamos –dijo Volker mientras hacía un movimiento con su mano derecha indicando que debían continuar –todavía debo enseñarte otras cosas.

Loretta tomó la servilleta de tela que descansaba sobre su regazo y limpió con delicadeza su boca. Luego la colocó sobre la mesa, se puso de pie y volvió a colocar su mochila sobre su espalda y de inmediato, empezó a seguir a Volker que la esperaba cerca de las escaleras. De pronto se detuvo y volteó hacia la cocina, intentando ver a Christine. Al no lograr verla, se dirigió hacia la puerta

que separaba el comedor de la cocina. Al llegar a la puerta, se encontró con un santuario gastronómico donde Christine reinaba con todo su esplendor. Christine estaba de espaldas y terminaba de recoger los implementos utilizados en la preparación de la comida y al percibir la presencia de Loretta, se volteó.

-Solo quería agradecerte la comida, Christine, y la compañía. Ambas las disfruté con mis cinco sentidos.

Christine sonrió al escuchar las palabras de Loretta. Ella sabía de su talento para la cocina, pero siempre recibía gustosa la retroalimentación de sus comensales. Para Christine, la preparación de los alimentos era algo más que preparar comida. Para ella era el arte de darse y de cuidar al otro. Para ella, remitía al poder nutricional de las madres.

Pronto Loretta volvió al lado de Volker para continuar con el recorrido. Frente a la puerta de la cocina, estaba otra puerta que conducía a un gran dormitorio que continuaba con la decoración medieval de la sala del café de media tarde. Más que un dormitorio, aquel recinto parecía un pequeño departamento: aparte de la cama, el dormitorio contaba con una mesa con dos sillas, un par de sillones con cojines en una esquina y un baño muy amplio.

-Este es tu dormitorio, Loretta –Volker sonrió y continuó –aunque claro, no dormirás aquí esta noche. Aquí puedes dejar tu mochila. En la mesa hay papel y lápiz por si en algún momento quieres escribir algo. Mientras estés aquí en el Asclepeion, puedes estar en tu dormitorio o ir a la capilla de Ikenberg. A las cinco de la tarde, puedes ir a la sala a tomar café o té y degustar unas galletas caseras hechas por Christine. La cena será a las siete, así que tampoco se trata de que te llenes solo con las galletas, aunque con las exquisiteces que hace Christine, es difícil resistirse.

Loretta miraba sorprendida cada detalle de aquel dormitorio. Era un lugar tan acogedor que era difícil que su alma reseca por la tristeza, no empezara a sentirse acariciada por la calidez de hogar de aquel templo del sueño. Dejó su mochila sobre una de las sillas del pequeño comedor y empezó a recorrer cada rincón del dormitorio. Volker permaneció en el mismo lugar mientras ella hacía su recorrido. La contemplaba en silencio. Le gustaba ver cómo Loretta solía tocar con sus dedos suavemente las texturas de los muebles y las paredes. Desde que ella había visto la foto de la revista en el salón de belleza de su estilista, Loretta había perdido el deseo de acariciar el mundo que la rodeaba, como si las

caricias se hubieran caído de sus manos y hubieran rodado de prisa hacia lugares muy lejanos donde se hubieran perdido por completo.

Luego de unos minutos en silencio y cuando Loretta volvió al punto donde había iniciado su exploración por el dormitorio, Volker le dijo:

-Listo. Sigamos. Ahora te voy a llevar a conocer el lugar más sorprendente del Asclepeion.

Loretta lo miró un tanto escéptica. Ya para ella, todo lo que había visto y sentido en los lugares por donde había estado, le había transmitido una apacibilidad que desde hacía un año no había vuelto a sentir, y eso a pesar de no haber podido entrar todavía al salón del rey donde mañana se reuniría con el Iatromantis. Volker retomó las palabras:

-No me mires así. Todavía no te he mostrado la esencia del Asclepeion: el lugar subterráneo donde brota el agua de la fuente sagrada, al lado de la cual dormirás esta noche.

Volker salió del dormitorio y volvió a situarse junto a las escaleras, donde esperaba a Loretta. Por su parte, ella se había quedado paralizada en el dormitorio, repasando las palabras de Volker. *“Entonces –pensaba –sí existe una fuente sagrada en un lugar subterráneo. ¡Solo espero que no haya serpientes reptando por el suelo!”*. Al pensar en las serpientes, más que temerosa, Loretta empezaba a sentirse como una niña a punto de hacer una travesura. Se apresuró para llegar al lado de Volker y descubrir la esencia del Asclepeion.

天 日 天 日

# Los Sueños

**D**etrás de las escaleras, había una compuerta de madera sobre el piso. Volker levantó aquellas tablas de madera antigua que conformaban la compuerta, tomando con sus manos una gruesa argolla de hierro. Loretta sentía estar viajando en el tiempo hacia los secretos más profundos de los Asclepeion de la Antigua Grecia. Descendieron lentamente por una escalera de piedra, muy semejante a los restos arqueológicos de la escalera del trono del emperador que se observaban en las afueras del templo del sueño.

Aquel sótano estaba envuelto en un suave olor a humedad y en un silencio total que embriagaba los sentidos y que permitía escuchar el burbujear de alguna fuente. Llegaron a un pequeño vestíbulo donde había tres puertas de madera, similares a la puerta de la sala del café de media tarde, aunque no tan grandes. Volker señaló la primera puerta:

-Detrás de esta puerta está el laboratorio, donde trabajan los doctores.

-¿Laboratorio? ¿Doctores? –alcanzó a preguntar con curiosidad Loretta.

-Claro. Ellos te estarán monitoreando todo el tiempo mientras duermes.

-¿Qué me estarán monitoreando? –volvió a preguntar con asombro Loretta.

-Todos tus signos vitales y todo lo que tiene que ver con la parte fisiológica del sueño. Ellos observan cómo pasas de una etapa del sueño a otra y las zonas cerebrales que se van activando en tu cerebro según el contenido que estés viviendo en ellos.

-¿Qué pasa si no logro soñar nada? –preguntó de nuevo Loretta.

-Siempre soñamos, Loretta –dijo Volker con tanta naturalidad como quien dice una verdad simple y continuó –el que no te acuerdes cuando te despiertas, no significa que no hayas soñado. Solo significa que tu mente consciente no te permite acceder a esa información por alguna razón que tal vez en el mismo sueño se puede encontrar.

Loretta respiró con alivio. Entonces no era que ella ya no soñara, era que su mente no le permitía recordar lo soñado. Y la razón de por qué la mente no le permitía recordar sus sueños, también se podría encontrar dentro de ellos. La chispa de la esperanza volvía a encenderse dentro de su pecho, aunque todavía no lograba la intensidad que en este momento ya había logrado alcanzar la chispa de la curiosidad.

-¿Por qué los doctores estudian los aspectos fisiológicos del sueño? – retomó Loretta su interrogatorio.

-Básicamente el sueño tiene funciones fisiológicas y psicológicas muy importantes. Fisiológicamente, a través del sueño, es como si formateáramos nuestro cerebro de toda aquella información innecesaria que hemos acumulado a lo largo del día. Si no fuera por el sueño reparador, al cabo de varios días sin pegar los ojos, terminaríamos volviéndonos locos. De hecho, la privación del sueño se utilizó por muchos años como método coercitivo a los prisioneros de guerra para hacerlos revelar información del enemigo. Ya sabes, de esos capítulos tristes de la humanidad de los que parecemos no haber aprendido nada todavía –dijo Volker como quien comparte sus reflexiones más íntimas.

-Entonces, ¿la función fisiológica del sueño es evitar que nuestro cerebro se sature? –preguntó Loretta interrumpiendo las reflexiones de Volker.

-Bueno, no solo eso. También permite que las células de todos nuestros tejidos, órganos y sistemas, se regeneren. Por eso se marca una gran diferencia en la apariencia y la salud de las personas que duermen las horas necesarias y las que suelen traspasar o dormir poco como parte de su estilo de vida... Aunque claro, de eso los jóvenes se percatarán hasta que al llegar a la adultez media, su organismo les pase la factura de los traspasos y los excesos de la juventud y sientan que todos los años les cayeron encima de golpe. Al menos hablo por mí, porque a mí me pasó así. Hasta que conocí al Iatromantis, empecé a observar mis hábitos y decidí hacer cambios en ellos.

-Entiendo –dijo Loretta.

-Es cierto, la vejez y el desprendimiento de esta vida nos llegará a todos por igual, durmamos poco o durmamos suficiente –continuó reflexionando Volker –pero también es cierto que envejeceremos como hemos vivido y dejaremos esta vida, de la misma manera en que hemos andado por este mundo. Por eso quiero envejecer con salud y serenidad y quiero que cuando llegue mi

momento de partir de esta vida, pueda hacerlo con paz y satisfacción por la forma en que he vivido. Quiero hacerlo despacio, suavemente, dejarme arrullar en el sueño eterno como una hoja es arrullada por la brisa que acaricia los rostros.

Loretta observaba en silencio a su anfitrión, quien ahora se había tornado más filosófico y existencial que en la primera parte del recorrido. Posiblemente al traspasar aquella compuerta que los condujo al lugar subterráneo del Asclepeion, el olor a humedad y el sonido burbujeante del agua, conjuraban alguna especie de hechizo capaz de inspirar los pensamientos más profundos de los visitantes a aquel recinto.

-En fin –dijo casi en un suspiro Volker intentando regresar a la conversación acerca de las funciones del sueño. –La función fisiológica del sueño es eliminar información innecesaria de la vigilia y regenerar nuestras células. De la función psicológica, en mucho le debemos al Doctor Freud sus aportes.

-¿El Doctor Freud? –preguntó Loretta.

-Sí. El Doctor Freud fue un médico neurólogo vienés que estudió a profundidad los sueños y en 1900 publicó su gran obra “*La Interpretación de los Sueños*”. Básicamente el Doctor Freud explicaba que los sueños provienen del Inconsciente y se rigen por sus leyes. Buscan el cumplimiento de un deseo inconsciente y aprovechan que la censura psíquica está parcialmente dormida, para poder realizarlo –explicó Volker.

-¿Parcialmente? –preguntó de nuevo Loretta.

-Así es. Es como si estuviera dormida pero solo cierra un ojo y el otro lo mantiene abierto. Por esto el inconsciente tiene que valerse de algunos mecanismos para disfrazar el contenido del sueño.

-¿Cuáles mecanismos? –insistió Loretta.

-El simbolismo y la condensación, principalmente. Con el simbolismo, un árbol puede representar a un padre, una flor a una despedida y un baile a un encuentro de amantes. Con la condensación, el personaje desconocido que aparece en nuestro sueño, es en realidad el resultado del cabello de una persona conocida, la sonrisa de otra, el cuerpo de otra y la voz de otra. Es como si estuviera construida de retazos de personas que en vigilia sí existen en nuestra

vida. Y eso aplica también para los lugares. Lugares que no conocemos en los sueños, en realidad sí los conocemos, solo que en el sueño varios de ellos se han fundido en un solo lugar.

-Entiendo –dijo Loretta confirmando que comprendía las explicaciones de Volker.

-El Doctor Freud fue el fundador del psicoanálisis. Ya que no tuvo buenas experiencias hipnotizando pacientes, desarrolló un método basado en la asociación libre para hacer consciente el contenido inconsciente. Analizaba los sueños, los actos fallidos y los chistes que les causaban gracia a los pacientes, ya que según él, a través de estas vías, se podía acceder al Inconsciente. Por eso profundizó tanto en los sueños, porque para él eran una forma directa de llegar al Inconsciente, el cual era su objeto de estudio.

-¿El Iatromantis es un psicoanalista? –preguntó Loretta. Volker soltó una carcajada.

-¡Para nada!

-¿Entonces? –preguntó impaciente Loretta.

-Verás –empezó a explicar Volker. –Los doctores que trabajan en el laboratorio son un neurólogo y un psiquiatra. El psiquiatra sí es psicoanalista, aunque más de corte junguiano que freudiano. O sea, él concibe el Inconsciente desde la perspectiva de Carl Jung y no tanto del Doctor Freud. Para Freud, al fin y al cabo, el Inconsciente es como una especie de ropero donde guardamos nuestros trapos más sucios. Para Jung, en cambio, es nuestro baúl de tesoros del cual debemos buscar su llave para poder explotar todos nuestros talentos.

-¿Y el Iatromantis? –seguía insistente Loretta.

-Tanto Freud como Jung, dejaron de lado un elemento muy importante de los sueños y en ese elemento se centra el Iatromantis.

-¿Cuál elemento? –continuaba preguntando Loretta.

-El elemento espiritual –contestó con simplicidad Volker.

Anfitrión e invitada quedaron en silencio y volvió a escucharse con intensidad el burbujear del agua. Volker caminó hasta la primera puerta de madera y dio un par de golpes suaves sobre ella. Un señor de unos 70 años, de

contextura delgada, con su cabellera poblada de canas, una sonrisa amplia, una mirada profunda que aguardaba detrás de sus anteojos, con el ceceo propio de las tierras de Don Quijote y vestido con una bata blanca, abrió la puerta.

-Bienvenida Loretta –dijo mirando a la invitada –yo soy el Doctor Sullivan y él –dijo señalando a su compañero que estaba de espaldas observando unas hojas largas con líneas dispares que formaban ángulos –es el Doctor Breuer. Yo soy el psiquiatra y él es el neurólogo, como puedes ver –y de inmediato soltó una carcajada.

El Doctor Breuer interrumpió la lectura que hacía de un electroencefalograma y se puso de pie. Era un hombre de baja estatura que podía rondar los 60 años, aunque parecía ser mucho menor. Tenía un cabello negro lacio y unos diminutos ojos rasgados. Vestía también una bata blanca, igual a la del Doctor Sullivan. Caminó hasta donde estaba Loretta, extendió su mano y dijo:

-Mucho gusto en conocerte Loretta, yo soy el Doctor Breuer.

Loretta correspondió estrechando la mano del Doctor.

-Vamos a tomar asiento –intervino Volker mientras acercaba un par de bancos para Loretta y para él, y continuó –los doctores te explicarán cosas interesantes sobre los sueños.

Loretta no dudó en tomar asiento para conocer lo que los doctores pudieran contarle acerca de los sueños, uno de los misterios más antiguos que ha cautivado al ser humano desde todos los tiempos.

El Doctor Breuer se apresuró a tomar la palabra.

-Verás Loretta, el sueño tiene 5 fases, las cuales aparecen de forma ordenada y alternan entre períodos NO-REM y períodos REM, es decir, pasa por 4 fases de período en donde no hay movimientos oculares rápidos y luego llega a la fase 5, donde aparecen estos movimientos. Cada ciclo de 5 fases tarda aproximadamente 90 minutos, por lo que si dormimos 8 horas, habremos realizado de 4 a 5 ciclos.

-Las 5 fases le permiten al cerebro una integridad neuronal y remodelación de conexiones sinápticas, por lo que el sueño es una necesidad vital y neuroprotectora –agregó el Doctor Sullivan.

-Las diferentes fases del sueño fueron descubiertas a través del electroencefalograma –dijo el Doctor Breuer señalando las hojas con líneas dispares en forma angular y continuó –aunque con los avances de la ciencia, ahora se ha podido profundizar más a través de nuevas tecnologías y así hemos logrado saber las cosas que ahora te vamos a comentar.

Los dos doctores tomaron también un par de bancos donde se sentaron al lado de Loretta y de Volker. La curiosidad de Loretta hacía brillar sus ojos mientras recorría rápidamente con su mirada las máquinas que estaban en el laboratorio.

-Las 4 fases del sueño NO-REM –empezó a decir el Doctor Sullivan - abarcan el 80% del sueño total. Sabemos que durante estas fases, el ADN se repara y nuestro organismo recarga baterías. El riego sanguíneo cerebral disminuye y por eso predominan las ondas cerebrales lentas ya que la actividad eléctrica del Sistema Nervioso Central disminuye.

-La primera fase es la que conocemos como adormecimiento –empezó a detallar el Doctor Breuer. –La persona es consciente y aunque puede responder al medio, progresivamente va perdiendo la consciencia del entorno. Suele abarcar el 5% del sueño total y pueden aparecer pródromos de actividad onírica a las que llamamos alucinaciones hipnagógicas.

El rostro de Loretta evidenció no comprender las palabras del Doctor Breuer. Volker intervino sonriendo:

-Es decir, que en esta primera fase del sueño, podemos tener un avance o tráiler de lo que luego soñaremos.

El rostro de Loretta aligeró la tensión que había empezado a mostrar. El Doctor Breuer continuó su explicación de la primera fase del sueño:

-Si viéramos el electroencefalograma de una persona en esta fase, veríamos que predominan las ondas alfa, las cuales también se dan cuando estamos relajados y estamos despiertos pero con los ojos cerrados. También pueden aparecer algunas ondas theta que indicarían una mayor relajación de la persona.

-Entiendo –alcanzó a decir Loretta.

-La fase 2 es la que se conoce como sueño ligero y que en realidad, es una

fase preparatoria para el verdadero sueño conciliador –dijo inmediatamente el Doctor Sullivan y continuó. –Luego de aproximadamente 10 minutos, la persona se encuentra profundamente dormida. Si la despertamos, no recordará haber dormido. Esta es la más amplia de las fases y abarca el 50% del sueño y es donde suelen darse la mayoría de las parasomnias, es decir, los trastornos de la conducta durante el sueño, como el sonambulismo, el síndrome de piernas inquietas o los terrores nocturnos.

-En esta fase –intervino el Doctor Breuer –la actividad fisiológica y muscular disminuyen significativamente y hay una desconexión del entorno. El electroencefalograma de una persona en esta fase, presenta mucha irregularidad, con episodios de ondas theta, que son más lentas que las ondas alfa, y aparecen también los husos del sueño y el complejo K.

-¿Husos del sueño? ¿Complejo K? –preguntó desconcertada Loretta.

-Los husos del sueño son ondas repetidas y suaves –explicó con sencillez Volker –que se cree están relacionadas con la consolidación de la memoria y también con el control de estímulos del entorno. El Complejo K, en cambio, son ondas que forman picos extremos en el electroencefalograma con la intención de inhibir cualquier estímulo auditivo que podría hacer que nos despertáramos en este momento.

-O sea, tanto los husos del sueño como el Complejo K, ¿funcionan como un rótulo de “*no molestar*”? –preguntó Loretta con la intención de comprender mejor la explicación que le había dado Volker. Tanto los doctores como el anfitrión, afirmaron con la cabeza mientras sonreían con la comparación que había hecho Loretta.

-Las fases 3 y 4, conocidas como de ondas lentas o de sueño profundo –retomó el Doctor Breuer –abarcan del 15 al 25% del sueño total. Luego de aproximadamente 15 minutos de la fase 2, se llega a esta etapa, donde predominan las ondas delta. Aquí la actividad fisiológica se disminuye drásticamente, pero el tono muscular, en cambio, aumenta y existe una fuerte actividad neuronal sincronizada y relajada que evita que la persona se despierte.

-Se considera que en esta etapa, el cuerpo realmente descansa y logra recuperarse más que en cualquiera otra de las fases –agregó el Doctor Sullivan y continuó –además se cree que es en estas fases que se consolida el aprendizaje.

-Entiendo –dijo Loretta con una sonrisa que hacía brillar más la curiosidad que se desbordaba por su mirada.

-Ahora vamos a adentrarnos en la última fase, la que pertenece a los movimientos oculares rápidos: ¡el sueño paradójico! –expresó Volker entusiasmado y a la vez, con cierto misterio.

-¿Paradójico? –preguntó de inmediato Loretta.

-Espera, espera... vamos despacio –dijo el Doctor Sullivan intentando apaciguar el entusiasmo de Volker y la curiosidad de Loretta.

-La fase 5, o mejor conocida como REM por sus siglas en inglés, se caracteriza por los movimientos oculares rápidos y las ondas cerebrales también rápidas que aparecen luego de haber pasado cerca de 45 minutos en ondas lentas. Apenas fue descubierta en 1950 –dijo el Doctor Breuer a manera de introducción.

-Por eso se le conoce como “sueño paradójico” –amplió el Doctor Sullivan –porque es un estado similar al que tenemos cuando estamos despiertos, ya que tenemos una actividad cerebral desincronizada y acelerada, pero no estamos despiertos.

-Es una fase menos profunda que las fases de ondas lentas –retomó el Doctor Breuer- sin embargo es difícil despertar a la persona, aunque con un estímulo significativo, como por ejemplo, decirle su nombre, sí se despertaría. Los ojos se mueven rápidamente en todas direcciones y hay pérdida del tono muscular, de manera que la persona se encuentra paralizada, lo cual es bueno, ya que se dan las ensoñaciones pero al haber una desconexión muscular, se evita que la persona imite lo que hace en el sueño.

-El sueño REM constituye el 20% del sueño –agregó el Doctor Sullivan –pero la proporción y duración del sueño REM aumenta conforme avanza la noche, por eso es que los sueños vívidos y narrativos son más intensos antes de despertar y necesitamos por lo menos de 6 a 7 horas de sueño ininterrumpido para que nuestro cerebro empiece a reprocesar experiencias significativas a través de los sueños.

-Es un procedimiento de abajo hacia arriba –dijo el Doctor Breuer con la intención de bajarle el tono a la afirmación que acababa de hacer el Doctor Sullivan –ya que las partes más antiguas del cerebro activan a las partes más

evolucionadas. Aquí predominan las ondas beta y theta. Se sabe que los animales, al menos los mamíferos, tienen sueño REM. Por ejemplo, el ornitorrinco, es uno de los animales que más sueño REM tiene.

El Doctor Sullivan arrugó su cara ante el comentario del Doctor Breuer. Volker, en cambio, sonrió, como si se supiera de memoria el conflicto eterno que existía entre los doctores.

-El sueño REM es fundamental para el desarrollo cerebral y la consolidación de recuerdos nuevos así como la integración de los recuerdos ya existentes, por eso es una “terapia nocturna” y por eso también, hay técnicas psicoterapéuticas que inducen estados REM pero en vigilia, con la intención de promover el reprocesamiento de experiencias dolorosas de forma natural por el cerebro –explicó de forma enfática el Doctor Sullivan. El Doctor Breuer levantó los hombros.

-¡Bah! Lo que sabemos es que se envían mensajes químicos que llegan a la zona troncoencefálica y que activan parte del lóbulo frontal, produciendo imágenes y sensaciones aleatorias a las cuales, el cerebro intenta darles una coherencia y eso son los sueños –afirmó el Doctor Breuer intentando simplificar al máximo cómo se producen los sueños para restarle misterio a algo para lo que hasta ahora, la ciencia solo tenía hipótesis.

Era evidente que los doctores tenían sus diferencias en cuanto a lo que ocurría durante el sueño REM. En un intento por buscar de nuevo la unificación, Loretta comentó:

-Pareciera que las ondas cerebrales son las que marcan la diferencia entre una etapa y otra. ¿Cuántas ondas cerebrales tenemos?

El objetivo de Loretta por disipar la tensión en el laboratorio, surtió efecto. Los doctores cruzaron miradas como si estuvieran lanzando una moneda al aire para ver quién empezaba a explicar el tema de las ondas cerebrales. El Doctor Sullivan tomó la palabra:

-Se han detectado básicamente 5.

-¿Qué son exactamente las ondas cerebrales? –preguntó con sencillez Loretta.

-Son oscilaciones en la actividad eléctrica que se representan por ondas en

una electroencefalografía –explicó el Doctor Breuer.

-Las ondas se clasifican en frecuencia, es decir, el tiempo que pasa entre el momento en que un grupo de neuronas dispara una señal eléctrica a la vez y la siguiente señal –agregó el Doctor Sullivan.

-Las ondas cerebrales son el lenguaje de las neuronas –dijo en forma simple Volker y continuó. –Básicamente son los impulsos eléctricos de las neuronas, como una especie de clave morse que se envían entre ellas y son la base de todos nuestros pensamientos, sentimientos y conductas.

-¡No dejo de sorprenderme por la forma tan perfecta en que funciona nuestro cerebro! –expresó genuinamente Loretta y de inmediato preguntó –¿Cuáles son los 5 tipos de ondas cerebrales que se han detectado en nuestro cerebro?

-Primero están las ondas delta –dijo el Doctor Breuer y tomando nuevamente las hojas largas del encefalograma, continuó –como puedes ver Loretta, son las de mayor amplitud, tienen una frecuencia muy baja, de 1 a 3 Hertz. Suelen aparecer en la fase de sueño profundo y rara vez se sueña cuando están las ondas delta.

-Entiendo –dijo Loretta con total atención en la explicación del Doctor Breuer.

-Luego están las ondas theta –continuó el Doctor Breuer -que son las segundas con mayor amplitud de onda y frecuencia baja, de 3.5 a 7.5 Hertz. Son ondas asociadas a estados de calma profunda, relajación o inmersión en recuerdos y fantasías. También están presentes en la etapa REM, que como dijimos antes, es la etapa en la cual soñamos. En ondas theta, hay conciencia pero está desconectada del entorno ya que está centrada en experiencias imaginarias.

El Doctor Breuer clavó su mirada en los ojos del Doctor Sullivan mientras enfatizaba en las dos últimas palabras que había pronunciado “*experiencias imaginarias*”. El Doctor Sullivan solo movió su cabeza negativamente mientras con cierta frustración volteaba su mirada hacia el techo del laboratorio. El Doctor Breuer continuó con su explicación:

-Luego tenemos las ondas alfa, las cuales son más frecuentes que las ondas theta. Las ondas alfa van de 8 a 13 Hertz. Están relacionadas con estados de

relajación, pero no son exclusivas del sueño. También aparecen cuando experimentamos una sensación de calma profunda, como cuando damos un paseo por el parque, por ejemplo.

-Entiendo –volvió a decir Loretta con la intención de no interrumpir al Doctor Breuer.

-El cuarto tipo son las ondas beta, que van de 13 a 33 Hertz –continuó el Doctor Breuer –aquí hay una actividad neuronal intensa. Aparecen cuando requerimos un estado de alerta y gestión hábil de la atención, como por ejemplo cuando estamos realizando un examen. Y finalmente, las ondas gamma, que van de 25 a 100 Hertz, tienen una frecuencia mayor y una menor amplitud. Aparecen necesariamente cuando estamos despiertos. Están relacionadas con la conciencia, con un aumento del foco atencional y con la gestión de la memoria.

-Como puedes ver, Loretta –intervino el Doctor Sullivan –ya que durante la fase REM alternan continuamente las ondas theta con las ondas beta, estamos tan relajados y tan inmersos en recuerdos y fantasías y al mismo tiempo, tan concentrados en ellos, que por eso nuestro cerebro puede reprocesar experiencias e incluso curarse y tal vez esto es lo que ocurría en los templos del sueño de la antigüedad.

-¡Claro! Eso tiene mucho sentido –expresó con gran entusiasmo Loretta – sin embargo, no es suficiente para explicar cómo el cerebro selecciona las imágenes y construye el guion que dará origen a un determinado sueño –y de inmediato planteó la pregunta del millón –pero, ¿por qué soñamos lo que soñamos?

Nuevamente las miradas de los doctores se cruzaron mientras en sus mentes lanzaban una moneda al aire para ver quién respondería ahora a la pregunta que a través de los milenios, y todavía ahora, continúa haciéndose el ser humano. Volker solo pudo soltar la risa al ver la forma en que una pregunta tan simple e ingenua, que recordaba la edad de los por qué de los niños pequeños, lograba meter en aprietos a dos especialistas de gran trayectoria en el complejo mundo de la ciencia.

El Doctor Sullivan carraspeó. Parecía que la moneda lanzada al aire lo había hecho acreedor de la palabra para dar respuesta a la pregunta hecha por Loretta, quien esperaba atenta con sus ojos verdes abiertos de par en par y sus largos rizos negros.

-Bueno, hasta el momento hay 10 hipótesis que pretenden responder a la pregunta que nos has hecho, Loretta.

-¿10? –preguntó sorprendida la invitada.

-Así es. La primera, que fue muy difundida por el Doctor Freud a quien desde pequeño le interesó el mundo onírico, es que soñamos para satisfacer deseos. Para él, los sueños son una colección de imágenes de nuestra vida consciente que posee un significado simbólico relacionado con nuestros deseos inconscientes.

-Es cierto, es de las hipótesis más difundidas, pero como te dijo Sullivan – intervino el Doctor Breuer –no es la única. La segunda hipótesis es la del efecto secundario. Podría ser que en la fase REM los circuitos del cerebro se activan produciendo que áreas del sistema límbico involucradas con las emociones, sentimientos y recuerdos, sobre todo la amígdala y el hipocampo, que hoy por hoy sabemos que es a lo que corresponde el Inconsciente freudiano, también se activen y entonces el cerebro intenta interpretar esas señales y los sueños son esa interpretación subjetiva de la señal generada por el cerebro. Así, el sueño sería nuestro estado más creativo de consciencia.

-Es como el juego de encontrarle forma a las nubes –comentó Volker para intentar explicar de forma más sencilla lo que acababa de explicar el Doctor Breuer. –La naturaleza produce las nubes sin ninguna forma específica y nosotros intentamos darle sentido a esa forma para que se parezca a algo. El sueño REM produce las nubes y los sueños es la forma que nuestro cerebro le dio.

-La tercera hipótesis –continuó el Doctor Breuer –es la de mantener activo el cerebro, es decir que los sueños son el resultado de la necesidad constante del cerebro de crear y consolidar recuerdos a largo plazo para un funcionamiento correcto.

-Según esa hipótesis –intervino Volker –los sueños serían como una especie de “salva pantallas” aleatorio que nuestro cerebro inicia para no apagarse totalmente.

-La cuarta hipótesis –interrumpió el Doctor Sullivan –es la de olvidar y limpiar. Según esta hipótesis, soñamos para deshacernos de conexiones o asociaciones que se han acumulado en nuestro cerebro y que en realidad, no necesitamos almacenar.

-Eso sería como borrar la memoria caché del teléfono móvil –dijo sonriendo Volker.

-Exacto –afirmó el Doctor Sullivan y continuó. –La quinta hipótesis es lo contrario y tiene que ver con la consolidación del aprendizaje: los sueños nos permiten consolidar lo que hemos aprendido durante el día.

-Otra hipótesis, muy básica y primitiva, sostiene que soñamos como mecanismo de defensa –intervino el Doctor Breuer. –Hacernos el muerto es una desactivación del sistema dopaminérgico que produce inmovilidad tónica y que aleja a algunos depredadores. Esta hipótesis va de la mano con otra, que dice que los sueños nos permiten simular situaciones amenazantes y ensayar la percepción de dichas amenazas con el fin de evitarlas o enfrentarlas.

-Pero esa hipótesis no lograría explicar los sueños bonitos –agregó el Doctor Sullivan y continuó. –Por eso apareció otra hipótesis que postula que soñamos para resolver problemas. Así, nuestra mente crea todo tipo de escenarios donde resolvemos con éxito los problemas que no pudimos resolver en nuestra vigilia.

-La novena hipótesis –intervino nuevamente Breuer –se conoce como un “darwinismo onírico”. En el sueño se da una selección natural de ideas que servirán para generar otras nuevas.

-¡Pero la mejor es la última hipótesis! –se apresuró a decir el Doctor Sullivan y en esta ocasión fue el Doctor Breuer el que movió negativamente su cabeza mientras volteaba con frustración hacia el techo. El Doctor Sullivan

continuó –la última hipótesis es el procesamiento de emociones dolorosas, es decir, una catarsis nocturna. A través de los sueños logramos desahogar una serie de emociones intensas.

Volker se puso de pie. Loretta lo miró confundida. En cambio los doctores no se sorprendieron en lo absoluto.

-Vamos Loretta, todavía nos faltan conocer las otras dos puertas.

Los doctores también se pusieron de pie y como en una coreografía, extendieron sus manos a Loretta en señal de despedida. La invitada no tuvo más remedio que completar la coreografía que había iniciado su anfitrión. Es cierto que hubiera querido conocer más detalles de los sueños, aunque tan solo fueran hipótesis, pero la curiosidad por conocer las otras dos puertas de madera de aquel lugar subterráneo, la hizo retirarse rápidamente del laboratorio incrustado en el mágico y misterioso sótano del templo del sueño en Paderborn.

ス 日 天 日

## 6

# Preparación

Una vez que el anfitrión y la invitada salieron del laboratorio, la primera puerta de madera se cerró detrás de ellos. Volker caminó hacia la segunda puerta de madera y la abrió. Desde la puerta, Loretta observó una gran fuente que abarcaba casi todo el recinto. El sonido burbujeante que habían estado escuchando, provenía de ese lugar. El recinto parecía una cueva de piedra y de esa misma piedra era la fuente y también un pequeño camastro que estaba al lado de ella. Sobre el camastro había una bolsa de dormir y un casco que parecía de realidad virtual. Había unos espejos al lado derecho y al lado izquierdo de la fuente. El lugar era realmente cautivante por el sonido del agua y a pesar de ser totalmente de piedra y de no haber absolutamente nada más allí, Loretta sentía como si hubiera llegado al mismísimo corazón de Dios. Y ¡lo mejor de todo es que no había serpientes reptando por el suelo! Loretta sonrió al pensar en eso. Volker la miró en silencio pero no preguntó nada.

-Aquí es donde dormirás esta noche, Loretta. Te colocarás ese casco y te arroparás dentro de la bolsa de dormir.

-¿Para qué es ese casco? –preguntó Loretta.

-A través del casco, tanto los doctores en el laboratorio como el Iatromantis reciben la información que necesitan para analizar tus sueños y tu dormir –explicó Volker. Loretta lo miraba confundida, por lo que el anfitrión profundizó en su explicación –el casco envía la información de tus signos vitales al laboratorio, de las distintas áreas cerebrales que se activan durante tus sueños y de tus ondas cerebrales que marcan el paso de una fase del sueño a la

siguiente. ¿Ves ese espejo? –preguntó Volker señalando el espejo que estaba al lado derecho de la fuente, Loretta afirmó con su cabeza –No es un espejo. Este recinto es una cámara de Gessell: en realidad es una ventana y al otro lado, están los doctores. Tú no los puedes ver a ellos, pero ellos a ti sí.

-Entiendo –dijo Loretta maravillada con el hecho de que una cueva de piedra que parecía tan primitiva disimulara tan bien tanta tecnología.

-Y a través de esta otra ventana, está el recinto del Iatromantis. Él también usará un casco igual que el tuyo y podrá ver en realidad virtual tus sueños. Es como si él te acompañara como un testigo no participativo dentro de tus sueños – terminó de explicar Volker.

-¿Dentro de mis sueños? –exclamó Loretta –Pensé que él simplemente escuchaba el relato que yo hacía de mis sueños –Volker soltó otra carcajada.

-¡Qué! ¿Y perder información valiosa que tu censura no te permita recordar al día siguiente? ¡Qué desperdicio! Tal vez eso era así en los Asclepeion de la Antigüedad, pero con la tecnología que tenemos ahora, el Iatromantis puede introducirse en tus sueños, vivirlos como tú los vives y así la conversación con él mañana, será mucho más rica y productiva.

Loretta volvió a respirar con alivio. Sus preocupaciones de no poder recordar sus sueños al día siguiente se habían esfumado al saber que el Iatromantis sería un testigo presencial de todas las vivencias que ella tuviera durante la sesión onírica. Además de sentir alivio, se sentía maravillada con todo lo que Volker le explicaba. La curiosidad y la esperanza habían escalado hasta niveles muy altos, tan altos que aquel sentimiento de pérdida y tristeza que la habían acompañado en todo este año, parecían haberse quedado esperándola al lado de las escaleras en espiral y la compuerta de madera sobre el suelo del comedor.

Volker dio dos pasos atrás y salió de aquel recinto.

-Ven. Voy a mostrarte ahora el recinto donde el Iatromantis observará tus sueños.

Loretta dio media vuelta y salió de aquel lugar que había sido un bálsamo para su alma curtida y reseca.



y abrió la puerta grande de madera que daba a la sala del café de media tarde.

Al instante en que Volker empujó la puerta de madera, llegaron a abrazarlos de golpe los aromas de sándalo y mirra que jugaban a las escondidas por toda la sala. Volker invitó a Loretta a tomar asiento en uno de los confortables sillones de estilo medieval que engalanaban la sala. Loretta no dudó en escoger su lugar frente a la chimenea cuyo fuego empezaba a extinguirse. Volker tomó lugar en el sillón a un lado de ella.

-Ahora sí, Volker, soy toda oídos. Cuéntame... ¿Quién construyó este templo del sueño? –preguntó sonriente Loretta.

Volker también sonrió y respiró profundo. Acomodó suavemente sus anteojos sobre su nariz y carraspeó para limpiar su garganta.

-El señor Laurent fue un trotamundos. Nació en Martinica, una isla francesa de las Antillas Menores en el Caribe cerca del año 1872. Su naturaleza nómada lo llevó a vivir en muchos lugares del mapamundi aunque sin lograr echar raíces fuertes en ningún lugar. Tuvo una vida con muchas carencias afectivas y la ausencia del amor materno desde que era muy niño, lo marcaron para siempre. Tuvo varias mujeres en diferentes lugares intentando compensar a través de ellas, el amor que nunca pudo recibir de su madre y aunque varias de estas mujeres lo amaron bien y otras lo traicionaron, el señor Laurent nunca pudo curar la herida que había dejado en su pecho la pérdida prematura de su madre.

-¡Qué triste! –expresó Loretta mostrando su empatía por el señor Laurent.

-Desde muy pequeño, el señor Laurent empezó a comunicarse con seres de otras dimensiones a través de sus sueños. Los seres con los que conversaba le advirtieron varias de las muertes de sus personas queridas, peligros futuros, enfermedades y otros acontecimientos importantes, además le daban consejos frecuentes para enfrentar los retos de la vida diaria y lo guiaban. Como era un hombre estudioso, a pesar de las limitaciones de aquella época y que tenía que trabajar duramente para procurar su sustento, el señor Laurent investigó a profundidad los sueños. Para él, eran la puerta de entrada a otras dimensiones.

Loretta escuchaba en silencio el relato de Volker, el cual se alejaba sustanciosamente de las explicaciones científicas que los doctores le habían brindado hace tan solo unos minutos. En parte, Loretta se sentía agradecida de

que alguien, que recibía tanta ayuda a través de los sueños, hubiera construido un lugar en donde los sueños continuaran facilitando el bienestar y la guía para otras personas, incluso años después de que el señor Laurent hubiera dejado este mundo. Pero sin duda, también se mostraba un tanto escéptica con el discurso de Volker.

-Casi medio siglo antes que el Doctor Freud, en 1857, el francés Allan Kardec, conocido como el gran codificador de la doctrina espírita, publicó “*El Libro de los Espíritus*”, donde los espíritus de personas ya fallecidas, explicaban a través de médiums en diferentes lugares del mundo y desconocidos entre sí, cuestiones relacionadas con el mundo espiritual, entre ellas el tema de los sueños.

-¿Doctrina espírita? –preguntó sorprendida Loretta.

-No creas que se trata de sesiones donde las personas juegan guiya o hacen rituales para invocar fantasmas o cosas por el estilo –dijo Volker en medio de una carcajada y continuó. –La doctrina espírita, si bien es considerada una pseudociencia para muchos, es una corriente filosófica en realidad. Se centra en el estudio de los espíritus de personas que una vez estuvieron en este mundo y que han evolucionado hacia la luz y lugares más plenos. Estos espíritus comparten sus enseñanzas a través de médiums en las sesiones espíritas y así ellos, los espíritus, pueden interactuar con nuestro mundo material.

-¿El señor Laurent seguía la doctrina espírita? –preguntó Loretta.

-Lo estudió, en su deseo de comprender los sueños. No sabemos si él vivía acorde a la filosofía espírita, no hay evidencia de ello en su diario. Sin embargo sí compartía totalmente lo expuesto por Kardec con respecto a los sueños porque era precisamente lo que él desde niño había vivido con sus propios sueños. Como hombre estudioso que era, desarrolló un método para lograr obtener la información que se puede obtener a través de los sueños, pero de una forma más sistemática, organizada y con un objetivo más definido.

-¿Como la hipnosis? –preguntó de nuevo Loretta.

-No. Para el señor Laurent, cuando la persona duerme de forma natural está en un estado al cual él denominaba “*magnetismo*”. En este estado, la persona conserva la independencia de sus emociones y los sentidos no son

inducidos a alucinaciones, de manera que lo que las personas ven y sienten mientras duermen, es lo que realmente existe. En cambio, en la hipnosis se induce un estado a través de la sugestión y es ahí donde surge el sueño característico.

-A ver si logro entender –dijo Loretta con gran interés. –El señor Laurent buscaba que la persona durmiera de forma natural, no por inducción de otra persona, y hasta el momento en que la persona hubiera quedado dormida, se establecía una comunicación con ella para obtener información del mundo espiritual, ¿es así?

-Exacto. En la hipnosis, la persona está despierta y el interlocutor conversa con él y lo induce a dormir. En el magnetismo, la persona está dormida en forma natural y el interlocutor lo induce a conversar. El señor Laurent ayudó a muchas personas siendo un interlocutor, sin embargo el estadounidense Edgar Cayce, conocido como “El Profeta Durmiente”, que vivió en una época similar al señor Laurent y al Doctor Freud, lo que hacía era entrar él en trance o estado hipnótico y una vez ahí, tenía acceso a las “lecturas” o “registros akáshicos”, que son una especie de biblioteca cósmica donde cada libro representa el pasado, presente y posible futuro de cada alma que ha existido, con la intención de guiar e inspirar a la persona que escucha la “lectura”. Para el Doctor Freud y para el señor Laurent, el conocimiento de las “lecturas” está en la mente subconsciente y podemos acceder a ella cuando la mente consciente entra en reposo.

-¿Mente subconsciente? –preguntó de nuevo Loretta.

-Según explicaba el señor Laurent, la mente subconsciente es la manifestación más genuina del ser y es exclusivamente espiritual y esta es una diferencia con el Doctor Freud. Para el Doctor Freud, como neurólogo que era, el inconsciente se ubicaría en alguna parte del Sistema Nervioso Central y por tanto, estaría limitado a la materia. Hoy por hoy, el Doctor Breuer nos diría que corresponde al sistema límbico, principalmente a la amígdala y al hipocampo. Pero para el señor Laurent, el subconsciente era un elemento espiritual y ese elemento fue justamente el que al Doctor Freud le faltó integrar en su análisis de los sueños. Decía el señor Laurent que el subconsciente nacía con nosotros pero que no moría con nuestro cuerpo, sino que continuaba acompañando al espíritu una vez que dejábamos este mundo. Además, cuando la mente subconsciente se desligaba del ambiente humano, su desarrollo podía darse de forma completa.

-¿Qué quiere decir con eso? –insistía Loretta con su interrogatorio.

-Cuando dormimos, la mente subconsciente nos transporta a otras regiones, nos hace videntes, perceptivos en grado máximo, nos da intuiciones espirituales y se comunica con otras mentes subconscientes, de ésta existencia o de otra y recibe con más facilidad la influencia de otros seres, cuyos actos sugeridos llevamos a cabo como si fueran de propia iniciativa.

-¿Videntes? –preguntó sorprendida Loretta.

-Sí. De hecho, el señor Laurent decía que cuando una persona duerme, su mente subconsciente estaba en “*un estado vidente comunicativo*”, donde tenía la capacidad de ver, de describir fielmente todo lo que estaba ocurriendo en el lugar donde se había trasladado y comunicarlo a una persona que le preguntara por esos detalles. Aunque claro, si bien este estado es una cualidad innata, la mente subconsciente solo vería a las personas, objetos u otras mentes subconscientes, con los que se encontrara en íntima relación en esos momentos. Una vez terminado el fenómeno de comunicación, la persona olvida en gran medida lo que haya visto.

-Explícame un poco más, ¿cómo es que se da esa comunicación entre mentes subconscientes? –preguntó de nuevo la invitada.

-Para el señor Laurent, todos recibimos con mayor o menor frecuencia, mientras estamos dormidos, comunicación de seres de otras dimensiones y a esa comunicación debemos innumerables beneficios. Por eso decía que la comunicación podía darse de forma natural o por una solicitud expresa y para un objetivo determinado, ya sea del durmiente o del intermediario.

-Entiendo. Entonces a partir de estas ideas y de su propia experiencia con los sueños, fue que el señor Laurent decidió fundar este Asclepeion –intentó sintetizar Loretta.

-Así es –afirmó Volker y continuó –aunque no creas que estas ideas eran totalmente originales de él. No. Él, al igual que el Doctor Freud y el señor Cayce, eran hombres de ciencia, aunque claro, con los avances que la ciencia tuviera a finales del siglo XIX. Recuerda que la etapa del sueño REM que te comentaron los doctores, se descubrió a mitad del siglo pasado, por lo que ni el señor Kardec, ni el señor Laurent, ni el señor Cayce ni el Doctor Freud, llegaron a saber lo que ahora sabemos de esta fase y cómo algunas técnicas

psicoterapéuticas inducen estados REM en vigilia para reprocesar experiencias dolorosas. Pero el Iatromantis, a diferencia del Doctor Freud y siguiendo al señor Laurent, sí considera el elemento espiritual de los sueños, por lo que cree que durante la fase REM, luego de haber estado en un largo período de ondas tan lentas, podemos acceder a dimensiones y ponernos en contacto con otros seres que nos pueden ayudar así como acceder a información valiosa para nuestra alma.

-Me parece extraño que el señor Laurent, tan estudioso y dedicado a la ciencia como dices que fue, haya elegido la explicación que el movimiento espírita daba acerca de los sueños, como base –comentó Loretta.

-Un error común que cometemos los seres humanos es juzgar las acciones o creencias de personas que nos antecedieron con los conocimientos y tecnología que tenemos en la actualidad. La Filosofía, cuando se llevó al laboratorio de Wundt aquí en Leipzig en el año 1879, se convirtió en ciencia, se llamó Psicología y su método de estudio era la introspección, o sea, el tomar conciencia de nuestros pensamientos y sentimientos era considerado parte del método científico. Hoy por hoy, la introspección resulta algo muy subjetivo para los científicos. El médico Charcot en la escuela de Salpêtrière en Francia, utilizaba la hipnosis para curar la histeria, la cual era la enfermedad de moda en aquella época y era un método 100% científico. Entonces, no es de extrañar que a finales del siglo XIX e incluso, durante casi la primera mitad del siglo XX, muchos científicos de aquel entonces hayan sido seguidores de la doctrina espírita ya que para ellos, sí era compatible con los conocimientos científicos que en ese momento se tenían.

-¿Qué dice la doctrina espírita de los sueños? ¿Qué fue lo que influyó en la concepción que tenía el señor Laurent de los sueños y que el Iatromantis también considera? –volvió a preguntar Loretta.

Volker cambió de posición sobre su sillón. Acomodó nuevamente sus anteojos que se habían ido deslizando poco a poco por su nariz. Volvió a carraspear. Parecía como si finalmente hubiera logrado llegar al punto que quería compartir con su invitada.

-Para la doctrina espírita, los sueños son fenómenos de emancipación del alma, donde se da un desprendimiento parcial del cuerpo físico.

-¿Parcial? –intervino Loretta.

-Así es, ya que el alma continúa estando unida al cuerpo a través de un lazo fluídico que popularmente se denomina “*cordón plateado*”. Para los espíritas es como si al dormir, nos quedáramos temporalmente en el estado en que permaneceremos después de la muerte física, por eso ellos dicen que el sueño es un entrenamiento para la muerte.

-¿Qué es entonces el sueño para ellos? –insistió Loretta.

-Es el recuerdo más o menos nítido de las experiencias que el espíritu trae de su excursión por el mundo espiritual, donde puede liberar sus facultades: tiene memoria del pasado, visión del porvenir, puede entrar en comunicación con otros espíritus y sin duda, tiene más poder –terminó de explicar Volker.

-Exactamente, ¿a qué te refieres cuando dices “*el mundo espiritual*”? –continuaba Loretta con su interrogatorio.

-Para los espíritas, el mundo espiritual es nuestra patria verdadera. Ahí buscamos fuerzas para enfrentar las dificultades del día a día. Dicen que es la puerta que Dios abre a los humanos para relacionarnos con nuestros amigos del Cielo. Gracias al sueño, podemos tener un contacto estrecho con los espíritus y también con otras almas de personas que también están en esta vida.

-¿Cuál sería, entonces, la función espiritual del sueño? –preguntó una vez más Loretta.

-Desde el punto de vista espiritual, los sueños pueden ser, o una visión actual de cosas presentes o ausentes, o una visión retrospectiva del pasado o un presentimiento del futuro. Pueden ser cuadros alegóricos de los buenos espíritus como advertencias o consejos, o cuadros alegóricos de espíritus inferiores para engañarnos y explorar nuestras pasiones. Y también pueden ser simplemente experiencias de la vida de vigilia.

-¿Cuadros alegóricos? –preguntó Loretta con la intención de que su anfitrión ampliara al respecto.

-Es decir, simbólicos –respondió Volker y continuó. –La percepción de los hechos en el sueño se realiza a través del pensamiento y no del lenguaje. Los seres espirituales utilizan símbolos para darnos su mensaje, ellos no usan las palabras.

-Con razón el contenido de los sueños resulta a veces tan incomprensible

para quien los sueña... Y ¿por qué no siempre recordamos nuestros sueños, Volker? –preguntó Loretta con la intención de encontrar respuesta a la ausencia de sus sueños durante todo este año que había pasado.

-A menudo, solo recordamos la turbación que experimenta el espíritu a la partida y luego al ingreso, sumado a memorias de lo que se haya hecho en el día o de preocupaciones de la vida de vigilia. No siempre recordamos porque el cuerpo conserva con dificultad las impresiones del espíritu ya que éste no las percibió a través de los órganos corporales –explicó su anfitrión.

-No sé si el señor Laurent y los espíritas estarán en lo cierto o no, ya que yo suelo ser un tanto escéptica, sin embargo creo que algo de cierto debe haber de ese mundo espiritual y de cómo podemos acceder a él a través de los sueños, porque antes de que viera esa foto en la revista, solía tener sueños muy lúcidos que en cierta forma, traducía como guías o consejos de mi propio Inconsciente... Aunque claro, la conexión se perdió desde el momento en que la foto de esa revista se cruzó por mi vida –comentó Loretta.

Volker guardó silencio unos minutos con la intención de que toda esta conversación sobre el Doctor Freud, el señor Laurent y los sueños, se asentara en los pensamientos de Loretta. El fuego de la chimenea ya se había consumido casi por completo, por lo que la sala del café de la tarde había quedado iluminada tan solo con una tímida luz. Los aromas de sándalo y mirra estaban tomando una siesta al lado de los sillones, por lo que el olfato de Volker y Loretta ya se habían acostumbrado a ellos.

-Desde el punto de vista espiritual –Loretta rompió el silencio para plantear una pregunta -¿los sueños tienen significados? ¿Qué pasa con los sueños que son presentimientos del futuro pero que éstos, nunca llegan a cumplirse?

-El significado de los sueños, desde un punto de vista espiritual, no es como lo exponen los adivinos, que un objeto siempre significa una determinada situación que va a acontecer. No. Desde el punto de vista espiritual, los sueños siempre son verdaderos en el sentido de que presentan imágenes reales para el espíritu, sin embargo ellos a menudo no tienen relación con lo que sucede en la vida corporal. Recuerda que los sueños pueden ser recuerdos del pasado o presentimientos del porvenir cuando Dios lo permite ver, por lo que siempre se cumplen para el espíritu, aunque tal vez no lo hagan para el cuerpo –explicó

Volker.

-Entiendo –afirmó Loretta. –Entonces a través del sueño, el alma se libera del cuerpo y se da una escapadita al mundo espiritual para visitar a sus amigos de esa dimensión. Comparte con ellos, realiza actividades y luego vuelve de nuevo al cuerpo. Lo que trae, es lo que pudo conservar de ese viaje. Como si el sueño fuera una especie de souvenir del mundo espiritual –Volker soltó una carcajada por la comparación. Loretta continuó su síntesis -gracias al sueño podemos seguir conectados con el mundo espiritual, que como decías, es nuestra patria verdadera y al permanecer allá de 7 a 8 horas cada noche, no olvidamos nuestras verdaderas raíces.

-Así es –dijo Volker satisfecho al escuchar la síntesis que había hecho su invitada.

-¿Qué sería la voz interna entonces? –preguntó Loretta recordando la conversación que la tarde anterior había tenido con sus padres mientras tomaban el café cerca de la Casa de Adán y Eva.

-Es la voz de un espíritu que quiere comunicarse con nosotros justo en ese instante –respondió sin dudar Volker.

-¿Ellos no solo pueden comunicarse con nosotros cuando dormimos? –preguntó sorprendida Loretta.

-Ellos siempre pueden comunicarse con nosotros, Loretta... Somos nosotros los que no podemos escucharlos y sentirlos siempre. La forma más sencilla es a través de los sueños porque nosotros nos alejamos de este mundo material que para ellos resulta de vibraciones tan densas y los visitamos en su propio ambiente. Pero cuando la ocasión lo amerita o cuando estamos despiertos pero en vibraciones más fluidas y ligeras, o como te dirían los doctores, en ondas cerebrales theta y alfa, ellos pueden acercarse más a nosotros y a su vez, nosotros podemos percibirlos con mayor claridad, de ahí la importancia de tener una vida tranquila y serena –explicó ampliamente Volker.

-¿Por qué desde que vi la foto de la calle de Londres en aquella revista, perdí la conexión con el mundo espiritual? –preguntó Loretta en voz alta. Volker sonrió.

-Eso puedes preguntárselo mañana al Iatromantis –respondió Volker e inmediatamente se puso de pie. Loretta empezaba a ponerse también de pie

cuando él le dijo:

-No te levantes. Ahora tienes tiempo para ti. Son las 4 de la tarde. A las 5 habrá café o té y galletas caseras hechas por Christine aquí en la sala. Puedes quedarte aquí, ir a la capilla de Ikenberg o a tu dormitorio, donde prefieras. La cena será a las 7, yo te buscaré para acompañarte al comedor y cenaremos junto con Christine y Beatrice. A las 9 empezará la sesión onírica.

-De acuerdo –expresó sonriente Loretta mientras volvía a pensar en la forma precisa y exacta en que funcionaba aquel templo del sueño en el centro de Paderborn.

Volker empezó a caminar hacia la gran puerta de madera que conducía al pasillo donde estaba la recepción y Beatrice. Loretta permanecía inmóvil mirando el suave movimiento de la puerta de madera al cerrarse tras la silueta larga de Volker. Una vez que la puerta se cerró por completo, Loretta volvió a suspirar muy hondo. Se puso de pie y se dirigió a la capilla de Ikenberg. Cuando estuvo ahí, volvió a caminar lentamente acariciando las blancas paredes. El frío de las paredes de piedra lograba envolver en una sensación de paz a Loretta y paradójicamente, le transmitía un calor de hogar en medio de la sobriedad de aquel recinto.

Luego se sentó en el sillón reclinable. Era una capilla y por tanto, una casa de Dios y de esto no tenía la menor duda por la paz que el lugar le transmitía. Hubiera querido orar, pero no podía dejar de repasar cada detalle de esta aventura. Todo había ocurrido tan rápido: la visita al Doctor Strauss, la hoja de internamiento, el largo viaje en tren, las calles de Paderborn, el hospital psiquiátrico, la Catedral y la cripta de San Liborio, el rösti y el yogurt del desayuno, el Paderquelle y sus patos, el inmenso amor de sus padres que la habían traído hasta aquí para tocar una puerta más: la puerta del Asclepeion, los hoyuelos sonrientes de Beatrice, la comida de Christine, las explicaciones de los doctores, el recinto subterráneo con su fuente sagrada del templo del sueño, Volker... Había un ambiente de misterio y a la vez, de tanta fe y esperanza en ese lugar.

“¿Cómo sería tener un testigo presencial dentro de nuestros propios sueños?”, de pronto se preguntó Loretta. Y su imaginación se deslizó a través de muchas culturas antiguas intentando construir la figura del Iatromantis. ¿Cómo sería? Un hombre de ciencia pero conectado tan estrechamente con el mundo

espiritual. Un científico no religioso, pero sí espiritual, que dormía durante el día para poder estar despierto durante las sesiones oníricas de los invitados. Luego pensó en el señor Laurent, en el Doctor Freud y una vez más, en los doctores en el laboratorio que estaba inserto en una cueva de piedra. Además de misterioso, todo empezaba a parecer mágico también.

Los sueños. “*¿Y si fuera cierto que son la puerta al mundo espiritual?*”, se preguntó de pronto. Sería como una especie de portal que nos permite entrar a otras dimensiones donde podemos reunirnos con seres que influyen sobre nuestras vidas. *¿Y quiénes serían estos seres?* Continuaba Loretta preguntándose a sí misma con su curiosidad totalmente despierta luego de un año de hibernación. *¿Personas queridas fallecidas? ¿El ángel de la guarda? ¿Guías espirituales? ¿Personas con quienes nos cruzamos en otras vidas? Entonces, ¿habría otras vidas realmente? ¿Reencarnamos?...*

Aquel mundo que durante un año había permanecido gris y sin nada que captara el interés de Loretta, ahora parecía un tióvivo de colores y luces girando frente a ella, despertando de golpe cientos de preguntas. Y aunque no hubiera respuesta para las preguntas, la curiosidad dibujaba sonrisas en el rostro de Loretta, en aquel rostro que durante un año parecía haber fosilizado la tristeza y el vacío.

Entre pensamiento y pensamiento, el tiempo había transcurrido muy rápido. Escuchó a lo lejos que colocaban piezas de una vajilla sobre alguna mesa. Pensó que se trataba de la hora del café, por lo que se levantó de prisa y se dirigió a la sala del café de media tarde con la intención de ver quién colocaba la vajilla. Empujó la puerta y en ese instante se terminaba de cerrar la otra gran puerta de madera que conducía al vestíbulo y al salón del rey. No dejaba de sorprenderse por la forma en que todas las piezas de aquel templo funcionaban con la precisión de un reloj.

La chimenea ardía con un fuego nuevo. Sobre la mesa de la sala había dos termos humeantes: uno con café y el otro con agua caliente. La vajilla diminuta de porcelana parecía provenir de una casa de muñecas. Había una pequeña caja de madera con diferentes tipos de té. La decisión se tornaba difícil. Pero más difícil fue la decisión sobre cuáles galletas comer. Había cerca de 10 variedades de galletas, todas recién horneadas. El olor a mantequilla y azúcar envolvían toda la sala y Loretta solo pudo recordar aquellas tardes en que ayudaba a su madre a preparar deliciosos postres en la cocina de su casa.

Loretta permaneció cerca de una hora en la sala del café, hasta que el fuego de la chimenea se terminó de consumir. No estuvo sola: la acompañaron sus pensamientos en torno al Asclepeion y a todo lo que Volker le había contado. Luego se levantó y caminó hasta la puerta que conducía al vestíbulo. Bajó la escalera en espiral que desembocaba en el comedor. Miró de reojo la compuerta en el suelo con su argolla de hierro que conectaba con el área subterránea del templo del sueño. No había ni rastros de Christine y su galería de arte culinaria en la cocina, a pesar de que dentro de poco, sería la hora de la cena. Loretta se dirigió al dormitorio en el cual no dormiría hoy.

Una vez allí, se sentó en el pequeño comedor y tomó el papel y el lápiz. Quería escribir una síntesis de todo lo que Volker le había explicado, pero solo podía escribir las dos preguntas que resonaban una y otra vez en su mente: ¿por qué después de haber visto aquella foto, no podía recordar sus sueños? Y sobre todo, ¿qué fue lo que ella realmente había visto en esa foto que la había hecho llegar hasta este templo del sueño?

El tiempo voló nuevamente mientras divagaba por esas dos interrogantes. De pronto llegó Volker.

-¡Hola de nuevo! ¿Cómo te ha ido sin mí? –dijo Volker con una simpática sonrisa y sin dejarla responder, continuó –vamos, es hora de cenar.

Loretta dejó sobre la mesa el lápiz que sostenía entre sus dedos y caminó detrás de Volker hasta al lado de la cocina de Christine. Tanto Christine como Beatrice estaban ahí y con una sonrisa le dieron la bienvenida. Sobre la mesa había ensaladas de varios tipos, así como tres pequeñas cacerolas donde había cremas de vegetales y un sesto con panes diferentes recién salidos del horno. Christine debutó explicándole a Loretta en qué consistía cada ensalada, cada cacerola y cada pan. La combinación de los olores de las cacerolas con los panes recién hechos acariciaba el apetito de los comensales.

Los cuatro se sentaron a la mesa. Loretta probó una ensalada de papa que según le dijo Christine, era la típica ensalada alemana. Luego tomó un poco de la ensalada *capresse*. En un pequeño tazón se sirvió una crema de berenjena que acompañó con un pan de nueces. Mientras los comensales degustaban la cena ligera que había preparado Christine, conversaban de temas diversos. Por momentos Loretta olvidaba que estaba con un grupo de desconocidos. Se sentía tan a gusto con ellos y en aquel lugar, que casi se sentía como parte del equipo.

La sobremesa estuvo tan amena, que Loretta no se había percatado del tiempo que había transcurrido, sino hasta que Volker le comunicó que ya eran las 8:30, por lo que podía irse a preparar para la sesión onírica. Loretta asintió con la cabeza y se puso de pie. Agradeció la comida y sobre todo, agradeció la compañía. Aunque su discurso de gratitud fue breve, la satisfacción que reflejaba su rostro, terminaba de completar todo lo que sus palabras no hubieran podido expresar.

Loretta se dirigió a su dormitorio. Se cambió por una ropa más cómoda para dormir y realizó su aseo personal. A las 9 en punto, Volker tocaba a su puerta.

不 日 六 日

# Sesión Onírica

**L**a mano temblorosa de Loretta abrió la puerta donde aguardaba la larga y delgada silueta de Volker.

-¿Estás lista? –le preguntó el anfitrión.

-Con una mezcla de emoción y de temor a la vez y un hueco inmenso dentro de mi estómago –respondió Loretta con su voz entrecortada por esa mezcla de sentimientos.

-Entonces sí lo estás –dijo Volker con una amplia sonrisa y continuó. –Vamos, abajo ya todo está listo.

Loretta sentía que sus pasos le pesaban mientras caminaba detrás de Volker hacia la compuerta de madera que estaba al lado de las escaleras en espiral. Respiraba con cierta dificultad y sentía sus manos sumamente frías. Volker levantó la compuerta. Loretta hizo un intento por ayudarlo, pero su capacidad de reacción parecía haberse congelado. Todo el Asclepeion se encontraba en completo silencio, por lo que la gruesa argolla de hierro y el rechinar de la compuerta de madera emitían sonidos casi ensordecedores.

Mientras empezaban a descender por las escaleras de piedra que conducían a las tres puertas subterráneas, el burbujear de las nacientes del agua sagrada del Pader parecía estar dictando el compás del latir del corazón de Loretta. Conforme se acercaban a la puerta del recinto donde dormiría Loretta, el agua se escuchaba con más fuerza, al igual que el corazón que empezaba a gritar dentro del pecho de la invitada.

Volker abrió la puerta de aquel dormitorio que parecía una cueva de piedra con una fuente que abarcaba casi las tres cuartas partes del recinto. Los pasos de Loretta se hacían cada vez más y más pesados.

Aunque a Loretta se le había hecho una eternidad el camino desde el dormitorio de arriba hasta la cueva donde tendría lugar la sesión onírica, tan solo habían transcurrido escasos 5 minutos.

-En este momento daremos inicio a la incubación –dijo sin rodeos Volker. Loretta lo miró con ciertas dudas. –No, no creas que la incubación consiste en introducirte en una especie de nave espacial en posición fetal o algo por el estilo... -Volker no pudo evitarlo y soltó una carcajada. La ansiedad que envolvía a Loretta le impidió disfrutar del sentido del humor de su anfitrión por lo que se mantuvo en silencio con tan solo una sonrisa desnutrida. Volker se disculpó–perdón, perdón.

-¿En qué consiste la incubación? –insistió Loretta. Volker hizo esfuerzos para retomar con seriedad su explicación.

-No tiene mayor misterio, Loretta. Simplemente te vas a acostar dentro de la bolsa de dormir, arropándote bien para que después no sientas frío. Te colocarás el casco y te concentrarás en el sonido de las burbujas del Pader. Solo escúchalas, no es necesario que pienses nada aunque si llegan pensamientos, imágenes, recuerdos o sensaciones, solo déjalos pasar, como si estuvieras en un vagón del tren y el paisaje simplemente pasa por la ventana y luego se va quedando atrás. No analices ni interpretes nada de lo que llegue a tu mente. Si te percatas que has dejado de escuchar el burbujear, vuelve a concentrarte en él. Eso es todo.

-¿Solo escuchar las burbujas? –preguntó sorprendida Loretta. –Pensé que me darían algún medicamento inductor del sueño o algo así.

-Estás al lado de la fuente sagrada, no necesitas nada más –afirmó con tanta seguridad Volker que era casi imposible dudar de sus palabras. -¿Tienes alguna otra pregunta?

-Y después de escuchar las burbujas, ¿qué sigue? –preguntó Loretta con voz angustiada.

-Te quedarás dormida y ahí empezará la sesión onírica. Mañana, cuando la sesión haya terminado, yo vendré a buscarte para llevarte a tu dormitorio de arriba para que te bañes y luego desayunes. Después tendrás la conversación con el Iatromantis.

-Entonces –dijo Loretta con cierto escepticismo –simplemente escucho las burbujas, me quedo dormida con el casco y mañana me vienes a buscar. ¿Así de simple? ¿No tengo que hacer nada más, tan solo dormir?

-Y soñar, que es lo más importante –afirmó Volker mientras le guiñaba un

ojo.

-Por suerte el Iatromantis, gracias a esos cascos, podrá ver en realidad virtual mis sueños, porque si dependiera de mi memoria, el tratamiento habría sido un rotundo fracaso –expresó Loretta.

-Si no tienes más preguntas, me retiro ya para que inicies la incubación – dijo Volker y de inmediato retrocedió un par de pasos hasta salir del recinto. Desde la puerta, agregó –que tu alma encuentre las respuestas que necesitas, Loretta. Buenas noches.

De inmediato la puerta de madera se cerró detrás de Volker. Loretta caminó hasta el camastro de piedra. Se arrojó dentro de la bolsa de dormir y se colocó el casco, que en su interior estaba cubierto por una especie de almohadas que hacían olvidar por completo que la cabeza estaba adentro de un aparato así. A excepción del regazo de su madre, desde hacía un año, Loretta no había vuelto a reposar su cabeza en una suavidad como la que había encontrado dentro de ese casco de realidad virtual.

Loretta se concentró en el sonido de las burbujas del Pader. Y al poco tiempo empezaron a llegar a su mente las escenas en una secuencia inversa de todos los pasos que había dado por aquel templo del sueño. Cada tanto, tenía que obligarse a volver a las burbujas del agua sagrada. Una y otra vez, las escenas en secuencia inversa la llevaban desde la cueva en la que estaba hasta el hotel donde había compartido el desayuno con sus padres esa mañana, hasta la estación de tren y el andén número 4, hasta el consultorio del Doctor Strauss e incluso hasta el salón de belleza de su estilista donde había visto por primera vez, la foto de aquella calle londinense destruida. De pronto empezó a sentirse arrullada por el sonido del agua, como si ella fuera diminuta y se balanceara dentro de la fuente y las burbujas le cantaran canciones de cuna. Con sus ojos entrecerrados y ya más dormida que despierta, empezaba a esbozarse en su mente una calle de adoquines en horas de la noche envuelta en neblina muy densa.

Conforme Loretta se iba sumergiendo más en su sueño, la neblina de la calle de adoquines se iba disipando y de pronto observó con gran atención sus pies dentro del sueño: llevaba puestos unos botines café oscuro con tacón mediano, los cuales producían un sonido particular al caminar sobre los adoquines de una plaza de alguna ciudad europea hacia finales del siglo XIX.

Había poco ruido y movimiento en las calles por lo que el sonido de sus botines al caminar producía un eco capaz de escucharse a cierta distancia. Había faroles negros en las aceras con luces amarillentas que alumbraban muy poco, por lo que la ciudad estaba casi en penumbras. Los adoquines estaban húmedos y todavía podían escucharse algunas gotas de lluvia escurrir por los tejados o bailar por charcos dispersos sobre la calle. Todavía predominaban los carruajes como medio de transporte, aunque también podía observarse uno que otro carro. Loretta vestía con un traje gris muy elegante conformado por una enagua que le llegaba a la rodilla y un saco cerrado con botones que luego de la cintura, tenía algunos vuelos. Además llevaba un sombrero pequeño, que combinaba perfectamente con su vestimenta. Su cabello era oscuro pero corto y con bucles pronunciados en las puntas. Su piel era blanca, mucho más que en la actualidad, por lo que el labial rojo de su boca resaltaba haciéndola ver aún más elegante. Loretta podía tener un poco más de 20 años.

Con gran preocupación y con pasos rápidos, Loretta caminó por la plaza y llegó hasta una casa muy grande. La entrada a la casa se encontraba justo en la esquina de la cuadra y tenía un jardín muy bien cuidado donde sobresalía una enredadera que llegaba hasta las ventanas del segundo piso. A pesar de la ineludible angustia que se hacía presente en su rostro, Loretta caminaba con firmeza. Entró a la casa, la cual era muy elegante y lujosa, propia de una familia aristócrata. Varios sirvientes con uniforme llegaron a recibirla a la antesala y el ama de llaves, le dijo mientras secaba unas lágrimas en sus ojos:

-Señorita Anne Louise, qué bueno que pudo venir. Pensábamos que no llegaría a tiempo. Su padre ha ido empeorando cada vez más.

Loretta subió de inmediato por unas escaleras de mármol muy amplias que conducían a la habitación del padre, quien era el dueño de la mansión. Había jarrones orientales muy grandes, pinturas renacentistas y esculturas griegas acompañando el ascenso por la escalera.

Cuando Loretta ingresó al dormitorio del padre, él se encontraba acostado en la cama, respirando con gran dificultad y muy adelgazado. Era notoria la gravedad de su enfermedad. Loretta se sentó a su lado y su angustia y tristeza aumentaron al ver que su padre había empezado a agonizar. Sacando fuerzas de donde ya no tenía, su padre le dijo:

-Anne Louise, escucha... me estoy muriendo...

-¡No! No digas eso, padre mío, no te voy a escuchar –dijo Loretta mientras le apretaba fuerte su mano.

-¡Tienes que escucharme! Necesito explicarte cosas de la herencia y las propiedades... -le dijo el padre entrecortando sus palabras por la dificultad con la que respiraba.

-¡No! ¡No me interesan las herencias, ni las propiedades, ni nada! ¡Solo quiero que te quedes conmigo, padre mío! ¡Yo no podría vivir sin ti! – insistía Loretta mientras empezaba a llorar como una niña sobre el cuerpo enflaquecido y moribundo de su padre.

-¡Anne Louise, escucha! –gritó el padre haciendo grandes esfuerzos - ¡Siempre has sido tan caprichosa y tan voluntariosa! ¡Tienes que escucharme!

-¡Yo no puedo vivir sin ti, padre mío, simplemente no puedo! –gritó Loretta.

-¡Deja de lado ese sentimentalismo que tienes y que no te va a servir de nada en la vida! ¡Escúchame! Lo que tengo que decirte es importante... ¡Préstame atención por una única vez en tu vida! -insistió el padre con un tono autoritario.

-¡No me interesa, no me interesa! Solo quiero que te quedes conmigo... ¡Padre mío! ¡Quédate conmigo! ¡Yo no puedo vivir sin ti! ¡Te lo ruego, padre mío, no me dejes! –Loretta rompió en llanto desconsoladamente sobre el cuerpo de aquel señor que ya no era ni la sombra de lo que había sido. Sentía que se le había empezado a desgarrar su corazón y se aferraba a la mano de su padre que sujetaba fuertemente entre sus dedos.

De pronto sintió que su padre había soltado la tensión que tenía en la mano que ella sujetaba. Levantó de golpe su mirada y descubrió que el alma de su padre ya no habitaba más en ese cuerpo. Su padre se había ido y al contemplar horrorizada la mirada vacía de él, pudo ver vagamente en ella y de forma fugaz, la mirada inerte de Santiago. Loretta gritó con todas sus fuerzas, negando la muerte de su padre y su grito se escuchó por toda la mansión e hizo estremecer cada rincón de la casa y cada corazón de los que ahí estaban.

De inmediato llegó su niñera, que tras la muerte prematura de su madre cuando Anne Louise era apenas una niña, se había encargado de ella con el amor y la dedicación que solo una madre podría hacerlo. Como Anne Louise siempre

había sido caprichosa y voluntariosa y tenía constantes conflictos con su padre porque éste era sumamente autoritario y misógino, había sido solo a través de su niñera que ella había podido recibir cariño y atención. La niñera colocó su mano sobre el hombro de Loretta, quien ni siquiera se percató que ella estaba ahí y tan solo gritaba entre llantos: “*¡quédate conmigo, padre mío, quédate conmigo!*”.

Luego llegó a la habitación del padre, el único hermano de Anne Louise quien era mayor que ella y quien además, al ser hombre y primogénito, siempre había gozado de todos los privilegios del padre, de los que a Anne Louise se le había despojado por ser mujer. Su hermano se quedó inmóvil frente al cuerpo sin vida del padre, sin expresar ninguna emoción en su cara. Poco después entró un señor de más edad, casi contemporáneo al padre, vestido con un traje entero oscuro. Era el abogado de la familia y les dijo que, aunque era un momento difícil, era importante que revisaran el testamento, ya que había algo que tenían que saber. Loretta solo se aferraba a la mano fría del padre y lloraba sin parar. Cada vez que el abogado intentaba intervenir para revisar el testamento, Loretta solo gritaba que no le interesaba en absoluto nada que tuviera que ver con herencias y bienes materiales. Intentaron apartarla del cuerpo de su padre, pero ella se aferraba más a él.

Finalmente el abogado y el hermano salieron de la habitación del padre. Loretta se quedó al lado de él, llorando sobre su pecho mientras su niñera intentaba inútilmente consolarla. No hubo fuerza alguna que lograra apartarla de su padre inerte, ni mucho menos de aquel dolor que como una lanza ardiente, le había atravesado todo su costado.

Poco a poco el sueño de Loretta volvió a llenarse de una neblina densa. Loretta ahora se veía a sí misma caminando entre la neblina. Todo a su alrededor era gris y no lograba siquiera ver sus manos entre el espesor. No había ningún ruido más que el eco del latir de su corazón. Se sentía liviana y con frío, pero era un frío más interno que externo. Caminó largo rato, aunque sería difícil precisar cuántos minutos o cuántos pasos transcurrieron. A lo lejos, le parecía empezar a ver de nuevo un farol negro con luz amarillenta. Caminó hacia él. Quería caminar rápido, correr, pero la densidad de la neblina le impedía avanzar con soltura.

Conforme se iba acercando al farol negro, este empezó a desvanecerse, al igual que la neblina que envolvía a Loretta. Poco a poco, empezaron a hacerse visibles sus pies y le sorprendió verse descalza y con los pies sucios. Ahora

Loretta tenía cerca de 25 años y vestía una bata blanca de hospital. Su cabello negro era más largo que en el sueño anterior y ahora estaba reseco, lleno de nudos y despeinado. Loretta sentía un inmenso dolor físico en su cuerpo, el cual estaba sumamente adelgazado y su rostro profundamente demacrado. Sentía hambre, sed y frío. Pero sin duda alguna, era mucho mayor el dolor que sentía en su alma. Loretta caminaba sin rumbo, como si cualquier camino la llevara al mismo destino: hundirse más en su miseria.

Loretta tenía la certeza de que se encontraba en Londres, en el año 1918. La ciudad había sido devastada por los bombardeos de la Primera Guerra Mundial, por lo que había escombros y ruinas por doquier. Sin embargo, Loretta no tenía ninguna herida de guerra. Ella era paciente en un hospital porque había sido una de las tantas víctimas de la gran pandemia de la gripe de 1918, conocida también como la gripe española, ya que como éste país no había participado en la guerra, había cubierto sin censura la devastación causada por esta enfermedad, la cual había nacido en Francia y se había propagado rápidamente por los constantes viajes de los combatientes y la modernización de los medios de transporte que éstos utilizaban. Producto de los bombardeos, el hospital en el cual se encontraba Loretta, había sido destruido, por lo que ella había aprovechado la confusión de las explosiones para escaparse, aunque su destino parecía ser el mismo tanto en el hospital en ruinas como en las calles con escombros.

Mientras caminaba sin rumbo, había perdido ya la cuenta de las personas que se encontraban en la calle agonizando, algunos por la gripe española, otros por la guerra y otros por el hambre y la sed.

De pronto llegó a una bifurcación de calles. Contempló las dos como intentando decidir cuál camino tomar. Al mirar una de las calles, la embargó un sentimiento profundo de desesperanza y suspiró lo más hondo que pudo. Tomó ese camino, como si precisamente buscara la calle que la condujera en forma más rápida y directa a un abismo del que no hubiera retorno. Al llegar casi a la mitad de esa calle, que al igual que casi toda la ciudad, había sido reducida a escombros y polvo, Loretta contempló el marco de la puerta de una casa que tan solo había logrado conservar la fachada de la misma, ya que todo su interior había sido destruido. Se sentó en un rincón de la puerta.

Se preguntó en algún momento qué había pasado con su hermano, quien había malgastado toda la herencia que el padre les había dejado a ambos y de la

cual, Anne Louise nunca pudo administrar su parte por el simple hecho de ser mujer, ya que así lo había dejado estipulado el padre en el testamento. Luego pensó en su padre: ellos se habían amado tanto pero al mismo tiempo, habían tenido una relación tan tensa por lo que siempre habían estado en conflicto. Su padre, un hombre circunscrito en la época victoriana, convencido hasta los huesos de la hegemonía masculina, siempre intentó forzar a Anne Louise a asumir un rol de mujer sumisa, acorde a los principios de aquel entonces, sin embargo ella, con su carácter fuerte y siempre tan voluntariosa, había sido una feminista apasionada que aún en contra de la voluntad del padre, había tenido acceso a la educación superior, incluso tenía más formación académica que su propio hermano. Por eso el padre y Anne Louise tenían choques constantes y por eso también, varios años antes de que el padre muriera, ella se había mudado a otra ciudad, huyendo del control que el padre quería ejercer sobre ella.

Tal vez por la ambivalencia que caracterizaba la relación entre ellos, Anne Louise nunca pudo recuperarse de la pérdida de su padre. La tristeza, la soledad y la culpa se fueron haciendo cada día más pesadas hasta que perdió por completo su deseo de vivir. Se arrepentía de todos los minutos que perdió discutiendo con su padre en lugar de sentarse a sus pies y contemplarlo en silencio, tal y como lo hacía de niña, cuando se sentía profundamente admirada y protegida por él. Ahora en cambio, se sentía tan frágil, tan débil y tan vulnerable. Ya no tenía fuerzas para vivir y cada respiro dolía dentro de su corazón. Su cuerpo estaba enfermo y su alma sumida en una profunda depresión.

Exhalando un último suspiro mientras pensaba en su padre y con su alma hecha añicos por la culpa y la tristeza de haberlo perdido, Loretta simplemente se dejó morir en aquella puerta de una casa destruida en una calle cualquiera de Londres en 1918, en la misma calle que había visto en la foto de la revista en el salón de belleza hace casi un año atrás.

De pronto, Loretta parecía elevarse sobre aquella escena. Su cuerpo era tan liviano como una pluma. Llegó frente a una gran puerta de madera, mucho más grande que las puertas de madera de la sala del café de media tarde del Asclepeion. Un ser a quien no podía identificar pues estaba envuelto en una cálida luz, le preguntó:

-¿De qué te has dado cuenta, Anne Louise? ¿Cuál fue la lección más importante que aprendiste?

-Que lo importante es estar... yo dejé de estar por huir de mi padre, de sus críticas y de nuestras diferencias y al final, la culpa y la tristeza acabaron con mi vida –respondió Loretta.

-La tristeza no vale la pena, Anne Louise –respondió el ser luminoso –dejaste de disfrutar la vida por estar sufriendo la pérdida de tu padre, pero debes saber que las despedidas son temporales y el Amor es Eterno. La muerte solo nos separa de un cuerpo físico, Anne Louise, pero nunca perdemos la conexión con lo esencial.

De pronto aquellas grandes puertas de madera empezaron a abrirse y una luz dorada comenzó a hacerse cada vez más grande hasta envolver a Loretta. El ser luminoso la invitó a dar unos pasos hacia adelante y de pronto Loretta fue cubierta por completo por la luz dorada y una música indescriptible. Aunque seguía caminando, no lograba ver ni siquiera sus manos en medio de aquella luz dorada.

Luego de un rato, la música empezó a desvanecerse y a lo lejos, Loretta pudo percibir los sonidos de algunos animales de pastoreo. Continuó caminando en dirección a aquellos sonidos. La luz dorada también empezó a desvanecerse y de pronto pudo observar sus pies: Loretta caminaba con unas sandalias un tanto rústicas por un camino polvoriento. Le llamó la atención lo diminutos que eran sus pies y al observar sus brazos y sus manos, se percató que era una niña de tan solo siete años. Luego observó su vestimenta: tenía un vestido de tela de manta y un pañuelo que le cubría la parte superior de su cabeza. Miró su piel: ahora era ligeramente morena. Tenía un cabello corto que apenas rozaba sus hombros, castaño oscuro y lacio. Sentía tanta felicidad y libertad dentro de su pequeño corazón mientras caminaba por los caminos polvorientos de una pradera en compañía de varios animales de pastoreo. Poco a poco, empezaron a aparecer otros niños de edades similares, con quienes empezó a jugar en medio de los animales. Tanto Loretta como los demás niños, se sentían protegidos y amados por los adultos que los observaban desde una pequeña aldea que estaba cerca de la pradera y rodeada por varias colinas.

La aldea estaba constituida por algunas casas pequeñas de barro con piso de tierra, de solo dos o tres aposentos. Las casas eran casi iguales, sin apreciarse mayor diferencia entre unas y otras. Los adultos de la aldea cultivaban los alimentos que ellos consumían y de igual forma, producían los materiales que requerían. Era una comunidad que convivía como si fuera una sola familia: todos

cuidaban de todos, todos tenían un rol y ese rol era indispensable para la convivencia de aquella comunidad. Loretta no lograba precisar en qué año se encontraba, pero por la arquitectura del lugar, la vestimenta de las personas y la forma de convivir, le parecía que se trataba de una época de inicios de la era cristiana.

A determinada hora de la tarde, tanto Loretta como los otros niños y varios adultos y ancianos de la aldea, acudían al pozo, el cual era el centro de reunión del lugar. Llegaba un señor que hablaba sobre temas espirituales, como el amor al prójimo, la solidaridad y el Reino de Dios. Vestía con una bata blanca y tenía cerca de 35 o 40 años. Irradiaba luz, una luz que transmitía paz y sabiduría y por eso a todos en la aldea les gustaba escucharlo. Lo consideraban un maestro espiritual, aunque él con frecuencia se refería a otro que lo había precedido, a quien él había conocido y había seguido hace varios años atrás en el lugar de donde él era originario y por eso se refería a ese otro como “*El Maestro*”.

Loretta solía sentarse a los pies del maestro. Disfrutaba mucho escuchar sus enseñanzas y a pesar de contar tan solo con 7 años, Loretta lograba comprender con gran facilidad todo lo que el maestro hablaba. Otro niño, un tanto mayor que Loretta, llamado Joaquín, era su mejor amigo y disfrutaba tanto como ella, sentarse a los pies del maestro para escuchar sus palabras y luego, antes de regresar a sus respectivas casas, Loretta y Joaquín conversaban largo rato sobre lo que habían aprendido esa tarde.

-Entonces, Joaquín, ¿quién es el prójimo? –le preguntó Loretta a su amigo con la intención de resumir las enseñanzas del maestro.

-Cualquiera que esté a nuestro lado, según dijo el maestro –respondió Joaquín.

-¿Crees que Clarita y Simón también sean nuestros prójimos? –preguntó pensativa Loretta.

-Pensaría que no porque el maestro dijo que el prójimo compartía con nosotros humanidad, que era semejante a nosotros –volvió a responder Joaquín.

-Pero Clarita me alimenta con su leche, como lo hace mi mamá y Simón me cuida como también lo hace ella... -continuaba pensativa Loretta.

-Clarita y Simón hacen cosas de humanos pero no son humanos, Sara –respondió Joaquín y continuó. –Clarita es una vaca y Simón un perro, no son

humanos aunque hagan cosas de humanos.

-Pero ellos son tan cercanos a mí como tú, juegan conmigo como lo haces tú y me cuidan y alimentan como mi mamá y por eso, los quiero como te quiero a ti y como quiero a mi mamá, por eso para mí sí son mis prójimos. Y también los quiero como me quiero a mí, porque el maestro dijo que teníamos que amar al prójimo como a nosotros mismos. Si no nos amamos, no podemos amar a otros y tiene sentido –dijo Loretta de forma enfática.

-¿Qué tiene sentido? –preguntó ahora Joaquín.

-Si me pides que te regale unos higos pero yo no tengo ninguno, ¿cómo podría darte lo que me has pedido? -respondió Loretta en forma simple y continuó. –Primero tendría que cultivar mis higos para poder darte lo que me pides, no puedo darte lo que no tengo.

-Tienes razón –afirmó Joaquín.

-¡Es como una cadena de amor! –expresó sonriente Loretta.

-¿A qué te refieres, Sara? –preguntó de nuevo Joaquín intentando seguir los pensamientos de su amiga.

-Así es como yo lo veo: el amor es un higo dulce y sabroso. Dios siembra la semilla de su amor en nuestros corazones. Cada uno de nosotros, cultiva su higuera amándonos a nosotros mismos y haciendo crecer el amor en nuestro corazón. Cuando la higuera empieza a brotar los higos, los compartimos con los prójimos: yo le regalo mis higos a mi mamá, a ti, a Clarita, a Simón y a todos los de la aldea. Todos los demás prójimos también tienen su propia higuera y también me comparten a mí de sus higos. ¡Todos los higos son tan diferentes pero son tan sabrosos y tan dulces! Luego de recibir el higo de mi prójimo, yo tengo ahora más semillas para plantar en mi corazón. Ves, así nunca se nos acabarán nuestros higos: siempre habrá higos para compartir y para sembrar en mi misma higuera. El Amor es así: Dios lo puso en tu corazón para alimentarte a ti pero cuando lo empiezas a compartir, los otros también comparten contigo y así el Amor se multiplica -comentó Loretta con tanta alegría que su luz era realmente contagiosa. Joaquín solo sonrió pero su alma podía saborear muchos higos tan dulces.

Pronto llegaron a la casa de Sara. Se despidieron y Loretta entró dando saltos en la vivienda. Sara disfrutaba mucho con los animales en la pradera, con

Joaquín y a los pies del maestro, pero sin duda, lo que más disfrutaba, era volver a su casa al final de la tarde para contarle a su madre todas sus aventuras del día y todos sus pensamientos que se despertaban al escuchar al maestro. La casa era pequeña, tenía únicamente dos habitaciones: en la primera había un anafre donde la madre cocinaba y una mesa muy rústica con un par de sillas; en la siguiente habitación, estaban dos camastros cubiertos con pieles de animales donde dormían la madre y la niña. Las ventanas eran cubiertas únicamente por unos trozos de manta y la puerta pesada de madera rara vez se cerraba por completo.

Sara y su madre solo se tenían la una a la otra. Disfrutaban mucho juntas. Reían y hablaban sin parar. Su madre era una mujer sabia y eso contribuía a que Sara tuviera una mente más despierta que la mayoría de los niños de la aldea. El regazo de la madre era el lugar donde todos los sueños y los pensamientos de Sara encontraban un nido cálido, seguro y amoroso.

De pronto, Loretta volvió a sentir como si su cuerpo se elevara del recinto donde se encontraba con su madre. Se elevó hasta el techo de paja e incluso, lo traspasó. Se sentía flotar sobre su pequeña casa. Desde ahí podía ver toda la aldea e incluso la pradera donde solía jugar con Clarita, con Simón y con su amigo Joaquín. Luego descendió nuevamente al interior de su casa, pero en esta ocasión su cuerpo cayó sobre su camastro en la habitación posterior.

Ahora Loretta tenía un par de años más. Estaba en cama, gravemente enferma, ardiendo en fiebre. Su madre estaba a su lado, cuidándola con gran dedicación y amor. Le humedecía la frente con unos trozos de tela que mojaba en un jarrón con agua fresca del pozo. Tanto Loretta como su madre se sentían tranquilas aunque ambas sabían que la niña estaba agonizando. Se sentían en paz y agradecidas con la vida y con todos los momentos de tanta felicidad que habían compartido. Si el tiempo había sido breve o no, eso era lo menos importante porque cantidad nunca es igual que calidad y ellas habían sido inmensamente felices el poco tiempo que sus almas habían compartido en esta vida.

Loretta murió sin ningún dolor y sin ningún temor. Sujetó la mano de su madre, la miró a los ojos sonriendo y con su voz tan dulce como los higos, simplemente le dijo:

-¡Hasta pronto, mamá querida, hasta pronto!

Su madre besó la mano de su hija. Le cerró suavemente sus ojos y luego

acarició con sus manos las mejillas de Loretta que todavía se encontraban calurosas y contestó casi en un susurro:

-¡Hasta siempre, hijita! ¡Nos volveremos a encontrar!

En su sueño, Loretta volvió a sentir que se elevaba y llegaba de nuevo a la puerta gigante de madera donde se encontraba el ser luminoso, quien nuevamente le preguntó:

-¿De qué te has dado cuenta, Sara? ¿Cuál fue la lección más importante que aprendiste?

-¡Que la vida es sencilla y está llena de bondad! –respondió Loretta llena de paz y alegría y continuó. –¡Hubo tanta felicidad, tanta bondad en todos los que estaban a mi alrededor y fui tan feliz con mi madre! Eso es más importante que cualquier despedida...

-Aunque volemos –intervino el ser luminoso mientras la gran puerta de madera se empezaba abrir y Loretta era envuelta de nuevo por la luz dorada y la música suave –nunca dejamos de pertenecer al nido. Nunca nos perdemos, Sara, siempre estaremos conectados al Amor y a los que amamos.

Loretta atravesó la puerta de madera. Encontró una especie de banca de metal al lado de un árbol y ahí se sentó. Sentía una profunda paz mientras contemplaba cada hoja de aquel árbol. Luego la luz y la música se desvanecieron. Poco a poco comenzó a rodearse otra vez de una neblina densa. Aunque permanecía sentada en la banca junto al árbol, no sabía en dónde se encontraba, pero se sentía tranquila y completa. De pronto, divisó a lo lejos una silueta que se acercaba lentamente hacia ella y conforme se acercaba, la neblina empezaba a desvanecerse.

Una vez que la neblina se despejó por completo, Loretta reconoció sorprendida a Santiago. Aunque él se veía envejecido en comparación con el último recuerdo que ella guardaba de él, aquella mirada que tanto había amado era inconfundible para Loretta. Santiago se detuvo un par de pasos antes de llegar donde estaba Loretta. Sostuvo su mirada en los ojos verdes de Loretta y sonrió, resumiendo toda la paz en la comisura de sus labios. De pronto, empezó a caer sobre ellos una lluvia de rosas rojas, acariciando la piel de ambos con tanta suavidad mientras los abrazaba con delicados perfumes. Loretta intentó sujetar un par de rosas con sus manos, pero sus dedos traspasaban las rosas sin

lograr tocarlas.

Manteniendo su sonrisa serena y su mirada tan iluminada, con su mano derecha y un movimiento que recordaba el vaivén de las olas del mar, Santiago se despidió de Loretta. Ella hizo un intento por dar un paso hacia él y abrazarlo, pero Santiago negó con su cabeza y sin darle la espalda, empezó a retroceder hasta que la neblina lo envolvió y lo hizo desaparecer por completo.

Loretta se quedó inmersa en la densidad de la neblina. No supo cuánto tiempo pasó, pero poco a poco empezó a escuchar de nuevo el burbujear de las nacientes del Pader y se despertó suavemente. Al quitarse el casco, observó que por la hendidura de la puerta entraban unos tímidos rayos de luz que parecían hacerle cosquillas en sus mejillas. Por primera vez, después de casi un año, había vuelto a soñar.

Además había logrado ver aquella calle londinense de la foto de la revista y pensó que si en una vida pasada, ella había sido esa mujer que había muerto a los pies de aquella puerta, ahora comprendía el origen de su depresión tan honda, la cual era el reflejo de lo que había sentido Anne Louise en una vida anterior. Lo que ahora no comprendía era el sueño de Sara ni mucho menos, el encuentro tan sublime con Santiago justo antes de despertar.

De pronto tocaron a su puerta. Loretta se puso de pie y caminó hasta ella. Al abrirla, volvió a encontrarse con su sonriente anfitrión:

-¡Buenos días! –expresó Volker con gran entusiasmo.

-¿Días? –preguntó confundida Loretta.

-Así es. Ha terminado tu sesión onírica. Lograste completar 5 ciclos de sueño. Son las 7 de la mañana. Vamos: tienes que bañarte y desayunar, para luego reunirte con el Iatromantis en el salón del rey. A las 12, tus padres te estarán esperando en la recepción con Beatrice –comentó Volker con su habitual precisión del tiempo.

Loretta se sentía confundida. Las diferentes escenas que habían aparecido en sus sueños, habían transcurrido tan rápidas, que se le dificultaba pensar que hubiera transcurrido ya toda la noche. Sin embargo, ante el anuncio de Volker, regresó al camastro a doblar la bolsa de dormir y colocar el casco tal cual lo había encontrado la noche anterior. Luego siguió a Volker hasta las escaleras de piedra. Salieron por la compuerta, pasaron al lado del comedor y

continuaron hasta el dormitorio donde estaban las pertenencias de la invitada. En la puerta, Volker le entregó toallas limpias y artículos de aseo personal para que Loretta disfrutara de un buen baño.

-Vendré a buscarte en una hora para ir a desayunar junto con Christine y Beatrice en el comedor. Disfruta tu baño, Loretta. Hoy es 30 de mayo.

Loretta observó la espalda de Volker encogerse mientras él se alejaba y empezaba a subir por las escaleras en espiral. “*Ayer fue 29 de mayo*” pensó. El día en que había visto la foto en el salón de belleza de su estilista hace un año y también el día en que había besado la piel de Santiago hace tantos mayos atrás. Se sorprendió que este recuerdo volviera a llegar a su memoria y lo único que pudo hacer esta vez, fue sonreír desde el interior de su alma y luego se encaminó a tomar un buen baño.

ス 日 六 日

8

## El Iatromantis

Loretta no sabía si la calidez que abrazaba a su cuerpo se debía a la tibieza del agua mientras tomaba un buen baño, o si se debía a la paz con la que Santiago se había despedido de ella en el último sueño que había tenido en la sesión onírica. Con frecuencia, Loretta cerraba los ojos bajo la ducha y podía transformar el agua que se deslizaba presurosa por su piel en las rosas suaves que llovían durante el encuentro con Santiago que perfumaban todo a su alrededor.

Mientras se vestía y recogía todas sus pertenencias para dejar lista su pequeña mochila, volvió a llegar a su mente la curiosidad por la figura del Iatromantis. Había estado tan inmersa en lo que sus sueños le habían mostrado junto al burbujear de las nacientes sagradas del Pader, que sus preguntas interminables sobre el Iatromantis habían tomado una siesta en un rincón de sus

pensamientos. Ya no se preguntaba por la apariencia que tendría el Iatromantis, ahora empezaba a preguntarse cómo sería el tono de su voz y el gesto de su cara. ¿Qué le diría el Iatromantis respecto a las escenas que había soñado? ¿Cómo empezaría la sesión? ¿Cómo lograrían comprender el tratamiento a seguir? ¿No volvería a sentir aquella sensación de pérdida y tristeza profunda que le había amordazado sus ganas de vivir sin misericordia alguna y que ahora parecía haberse simplemente esfumado?...

Los toques a la puerta rompieron la cadena de pensamientos en la que Loretta divagaba. La precisión que caracterizaba a Volker no dejaba de sorprender a la invitada.

-¿Lista? –preguntó el anfitrión con una sonrisa en el momento en que Loretta abrió la puerta. La invitada afirmó con su cabeza y de inmediato caminaron hasta el comedor al lado de la escalera en espiral y la compuerta de madera que conducía al recinto subterráneo.

Volker y Loretta se colocaron al lado de sus respectivas sillas y contemplaron los detalles de la mesa que Christine había preparado: platos con frutas, con semillas secas y cereales, con panes frescos, con embutidos y quesos variados y con yogurt de colores diferentes. Había dos cafeteras humeantes: una solo con agua y la otra con café, el cual llevaba la voz cantante con respecto a los aromas que se desprendían de aquel comedor. Había un jarrón con jugo de manzana y otro casi diminuto con leche tibia. Había pequeñas tacitas de vidrio con mermeladas caseras de diferentes sabores. Reinando desde el centro de la mesa, estaban unos girasoles radiantes con algunos crisantemos que daban la bienvenida a los comensales. Estaban puestos dos lugares más de los que estaban ayer a la hora de la cena, por lo que Loretta comprendió que los doctores también desayunarían con ellos. Desde la cocina, se escuchaban las voces de Christine y Beatrice y lentamente empezaba a abrirse la compuerta de madera al lado de la escalera en espiral.

Al mismo tiempo en que los doctores salieron del recinto subterráneo, aparecieron Beatrice y Christine cargando cada una, una cacerola de la cual emanaban aromas que hacían cosquillas en la punta de la nariz de los comensales. Christine se apresuró a decir:

-¡Buenos días! Tomen asiento, por favor. Aquí tenemos huevos revueltos cremosos con tomate y paprika en polvo. Y aquí –dijo señalando la cacerola que

tenía Beatrice en sus manos –tenemos salchichas blancas Nüremberg. ¡Guten Appetit!

De inmediato todos se sentaron a la mesa y empezaron a servirse de los diferentes alimentos que se encontraban a su alcance. Mientras degustaban la exquisitez tan sencilla que Christine había preparado, conversaban amenamente de tantas cosas. Loretta los miraba fascinada: todos compartían su desayuno como miembros de una familia. Era imposible distinguir el rol que cada uno tenía en el funcionamiento del Asclepeion. ¡Ni siquiera era posible percibir las diferencias que el Doctor Sullivan y el Doctor Breuer tenían con respecto a los sueños! Loretta sonreía al concluir que a la hora de sentarse a la mesa, compartir era lo único importante, ya que los roles y las diferencias no tenían ningún sitio en el comedor.

Luego de una sobremesa tan entretenida, de pronto todos los comensales callaron al mismo tiempo. Volker carraspeó para aclarar su garganta. Volvió a ver a su invitada y dijo:

-Es tiempo de que vayas a recoger tus cosas del dormitorio para ir al salón del rey. El Iatromantis te espera.

Loretta se puso de pie y agradeció genuinamente a sus compañeros de desayuno, el rato compartido. Agradeció doblemente a Christine por el cariño con el que había preparado los alimentos que había degustado. Se retiró al dormitorio donde se lavó sus dientes y recogió su pequeña mochila. Al volver al comedor, ya los doctores se habían retirado y Christine y Beatrice terminaban de llevar los platos de la mesa a la cocina. Volker estaba de pie, al lado de la escalera en espiral. Loretta contempló cada detalle de ese lugar donde había compartido los tres tiempos de comida con personas que la habían recibido con la calidez del hogar. Intentó guardar con una mirada muy amplia aquel comedor, con la puerta al dormitorio, con la puerta al santuario gastronómico de Christine, con la compuerta de madera pesada y la argolla de hierro sobre el suelo y con la escalera en espiral. Era la última vez que vería aquel lugar y aunque la compuerta de madera estaba cerrada, casi podía sentir el compás del burbujear de la fuente sagrada.

Volker interrumpió la despedida silenciosa que Loretta hacía del lugar.

-Vamos –dijo sonriendo con una gran ilusión sobre su rostro como quien tiene la certeza de que estaba a punto de empezar la mejor parte de aquella

experiencia.

Christine se despidió desde la puerta de su cocina. Beatrice le aseguró a Loretta que en un par de horas se volverían a ver en la recepción, cuando Loretta se encontrara con sus padres cerca del mediodía.

Volker y Loretta subieron las escaleras en espiral y llegaron al vestíbulo donde estaba la puerta que daba al salón del rey. Tanto a Loretta como a Volker, les brillaban los ojos y la emoción parecía brotar en cascada desde sus pechos.

-Cuando la sesión termine, yo te estaré esperando aquí para acompañarte hasta la recepción, donde nos esperará Beatrice –y de inmediato, con su mano firme empezó a empujar la gran puerta de madera para abrirla.

Conforme Volker iba abriendo la gran puerta de madera, un inmenso salón con paredes de piedra, nueve grandes ventanales semicirculares a cada lado y dos puertas que daban al jardín donde reposaban los restos arqueológicos del salón del trono carolingio, aparecía ante las pupilas dilatadas de Loretta. Había cuatro grandes candelabros de cristal colgando desde el techo que tenía forma de V invertida. La amplitud de los ventanales hacía resplandecer aquel lugar con la luz natural de la primavera matutina de Paderborn. El salón estaba completamente vacío, a excepción de un par de sillones individuales tapizados con vinil café, situados exactamente en el centro del salón.

En uno de los sillones, de espaldas a la puerta donde estaban Volker y Loretta, estaba un hombre sentado que parecía minúsculo en medio de la inmensidad del salón.

-El Iatromantis te espera, Loretta –le dijo Volker casi musitando.

Loretta dio un par de pasos y la puerta se cerró detrás de ella sin haber podido siquiera agradecer a Volker. En el salón del rey también imperaban los inciensos de mirra y sándalo que había conocido el día anterior en la sala del café de media tarde. A Loretta le pareció escuchar de nuevo el burbujear de las nacientes del río Pader, pero luego comprendió que en realidad, ese compás provenía del lado izquierdo de su pecho. Empezó a caminar temblorosa. La separaban unos veinte metros del sillón donde la esperaba el Iatromantis, sin embargo para ella, se habían convertido en kilómetros.

Conforme se acercaba al sillón donde estaba sentado el Iatromantis, Loretta distinguía con más claridad las hebras blancas que se habían hilvanado

en el antiguo cabello azabache del Iatromantis. Cuando ya estaba a punto de llegar al lado de él, éste se giró para darle la bienvenida:

-¡Buenos días Loretta! Finalmente nos conocemos. Soy el Doctor Hans Heiler  
-inmediatamente el Iatromantis se puso de pie como acto de cortesía y extendió su mano, con la intención de que Loretta estrechara la suya.

Loretta extendió su mano la cual tiritaba de la emoción. Con su voz entrecortada solo alcanzó a decir que para ella también era un gusto conocerlo. El Iatromantis le indicó con un movimiento suave de su mano que podía tomar asiento en el otro sillón, acción que de inmediato hizo Loretta.

-Muy bien –dijo el Iatromantis tomando la palabra –para empezar, cuéntame cómo te sientes.

Loretta miraba perpleja al Iatromantis. El Doctor Heiler podía tener cerca de 60 años. Era un señor alto, de contextura ligeramente gruesa y de tez blanca. Aunque sobre su nariz descansaban unos pequeños anteojos, éstos no impedían contemplar la paz y sabiduría que tenía su mirada. A pesar de su apacible sonrisa, la seriedad que maquillaba su rostro le daba cierta solemnidad al encuentro. Vestía con un abrigo azul ligero con cuello en forma de V, con un pantalón beige y unos cómodos zapatos café estilo top sider.

Aunque a Loretta le costó trabajo articular palabra, finalmente dijo:

-La verdad, me siento muy bien... Extrañamente bien –dijo sorprendiéndose ella de las palabras que había pronunciado.

-Tu semblante y el brillo de tus ojos coinciden con lo que has dicho –comentó el Doctor Heiler y de inmediato le dijo –cuéntame de tus sueños.

-Creo que tuve 6 sueños, o mejor dicho, que estuve en 6 lugares donde viví situaciones diferentes. En el primer sueño, me llamaba Anne Louise, tenía cerca de 20 años y acudía a la casa de mi padre quien estaba agonizando. En el segundo sueño, seguía siendo Anne Louise pero con un poco de más edad, tal vez unos 26 años. Estaba muy enferma, deambulando por las calles londinenses destruidas. Morí en el rincón de la puerta de una casa. Esa calle es la misma de la foto que vi en la revista en el salón de belleza y que a partir de ella, empecé a deprimirme. En el tercer sueño estaba en presencia de un ser luminoso a quien no pude distinguir quien me preguntaba de qué me había dado cuenta. En el

cuarto sueño, era una niña de 7 años llamada Sara que vivía en una aldea donde un señor conocido como “*el maestro*”, hablaba del Reino de Dios y del amor al prójimo. Tenía un amigo llamado Joaquín con quien disfrutaba conversar y vivía únicamente con mi madre. En el quinto sueño, seguía siendo Sara pero con un par de años más y estaba agonizando en mi cama, cuidada por mi madre. Fue una despedida muy tranquila. Luego volví donde el ser luminoso que nuevamente me preguntó de qué me había dado cuenta. Y en el último sueño, me encontré con un novio que tuve en mi adolescencia a quien amé muchísimo pero de quien nunca más volví a saber nada desde que nos despedimos hace casi 15 años. En el sueño Santiago solamente sonreía mientras me decía adiós con su mano y llovían rojas sobre nosotros. Yo intenté abrazarlo pero él negó con su cabeza y luego se empezó a alejar hasta desvanecerse en el horizonte.

El Iatromantis contemplaba en silencio a Loretta mientras ella le resumía los sueños que había tenido. Luego intervino:

-Has hecho un buen resumen, Loretta, pero vamos a observarlos más despacio. El Doctor Breuer te dirá que completaste 5 ciclos de sueño y que esas escenas efectivamente surgieron en la fase REM de cada ciclo. El sueño donde aparece el ser luminoso, en realidad es parte del sueño donde dices que eres Anne Louise y que mueres en la calle y también del sueño donde dices que mueres como la pequeña Sara, tal como nos permitió ver el electroencefalograma y la resonancia magnética en el laboratorio –afirmó el Iatromantis mientras le mostraba a Loretta una hojas similares a las que le había mostrado el Doctor Breuer la tarde anterior en el laboratorio. El Iatromantis continuó -el Doctor Sullivan, en cambio, te dirá que el contenido de los 5 sueños te estaba ayudando a elaborar el tema de la pérdida y la despedida, tanto de seres queridos como la tuya propia ya que ese es el común denominador en cada una de las escenas oníricas. Y en cierta forma, tiene sentido ya que lo que existe detrás de cualquier depresión, es la pérdida de algo valioso.

-¿Cómo? –preguntó intrigada Loretta.

-Cuando una persona experimenta sentimientos depresivos, lo primero que debemos preguntarnos es ¿qué ha perdido esta persona? Puede ser una pérdida real o imaginaria, porque como el mismo Doctor Freud decía, detrás de la melancolía hay un duelo no resuelto –explicó el Iatromantis.

-Comprendo. Algo parecido me había dicho el Doctor Strauss, antes de

recomendarme venir aquí. Pero en mi caso, antes de esa foto, no había perdido nada, ni real ni imaginario –afirmó Loretta muy segura de lo que decía y continuó –aunque si en mi vida pasada fui Anne Louise, es claro que lo que perdí fue mi propia vida y por eso experimentaría ahora la depresión tras ver esa foto y recordar el lugar donde mi vida terminó.

-No te apresures a sacar conclusiones todavía Loretta –dijo serenamente el Iatromantis. –Veamos más detenidamente el primer sueño: cuando Anne Louise va a ver a su padre que agonizaba. No necesito que me describas el sueño porque recuerda que gracias al casco de realidad virtual, yo estuve también ahí. Pero lo que el casco jamás podría permitirme ver, es lo que sentiste mientras estabas en esa escena.

Loretta respiró hondo intentando recuperar las sensaciones que había experimentado durante el primer sueño.

-Me sentía desesperada al ver a mi padre agonizar, sin nada que yo pudiera hacer para evitar ese momento. Me sentía tan culpable por haber desaprovechado el tiempo que había estado con él por estar discutiendo. Teníamos el mismo carácter y por eso chocábamos tanto. Sentía que sin él, estaría perdida, sin ningún sentido en mi vida. Me sentía tan impotente, tan culpable y tan profundamente sola en el momento en el que murió. Sentía que yo no estaba preparada en lo absoluto para vivir sin él. Aunque teníamos una relación tan tirante, ¡nos amábamos tanto!

-Desesperación, impotencia, culpa y soledad –dijo el Iatromantis para extraer los sentimientos experimentados por Loretta en el primer sueño. Ella afirmó con su cabeza. –Cuéntame qué sentiste en el segundo sueño, cuando Anne Louise tenía 26 años.

-Dolía vivir... -dijo Loretta casi en un suspiro y continuó –yo no supe seguir adelante sin mi padre. No tuve fuerzas para continuar sin él. Solo anhelaba morir. Me sentía tan sola y enferma. Estaba tan débil, no era ni la sombra de la Anne Louise de los 20 años. La vida era demasiado pesada para mí. ¡Nunca en mi vida he experimentado un dolor así tan grande!

-Enfermedad, soledad, debilidad y dolor –volvió a resumir el Iatromantis.

-Por eso he pensado que la depresión que yo he tenido en este año desde

que vi esa foto, fue como si al ver esa foto, hubiera vuelto a vivir en carne propia el dolor que vivió Anne Louise, por lo que tendría sentido que en una vida pasada yo haya sido ella y sería cierto lo que usted decía de que los depresivos han perdido algo. La depresión que he vivido fue la misma que experimentó Anne Louise cuando perdió a su padre y que la llevó a perder su propia vida... Pero, ¿por qué la viví yo en carne propia ahora? Honestamente no creo que yo sea Anne Louise y aunque muy vagamente vi la mirada de Santiago cuando el padre de Anne Louise murió, es claro que no era Santiago y yo al padre de Anne Louise ni siquiera lo conozco. Yo no creo en las vidas pasadas, Doctor Heiler, eso de que vivimos, morimos y luego reencarnamos, no me convence mucho... ¡Yo no creo que Dios se equivoque dos veces!

Tanto Loretta como el Iatromantis rieron con lo último que había dicho la invitada.

-Ese es todo un tema, Loretta –dijo el Iatromantis recuperando la conversación. –Estás hablando de las diferentes vidas como si fueran algo lineal, pero es un poco más complejo. Las diferentes vidas se desarrollan en diferentes dimensiones y estas realidades se dan en forma paralela. Las otras vidas no transcurren en detrás de la nuestra, ni adelante, sino al lado.

-¿Qué quiere decir con eso? –preguntó confusa Loretta.

-Que en este momento, en una dimensión o realidad vive Anne Louise en Londres, en otra vive Sara de inicios de la era cristiana y en esta vive Loretta que ahora está en el templo del sueño de Paderborn. No es que en una vida pasada fuiste Sara, que luego reencarnaste en Anne Louise y ahora en Loretta, no. Sara, Anne Louise y tú tienen algo que las ha conectado y a través de portales específicos y espontáneos, se han comunicado. Eso que las conecta es un lazo espiritual.

-A ver si estoy entendiendo lo que usted me quiere decir, Doctor Heiler –intervino Loretta intentando ordenar la información que el Iatromantis le acababa de dar –Sara, Anne Louise y yo somos personas diferentes, viviendo cada una su realidad pero en dimensiones diferentes, no somos una misma alma que ha reencarnado...

-Exacto –se apresuró a decir el Iatromantis.

-Aunque los inicios de la era cristiana donde vivió Sara y el Londres de

1918 de Anne Louise en mi forma de comprender el tiempo, forman parte del pasado porque los años y los siglos avanzan hacia adelante –amplió Loretta.

-Por eso te decía que es un poco complejo para comprenderlo, mucho más complejo que las vidas pasadas. Porque la concepción del tiempo como algo lineal, permite entender las vidas pasadas, pero no las dimensiones o realidades paralelas. Se entendería que Anne Louise fuera el presente, Sara el pasado de Anne Louise y tú, el futuro de Anne Louise... pero como te digo, el tiempo no es lineal, al menos no para el espíritu –dijo el Iatromantis.

-¿Cómo puede explicarse esta idea de las realidades paralelas? –preguntó intrigada Loretta.

-Supongamos que tenemos tres líneas paralelas: en una, transcurre la vida de Sara, en la segunda, la de Anne Louise y en la tercera, la tuya. De pronto, se abre una puerta que permite que lo que Sara está viviendo, se conecte con lo que Anne Louise vive y a su vez, con lo que tú vives.

-¿Una puerta? –preguntó escéptica Loretta.

-Así es –respondió serenamente el Iatromantis.

-¿Cómo es esa puerta? ¿Cómo se forma? –continuaba preguntando Loretta en forma escéptica.

-Normalmente los portales se producen por sentimientos muy fuertes, sean agradables o desagradables y una conexión empática entre los personajes que los experimentan por los lazos espirituales que existen entre ellos. Esas emociones fuertes pueden ser provocadas por las situaciones que vivimos o bien, por lugares, imágenes, olores o sonidos que las evocan. En tu caso, creo que la foto de la revista fue una puerta porque a través de ella pudiste entrar en contacto con la profunda sensación de pérdida y el dolor de Anne Louise. Luego, hubo una segunda puerta que fue la sesión onírica, a través de la cual no solo volviste a entrar en contacto con Anne Louise para comprender lo que ella ha vivido, sino que también pudiste conectar con Sara e incluso con Santiago –respondió sin dudar el Iatromantis y continuó. –Ahora bien, por qué la foto de la revista se convirtió en portal para que te comunicaras con Anne Louise mientras ésta agonizaba, es lo que necesitamos descifrar a través de la información que obtuvimos al abrir la segunda puerta, es decir, a través de la sesión onírica. Y también necesitamos entender por qué Sara se comunicó contigo y con Anne

Louise.

-¡Y también entender, qué tiene que ver todo esto con Santiago, quien salió de mi vida desde hace casi 15 años! Más porque según yo, a través de las sesiones de hipnosis y de otras técnicas que inducen estados similares al sueño REM, ya había podido cerrar ese episodio de mi vida –expresó contrariada Loretta.

-Por eso es que te he preguntado sobre los sentimientos que te acompañaron en cada sueño, porque esos sentimientos fueron los que te pusieron en contacto con Anne Louise, con Sara y eventualmente, con Santiago –explicó el Iatromantis.

-Y con el ser luminoso... -agregó Loretta.

-No. Como la escena del ser luminoso ocurrió luego de la muerte de Anne Louise y luego de la muerte de Sara dentro de la misma fase REM en que ocurrió cada uno de esos sueños, me atrevería a pensar que tanto Anne Louise como Sara te estaban compartiendo lo que ellas habían vivido al morir.

-¿Se encontraron con un ser luminoso que les preguntó de qué se habían dado cuenta al morir? –preguntó confusa Loretta.

-Así es. Posiblemente ese ser luminoso era el guía espiritual o ángel de la guarda de cada una de ellas, el que creemos que nos viene a asistir cuando morimos y el encargado de conducirnos hasta el lugar donde morará nuestro espíritu –explicó con palabras sencillas el Iatromantis.

-¿El espíritu es lo mismo que el alma? –preguntó con una curiosidad infantil la invitada.

-El alma es nuestro espíritu cuando está unido a la materia. El espíritu es cuando estamos libres de la materia y todas sus limitaciones... y ese lugar también es una realidad paralela.

-¿Qué quiere decir con eso, Doctor Heiler? –continuó preguntando Loretta.

-Que también a través de portales específicos y espontáneos podemos entrar en contacto con el mundo espiritual, tal y como desde hace milenios se sabía. De hecho esa es la dimensión con la que conectamos con mayor frecuencia, utilizando el portal natural de los sueños, tal y como lo creyó siempre

el señor Laurent, fundador de este Asclepeion simple el Iatromantis.

–respondió de forma

–¿A qué se refiere cuando dice “*mundo espiritual*”? –preguntó Loretta con el deseo de comprender con exactitud lo que explicaba el Iatromantis.

–El mundo espiritual es la realidad o dimensión donde habitan los espíritus –respondió el Doctor Heiler y continuó –ahí habita el ser luminoso que viste en tu sueño porque nuestros guías espirituales se encuentran ahí. También en esa realidad habitan los espíritus de nuestros seres queridos que ya partieron. En la dimensión espiritual suelen aprovechar el portal natural que se crea cuando dormimos y nuestro cerebro entra en una frecuencia de ondas que nos permite experimentar una profunda relajación. Por eso dicen que los sueños son la puerta que Dios nos abre al mundo espiritual... Efectivamente es una puerta, es decir un portal, como tú misma te has podido dar cuenta en tu sesión onírica.

–Entonces, lo que usted me está diciendo es que existen realidades paralelas en lugar de un tiempo lineal y que las emociones fuertes y los sueños crean puentes de comunicación entre una dimensión y otra, entre personas que tienen alguna conexión espiritual y que incluso, pueden conectarnos con nuestros guías espirituales o con nuestros seres queridos que ya se fueron porque el mundo espiritual es otra realidad paralela más, ¿es así? –intentó sintetizar Loretta.

–Exactamente, lo has resumido muy bien –dijo sonriendo el Iatromantis.

Loretta permaneció unos minutos en silencio intentando comprender las cosas que el Doctor Heiler le había explicado. Nunca había sido seguidora de las vidas pasadas pero la idea de las realidades paralelas que se conectan por sentimientos fuertes le resultaba todavía más difícil de comprender porque rompía totalmente con la lógica del tiempo lineal de pasado, presente y futuro. Por su parte, el Iatromantis observaba cómo centellaban los ojos de la invitada mientras le buscaba sentido a las palabras de él.

Luego el Iatromantis interrumpió los pensamientos de Loretta y dijo:

–Vamos despacio Loretta. Por ahora enfoquémonos en identificar tus sentimientos en cada sueño. Me decías que en el primer sueño, te sentías culpable, desesperada, impotente y sola. En el segundo, sentías dolor, enfermedad, debilidad y nuevamente soledad –Loretta volvió a enfocar su

mirada en los ojos del Iatromantis, como si hubiera regresado de un lugar lejano y afirmó con su cabeza. El Iatromantis continuó -¿qué sentiste en el tercer sueño, en el de Sara jugando entre los animales, escuchando al maestro y compartiendo con su madre?

-Felicidad... Plenitud en todo el sentido de la palabra –respondió en un suspiro la invitada mientras su rostro resplandecía.

-¿Y en el sueño de la muerte de Sara? –continuó preguntando el Iatromantis.

-Paz y gratitud –dijo Loretta con una suave luz que se había adueñado del rostro opaco y triste que tenía cuando había intentado volver a sentir lo que había experimentado en los sueños de Anne Louise.

-¿Y en la despedida de Santiago? –preguntó de nuevo el Iatromantis.

Loretta respiró hondo mientras su mirada hacía un rápido recorrido por los ventanales sobre la pared de piedra del salón del rey. Luego sus ojos volvieron a posarse sobre la mirada de aquel señor que transmitía tanta paz y sabiduría, y respondió:

-También paz y gratitud y como llovía rosas, era una sensación tan suave... y es extraño, porque cuando fue la despedida real entre nosotros hace casi 15 años, la sensación que tenía se parecía más a lo que sintió Anne Louise cuando su padre murió. Y llovía, llovía porque era Mayo y en Mayo siempre llueve en el lugar de donde vengo. Ahora de nuevo llovía, pero esta vez lo que llovía eran rosas sobre nosotros.

-Entonces encuentras relación en lo que Anne Louise sintió cuando murió su padre y lo que sentiste cuando te despediste de Santiago –Loretta afirmó moviendo su cabeza –y también hay una relación en lo que Sara vivió, incluso en el momento de su agonía y lo que sentiste cuando Santiago se despidió de ti en el sueño.

-Así es –verbalizó Loretta mientras volvía afirmar con su cabeza.

-Y además, existe una relación en lo que Anne Louise experimentó mientras agonizaba y lo que ha sido este año de depresión para ti –terminó de comentar el Iatromantis.

-¡Totalmente! –dijo sorprendida Loretta.

-Entonces podríamos pensar que la tristeza, el dolor, la culpa y la impotencia es lo que te conectó con Anne Louise y la paz y la gratitud, en cambio, te conectó con Sara.

-Así es –afirmó Loretta.

-Y en Santiago se resumen ambas experiencias: el dolor, la tristeza, la culpa y la impotencia cuando se despidieron hace 15 años y la paz y la gratitud cuando se despidieron ahora en tus sueños –dijo pensativo el Iatromantis.

-Sí, tiene sentido... aunque todavía no logro comprender por qué volvió a aparecer Santiago, de verdad que desde hace mucho tiempo, él ya no forma parte de mi vida –afirmó totalmente convencida Loretta.

-Y todavía seguimos sin comprender por qué la foto de la revista fue la primera puerta –volvió a decir pensativo el Iatromantis mientras levantaba su mirada a uno de los candelabros de cristal.

Era cierto. Habían vuelto a llegar al mismo punto al que todos llegaban cuando intentaban encontrarle sentido a la depresión de Loretta desde que había visto aquella foto de una calle londinense destruida en 1918. Era claro que el dolor la había puesto en contacto con Anne Louise, pero antes de que esa foto llegara a sus manos, no existía ningún dolor, ninguna tristeza y mucho menos, ningún sentimiento de pérdida en la vida de Loretta. Antes de encontrarse con esa foto, su vida era realmente feliz. De hecho, era tan plena como la vida de Sara en su aldea primitiva.

-Veamos ahora lo que Anne Louise y Sara aprendieron cuando dejaron esta vida –retomó el Iatromantis.

-¿Se refiere a la pregunta que les hizo el ser luminoso a cada una? –preguntó Loretta. El Doctor Heiler afirmó moviendo su cabeza. Loretta continuó –Anne Louise aprendió que lo importante era estar, que la tristeza no valía la pena, ya que las despedidas eran temporales y en cambio, el Amor, era eterno.

-Bien. ¿Y Sara? –preguntó de nuevo el Iatromantis.

-Sara se dio cuenta que había bondad a su alrededor y que la vida era sencilla. Que la felicidad por el tiempo compartido es mucho más importante que cualquier despedida ya que siempre estaremos conectados a los que

amamos, que aunque volemos, no dejaremos de pertenecer al nido –respondió Loretta con una sonrisa en su rostro.

-Estos aprendizajes, ¿te dicen algo a ti? ¿Sientes que aportan algo importante para ti, para tu vida? –preguntó con curiosidad el Iatromantis. Loretta se quedó pensativa unos segundos.

-Es como si tanto Anne Louise como Sara, a pesar de haber vivido vidas y muertes tan diferentes, hubieran llegado a la misma conclusión y ambas, quisieran que yo también conociera esa conclusión.

-¿Cuál sería la conclusión a la que ellas llegaron y que te quisieron compartir? –preguntó aún más intrigado el Iatromantis.

-Que a través del amor creamos lazos imperecederos con las personas. Cada instante que compartimos con alguien, debe llenarse de felicidad, de bondad y de sencillez para crear una conexión que trascienda el tiempo y que trascienda cualquier despedida, para que podamos volar llegado el momento pero sin dejar de pertenecer a nuestro nido... Que en realidad, las despedidas no existen porque nunca perdemos lo que amamos –explicó Loretta.

-¿A qué te refieres con que las despedidas no existen? –puntualizó el Iatromantis.

-No existen porque son temporales –respondió con total convencimiento Loretta y continuó. –Muchas veces nos concentramos en la despedida y no en el tiempo que compartimos con las personas que amamos. A veces por el temor a una eventual despedida, no amamos a los otros. Otras veces, simplemente perdemos oportunidades para compartir con las personas amadas. Y otras veces, cuando ocurre la despedida, nos encerramos tanto en nuestro dolor por la ausencia del otro, que dejamos de vivir y resulta que solo viviendo y amando, es como podremos seguir conectados con las personas que se han ido.

-¿Para qué crees que Anne Louise y Sara te quisieron compartir esto? –preguntó el Iatromantis.

-No lo sé –respondió Loretta con toda la honestidad mientras clavaba sus ojos verdes en el suelo del salón del rey y continuó –a excepción de la despedida de Santiago, realmente mi vida ha sido plena y feliz, tanto como la de Sara. No he vivido una pérdida como la que vivió Anne Louise que la llevó incluso a dejarse morir enferma y tan abatida por el dolor –Loretta volvió a quedarse en

silencio unos segundos y luego su rostro se inundó de temor -¿o será que ellas me están preparando para una futura pérdida? ¿La muerte de mi propio padre? ¿O la de mi madre? ¿O tal vez la mía propia?

El Iatromantis colocó suavemente su mano sobre la mano de Loretta que empezaba a tornarse temblorosa y fría, a pesar de los radiantes rayos de sol que entraban imponentes a través de los ventanales semicirculares del salón del rey. Para tranquilizar a la invitada, el Doctor Heiler dijo:

-No funciona así, Loretta, puedes estar tranquila. Recuerda que el tiempo no es lineal, no hay pasado ni tampoco futuro, sino que todas las dimensiones paralelas se mantienen en el tiempo presente, desde el cual tomamos nuestras decisiones y vamos construyendo nuestra vida. Cuando establecemos contacto con otras dimensiones, incluida la conexión con el mundo espiritual, es con la intención de descubrir nuestros talentos o recursos para lo que en ese momento necesitamos.

-¿Qué quiere decir con eso, Doctor Heiler?                      -preguntó intrigada Loretta.

-Si en este momento algún ser querido tuyo estuviera enfrentando una condición de salud grave o estuviera en una fase terminal, tendría sentido que Anne Louise y Sara se hubieran puesto en contacto contigo para compartirte lo que ellas habían aprendido con respecto a las despedidas, ya que la inminente despedida de tu ser querido constituiría tu momento presente -explicó el Iatromantis.

-Entiendo -dijo Loretta afirmando con su cabeza.

-El asunto es que ese no es tu presente -expresó en forma contundente el Iatromantis.

-Tal vez me quieren ayudar a salir de mi depresión...-dijo pensativa Loretta -porque mi depresión sí es mi momento presente. Y de hecho pude ver como ambas murieron, tal vez me están avisando que mi depresión podría llevarme a un estado como el de Anne Louise en la calle londinense cuando lo único que quería era morir.

-Volvemos a lo que te decía anteriormente: ellas no pueden alertarte sobre un futuro porque el futuro no existe en las dimensiones paralelas. Aquí más bien, como diría mi amigo el Doctor Strauss, deberíamos volver al evento

del factor precipitante y no a su reacción subjetiva –comentó el Iatromantis.

-Pero el Doctor Strauss dijo que el evento fue la foto de la calle londinense –respondió un tanto desesperanzada Loretta al ver que llegaban una y otra vez al mismo lugar.

-Tal vez la foto no sea realmente el evento del factor precipitante... - pensó en voz alta el Iatromantis, de pronto su rostro resplandeció como si hubiera encontrado una pista importante, y continuó -Espera espera... ¿Dices que hace un año viste la foto de la revista?

-Sí, exactamente en mayo del año pasado –respondió Loretta.

-Y me dijiste que la despedida de Santiago había sido en mayo porque en mayo siempre llovía en el lugar de donde vienes –continuó el Iatromantis intentando descubrir el hilo rojo.

-Así es... y también en mayo fue cuando estuvimos íntimamente y por esa razón fue que mi padre lo amenazó con denunciarlo si no se alejaba de mí, como yo era menor de edad en aquel entonces y él mayor de edad, era un delito grave –explicó Loretta sin encontrar mayor trascendencia en lo que decía.

-Del mayo de la foto al mayo de hoy, has tenido la depresión –Loretta afirmó con su cabeza y el Iatromantis preguntó -¿Cómo fue tu vida del mayo de la despedida al mayo de la foto?

-Los primeros meses luego de la despedida de Santiago fueron muy tristes. Tenía los mismos sentimientos que tenía Anne Louise cuando murió su padre solo que en menor escala. Me sentía culpable por haber escrito en mi diario la evidencia que luego mi padre encontró, me sentía triste, impotente y sola. Pero ya para el mayo siguiente me sentía mucho mejor y conforme los años fueron pasando, el dolor por la despedida de Santiago quedaba cada vez más lejos en mis recuerdos. Los mayos que siguieron a la despedida de Santiago y hasta el momento previo a ver esa foto, fueron felices y plenos, como la vida de Sara.

-¿Nunca más volviste a saber nada de Santiago? –preguntó el Iatromantis.

-Nada –dijo Loretta en un suspiro y continuó. -¡Hasta desapareció de mis sueños! Tal vez le suene extraño, pero cuando estábamos juntos, Santiago y yo

nos comunicábamos a través de los sueños. Era como si él me enviara mensajes que yo podía captar mientras dormía. Según lo que me explicó Volker, tal vez es que nuestras almas se encontraban en los sueños, en esa dimensión paralela que usted me explicó que es el mundo espiritual.

-Es probable, porque suele pasar con mucha frecuencia entre dos almas que tienen una conexión importante –afirmó el Iatromantis.

-El asunto es que una vez que Santiago se fue, continué soñando con él. Me decía que me amaba, que me extrañaba. Lo veía sufrir recordando los momentos que habíamos vivido y me despertaba sintiéndome muy triste e impotente porque los vivía como si hubieran sido reales. Conforme fue pasando el tiempo, los sueños fueron disminuyendo en frecuencia hasta que finalmente desaparecieron o al menos, yo ya no los recordaba al despertar, porque según me dijo Volker, siempre soñamos aunque no nos acordemos cuando despertamos.

-¿Y luego de la foto? –preguntó el Iatromantis.

-Desde que vi la foto, no volví a soñar... ni con Santiago ni con nada. Es como si la puerta que usted decía que eran los sueños, se me hubiera cerrado de golpe con candados y ya no pudiera volver a entrar a través de ella. E incluso en las sesiones de hipnosis y de otras terapias, nunca pude encontrar la llave que volviera a abrir esa puerta... el mundo espiritual se había cerrado por completo para mí, hasta anoche en la sesión onírica donde pude volver a soñar –explicó Loretta.

El Iatromantis guardó silencio. Intentaba comprender lo que había ocurrido con Loretta. Era claro que Anne Louise y Sara querían que ella comprendiera que el amor establece una conexión que trasciende las despedidas. Era claro que los sentimientos vividos por Anne Louise a menor escala eran los que Loretta había experimentado al perder a Santiago hace 15 años. Era claro que su depresión resistente a cualquier tratamiento en el último año era similar a lo vivido por Anne Louise antes de morir. Pero también era claro que la vida de Loretta antes de esa foto en el mayo pasado, era tan plena y feliz como la de Sara.

La despedida de Santiago hace 15 años ya no dolía en absoluto para cuando Loretta miró esa foto, por lo que el hilo rojo del que hablaba el Doctor Strauss se había roto, de manera que la pérdida de Santiago no podría constituir el evento del factor precipitante de su depresión. Tal vez la foto en sí, no era

realmente el favor precipitante y algo, de lo que aún no se habían logrado percatar, había ocurrido el día en que Loretta había visto esa foto. Algo que permitió crear un portal que la conectó con los profundos sentimientos de Anne Louise y que solo a través de la sesión onírica en el templo del sueño, pudo conectar también con Sara... y con el mismo Santiago.

-La única explicación por la cual en todo este año no has podido tener acceso a tus sueños es porque todavía tu alma no estaba preparada para comprender lo que en dimensiones paralelas, incluido el mundo espiritual, te querían compartir—explicó el Iatromantis.

-Hasta ahora, hasta que tuvo lugar la sesión onírica...-comentó Loretta y de inmediato formuló una pregunta —Pero, si técnicas como la hipnosis, la meditación guiada y otras, promueven ondas cerebrales similares a las fases del sueño profundo y del sueño REM, ¿por qué a través de ellas no pude comprender el mensaje de Anne Louise y de Sara?

-Por la misma razón por la cual no te acordabas de tus sueños: tal vez aún no estabas preparada. Todo tiene un momento para ser —comenzó a explicar el Iatromantis —si la oruga sale antes de tiempo de su capullo, no podrá convertirse en una mariposa. Si una flor se arranca al llegar la primavera, no podrá pintar con todo su esplendor sus delicados pétalos al llegar el verano. Si el Doctor Strauss, el Doctor Breuer, el Doctor Sullivan y Volker no te hubieran explicado todo lo que ahora conoces, no habrías podido comprender el mensaje de tus sueños... Por eso dicen que solo cuando el alumno está listo, es cuando aparece el maestro.

Loretta y el Iatromantis se quedaron en silencio. De pronto la gran puerta de madera que conducía al vestíbulo donde estaba la escalera en espiral y la puerta que conducía a la sala del café de media tarde, empezó a abrirse. El rechinar de la pesada madera hacía eco por todo el salón del rey donde estaban los sillones de vinil café. El Iatromantis se puso de pie y dijo:

-Parece que ha terminado nuestra sesión, Loretta.

-Pero todavía no sabemos qué fue realmente lo que pasó el 29 de mayo pasado cuando vi esa foto... —dijo al tiempo que se levantaba de su sillón y de inmediato se quedó en silencio, con sus ojos verdes suspendidos en la mirada profunda del Iatromantis y sus largos rizos negros terminaban de balancearse por su espalda. Su rostro empezó a brillar. Parecía haber encontrado otra pista.

## La Curación

**E**l Iatromantis continuaba observándola en silencio. Se había percatado del brillo que había recobrado el rostro de Loretta, pero quería esperar a que fuera ella quien compartiera la pista que había encontrado.

Una vez abierta completamente la puerta de madera del salón del rey, apareció la alargada silueta de Volker, siempre con la precisión de un reloj. Su anfitrión estaba ahí tal como se lo había dicho dos horas atrás, para acompañarla hasta la recepción, donde la esperaban sus padres.

-Ayer fue 29 de mayo... -empezó explicando Loretta –Ayer hace un año, vi la foto en el salón de belleza de mi estilista. Y ayer hace 15 años nos encontramos Santiago y yo en aquel rincón secreto donde nos juramos amor eterno. Hoy hace 15 años, mi padre leyó mi diario y fue a buscar a Santiago para decirle que se desapareciera de mi vida y así lo hizo. Y hoy, 15 años después, estoy en este templo del sueño comprendiendo que nunca dejamos de pertenecer a lo que amamos.

El Iatromantis solo afirmó con su cabeza lo que Loretta le acababa de compartir. Tal vez los calendarios también podían contribuir a la creación de portales para entrar en comunicación con otras realidades paralelas. Tal vez... Lo cierto es que continuaba faltando la pieza que daba sentido a todo aquel rompecabezas.

El Doctor Heiler extendió su mano con la intención de estrechar la mano de la invitada. La sesión onírica había terminado aunque el misterio no se había logrado resolver, sin embargo esto no parecía desconcertar al Iatromantis, ya que

como él mismo le había explicado a Loretta, nuestra alma siempre tiene un tiempo para entender las cosas. Loretta estrechó su mano y agradeció el tiempo compartido... Al fin y al cabo, tal y como había aprendido, lo importante era estar.

Loretta empezó a caminar hacia la puerta donde la esperaba su anfitrión. Cuando faltaban un par de pasos para abandonar por completo el gran salón del rey, se volteó para despedirse del Iatromantis, sin embargo los sillones de vinil estaban vacíos. El Doctor Heiler había desaparecido mientras ella caminaba hacia la puerta.

Volker, al ver el desconcierto sobre el rostro de su invitada, se apresuró a decir:

-Siempre sale a tomar un poco de aire por la puerta que da al jardín donde están las ruinas arqueológicas carolingias –Loretta volteó nuevamente y deslizó su mirada hasta una de las puertas que conducían a aquel jardín intentando ver la silueta del Iatromantis por última vez, sin embargo era prácticamente imposible divisarlo.

Volker y su invitada atravesaron el vestíbulo y llegaron a la sala del café de media tarde. Loretta le preguntó:

-¿Es normal que el misterio no se haya resuelto?

-¿A qué te refieres? –preguntó con interés Volker.

-Es cierto, ya no tengo aquel profundo sentimiento de pérdida que no remitía con ningún tratamiento y que me había hundido en aquella depresión tan sombría –respondió Loretta. –También es cierto que la foto me puso en contacto con Anne Louise y la sesión onírica con Sara y con Santiago. Es cierto que el 29 de mayo coincide en mi calendario con la historia de Santiago, con la foto y ahora con el Asclepeion. Pero sigo sin comprender por qué... ¿por qué pasó todo esto? ¿Qué pasó exactamente hace un año cuando vi esa foto?

-El Iatromantis no es un Sherlock Holmes –dijo Volker sonriendo –él te hace preguntas para ayudarte a comprender lo que ha pasado. Si todavía no has encontrado la respuesta al por qué, tal vez sea porque todavía hay un elemento que no has logrado ver, ya sea porque aún no estás lista para verlo o bien, porque todavía no ha aparecido esa pieza del rompecabezas... Pero no te inquietes: la Vida pondrá en tus manos esa pieza que falta cuando sea el momento oportuno,

cuando estés lista para comprender el misterio. Lo bueno de todo esto, mi querida Loretta, es que has vuelto a recuperar tu alegría por la vida, tu curiosidad, tu deseo y disposición para aprender y para descubrir mundos nuevos... Tal vez en el mundo espiritual lo que necesitan ahora es que vuelvas a sentirte plena y feliz para que tú sola puedas encontrar la pieza que hace falta.

Loretta y Volker habían atravesado la sala del café de media tarde donde parecía bailar un vals por toda la sala la mirra y el sándalo. Volker volvió a empujar con su mano la gran puerta de madera que ahora conducía a la recepción. Loretta se detuvo y echó un vistazo por toda la sala. No podía creer que tan solo hubiera estado 24 horas en ese lugar y sin embargo, en esas 24 horas había aprendido y vivido tantas cosas. Cada detalle del Asclepeion había sido realmente curativo para su alma en ruinas. Cada olor, cada sabor, cada sensación, cada palabra, cada momento, cada burbujear del Pader... Todo lo que allí estaba, le había devuelto la luz a su vida gris. Loretta había vuelto a ser aquella joven de 30 años, feliz, plena y agradecida.

En silencio, Loretta se despidió de aquel lugar. La puerta de madera había sido abierta por Volker y a mitad del largo pasillo podía distinguir las siluetas de sus padres y de Beatrice, quienes la esperaban en la recepción. Loretta caminó hasta el encuentro con sus padres y conforme toda la magia que envolvía al Asclepeion iba alejándose cada vez más de sus pasos, ella podía distinguir con más detalle los rostros de sus padres. Solo habían pasado 24 horas desde que se había despedido de ellos, sin embargo Loretta sentía que había sido mucho más el tiempo transcurrido. Tanto, que había viajado hasta Londres de la I Guerra Mundial e incluso, hasta los inicios de la era cristiana.

Los padres de Loretta, aunque solo habían pasado una noche en Colonia y habían ido a conocer su imponente Catedral y las reliquias de los tres Reyes Magos, también sintieron que habían transcurrido más de 24 horas cuando contemplaron la luz y la alegría que reflejaba el rostro de su hija. Es que no podía ser, que tan solo 24 horas habían bastado para recuperar a aquella hija que desde hacía un año, no habían vuelto a ver. Por eso, cuando Loretta finalmente llegó a su encuentro, los abrazos y las lágrimas emotivas de los tres no se hicieron esperar.

-Bueno –dijo Volker interrumpiendo el reencuentro y dirigiéndose a los padres de Loretta, les dijo –aquí está su hija.

-Con solo ver su cara –se apresuró a decir el padre –es más que evidente que el tratamiento fue todo un éxito. En buena hora que el Doctor Strauss nos refirió con ustedes y más aún, que ustedes abrieron un espacio para recibir a nuestra hija.

-Les estamos profundamente agradecidos –agregó la madre –no sé qué fue lo que pasó ahí adentro, pero sea lo que haya sido, yo que conozco a mi hija sé que hoy hemos vuelto a encontrarnos con la joven feliz que desde hace tanto tiempo no habíamos vuelto a ver.

-Estamos para servirles –respondió Beatrice y dirigiéndose a la invitada, dijo –ha sido todo un gusto para nosotros conocerte y recibirte aquí, Loretta, y sobre todo, verte sonreír tan radiante como lo haces hoy.

Volker le entregó la pequeña mochila a Loretta y luego le dio un fuerte abrazo. Parecía absurdo, pero habían bastado tan solo 24 horas para que Loretta sintiera un gran afecto y una inmensa gratitud por su anfitrión. Era difícil imaginar la magia del templo del sueño sin un anfitrión como él. Loretta no pudo pronunciar una sola palabra para despedirse de Volker, pero para él no era necesario: ver la alegría y la paz que ahora engalanaba el rostro de Loretta y las hojas de laurel reverdeciendo en sus ojos llenos de luz, era la mejor acción de gracias que podía haber recibido.

Los padres y Loretta caminaron el resto del largo pasillo que los conducía hasta la puerta principal que daba a la pequeña callecita de Am Ikenberg. Beatrice y Volker, que permanecían en silencio, vieron hacerse cada vez más pequeña aquella mochila en la espalda de Loretta hasta que finalmente desapareció.

-Bueno –dijo Volker –ha terminado mi jornada.

-Ya Marie Clarette está con el nuevo invitado en la capilla de Ikenberg –le comunicó Beatrice a Volker, quien por primera vez, miró su reloj.

El templo del sueño había recibido a un nuevo invitado y ahora sería Marie Clarette la anfitriona mientras Volker descansaba. Posiblemente en ese momento ya el Iatromantis se encontraba durmiendo para prepararse para una nueva sesión onírica esa noche al igual que los doctores y Christine debía estar dando los últimos toques mágicos a la comida que preparaba en la cocina, mientras en el recinto subterráneo de aquel templo del sueño, la fuente sagrada no dejaba de

cantar con el burbujear del Pader. Todo en el Asclepeion seguía funcionando con la precisión de un reloj.

Por su parte, Loretta caminó abrazada a sus padres por la calle de Am Abdinghof que los llevó hasta la iglesia del mismo nombre y al Paderquelle con su espectáculo de patos danzantes.

-Tu mamá descubrió un restaurant de comida típica alemana atravesando el Paderquelle –se apresuró a decir el padre –vamos a comer ahí para que nos cuentes con todo detalle cómo fue tu internamiento en el templo del sueño.

A Loretta le pareció una buena idea, aunque en su interior tenía la certeza que aquella comida jamás estaría a la altura de la buena cuchara de Christine.

Los padres y Loretta atravesaron el Paderquelle. Los colores de las flores de aquel mayo de primavera que estaba próximo a terminar, parecían saludar a los transeúntes mientras los patos desfilaban en familia por las claras aguas del Pader que permitían ver las algas en el fondo del estanque danzar muy cadenciosamente. Llegaron hasta la pequeña calle adoquinada de Mühlenstrasse y luego caminaron un par de metros por la calle Kisau hasta el restaurante de comida alemana. Tomaron una mesa en el fondo del restaurante, con la intención de tener mayor privacidad para que Loretta les contara todos los secretos del Asclepeion.

Mientras degustaban aquella típica comida alemana, Loretta les contó con detalle cada momento vivido en el templo del sueño. Les describió el olor a sándalo y mirra de la sala del café de media tarde, la frescura de las paredes blancas de la capilla de Ikenberg, la escalera en espiral que desembocaba en el comedor, el santuario gastronómico de Christine, el amplio dormitorio en el que no durmió, la compuerta que conducía al recinto subterráneo, el laboratorio de los doctores y sus explicaciones sobre el sueño, la cueva de piedra con la fuente sagrada en donde brotaban las nacientes del río Pader, el recinto donde el Iatromantis había observado los sueños de Loretta utilizando el casco de realidad virtual y el inmenso salón del rey con sus candelabros y sus ventanales semicirculares. Les contó de Volker, de los doctores, del señor Laurent, del Doctor Freud y del Iatromantis. Les contó con tanto detalle su sesión onírica que los padres sentían tener también un casco de realidad virtual como el Doctor Heiler. Les contó cómo la foto había creado un portal a través del cual se había comunicado con Anne Louise y cómo su depresión había sido muy parecida a la

que Anne Louise había vivido tras la muerte del padre. Les contó que a través de la sesión onírica había entrado en contacto también con la pequeña Sara quien le recordó la felicidad y la plenitud que había vivido antes de ver esa foto. Les contó lo que ambas le habían enseñado sobre las despedidas y cómo el amor está por encima de ellas, de manera que siempre estaremos conectados a quienes amamos y a quienes nos aman.

Y cuando les contó que su sesión onírica había terminado con Santiago, los padres abrieron de par en par sus ojos y mantuvieron su respiración. Luego de 15 años se había vuelto a pronunciar el nombre de Santiago sobre una mesa en donde estaban los tres. Cuando el nombre de Santiago atravesó la garganta de Loretta y alzó vuelo desde sus labios, aquella adolescente enamorada que aguardaba en un rincón del interior de Loretta volvió a sonreír.

El padre contempló a su hija con una mirada compasiva y movió su cabeza negativamente. Carraspeó y se dirigió al baño. La madre tomó las manos de Loretta mientras la miraba en silencio y endulzaba aquel momento con una sonrisa amorosa. Luego de unos minutos de mirarse la una a la otra, la madre dijo:

-Hija... hijita. Hay algo que debes saber y no sé por dónde empezar... - Loretta empezó a inquietarse. La madre continuó –cuando tu padre y yo estábamos saliendo de la catedral de Colonia, en este mundo tan pequeño, nos encontramos sorpresivamente con Verónica.

Loretta sonrió. Recordaba con gran cariño a Verónica, una mujer morena, de contextura gruesa, que se encargaba del funcionamiento de la casa mientras los padres de Loretta trabajaban. Verónica había acompañado a Loretta durante su adolescencia y sus años universitarios. Ella había conocido casi en exclusiva las aventuras de Loretta y Santiago. Había sufrido en silencio cuando los enamorados se habían visto forzados a terminar la relación pero como adulta que era, comprendía las razones por las cuales los padres de Loretta no querían que su hija perdiera su tiempo con él.

-¡Qué bonito! –exclamó Loretta. – ¡Hace tanto tiempo no había vuelto a saber nada de Verónica! Desde que dejó de trabajar con nosotros para regresar con su familia a su país de origen, no había vuelto a saber nada de ella. ¿Cómo estaba? ¡Me alegro tanto que estuviera viajando por aquí!

-Ella está bien, siempre tan sonriente y cariñosa como la recordamos... -

respondió rápidamente la madre por lo que Loretta comprendió que no era exactamente de Verónica de quien la madre quería hablar.

-¿Qué pasó? –preguntó Loretta en forma directa pues ya empezaba a preocuparse.

-Hija... -volvió a decir la madre haciendo una pausa muy larga mientras se le humedecían sus ojos y continuó –Verónica nos contó que hace un año, justo el día que viste la foto de la calle de Londres, Santiago murió...

Los ojos de Loretta se abrieron de par en par y de repente todo el restaurante parecía haberse quedado en silencio. Muchas imágenes de momentos vividos con Santiago empezaron a pasar en forma desordenada por la mente de Loretta. La madre continuaba apretando las manos de su hija y solo pudo decir:

-Lo siento tanto hija... lo siento mucho. No sabíamos si decirte o no pero al final, tu padre y yo concluimos que tienes derecho a saberlo porque él fue una persona muy significativa para ti. Santiago murió luego de una larga enfermedad, aunque su dolor, más que físico, era un dolor emocional. Prácticamente, se dejó morir, según nos dijo Verónica. Sin embargo, al final de su agonía sintió paz y decía que estaban lloviendo unas suaves y perfumadas rosas sobre él, las cuales lo acariciaban... Ya sabes, las alucinaciones que a veces tienen los moribundos. Verónica nos dijo que con su último aliento pronunció tu nombre con una sonrisa mientras movía con dificultad su mano derecha como quien dice adiós.

Loretta estaba en shock. Luego, como volviendo de un largo sueño, recuperó el habla y le dijo a la madre:

-Necesito tomar aire... Por favor, espérame aquí con papá. Necesito estar sola unos minutos junto a las nacientes del Paderquelle. No se preocupen, regreso pronto.

Y sin dar tiempo a que su madre dijera una sola palabra, Loretta se puso de pie y salió con pasos apresurados del restaurante. Llegó hasta el Paderquelle y se sentó en la banca desde donde se podía observar la iglesia de Abdinghof, el hotel Petit Gallerie y las esculturas de los primeros pobladores de Paderborn. Volvieron las lluvias a correr tímidamente por sus mejillas, como solía pasar en Mayo, pero esta vez, se sentía profundamente agradecida y en paz... Había llegado la pieza que faltaba a su rompecabezas.

La muerte de Santiago era el evento del factor precipitante de su depresión. El Doctor Strauss había tenido razón al asegurar que el evento podía estar en cualquier lugar, incluso en lugares a donde solo el alma tiene acceso. También había acertado el Doctor Strauss al decir que detrás de toda depresión siempre había una pérdida, ya que era a Santiago a quien Loretta había perdido. Su alma, que siempre estuvo conectada a Santiago a través del amor, sí se había enterado de su muerte y había podido sentir su despedida, pero Loretta aún no estaba preparada todavía para recibir esa noticia.

El mismo día que Santiago murió, a través de la foto que Loretta había visto, Anne Louise se puso en contacto con ella para acompañarla en su reacción subjetiva ya que ella comprendía mejor que nadie, cómo podría sentirse Loretta al perder a Santiago. Pero Loretta solo estuvo preparada para entenderlo, hasta que llegó un año después al Asclepeion.

A través de la sesión onírica, Anne Louise y Sara, desde sus propias realidades, le ayudaron a comprender que aunque las personas volaran y se alejaran del nido, en realidad, nunca dejaban de pertenecer a él. Le enseñaron que podemos abrir nuestras manos y soltar lo que tanto amamos porque realmente nunca lo perderemos. Le enseñaron que lo que amamos siempre nos pertenecerá y que estaremos conectados a ello por encima de cualquier despedida y eso hacía que la vida siguiera siendo hermosa y siguiera estando llena de alegría y bondad, a pesar de las ausencias que a veces nos podían lastimar.

Al igual que el señor Laurent, se sentía agradecida con los seres que a través de los portales naturales que se crean en los sueños, nos guían y nos llevan de su mano para comprender mejor las experiencias que vivimos. Pensó que tal vez, así como Sara y Anne Louise la habían ayudado a comprender tantas cosas respecto a las pérdidas, a través de algún sueño, ella podría también ayudar a alguna persona en otra dimensión paralela al compartirle su historia.

De pronto, una sonrisa se asomó en su rostro y empezó a reír. Sus carcajadas brotaban como brotaba el agua en la fuente sagrada de la cueva del templo del sueño. Loretta recordó la promesa que Santiago le había hecho 15 años atrás cuando se despidió de ella. Él le había jurado que se volverían a encontrar cuando ya las razones que los separaban no tuvieran ningún valor y así había sido. Sus almas se habían reencontrado en una dimensión diferente, tal y como lo hacían tantos años atrás cuando se enviaban mensajes en clave morse a

través de los sueños.

Otra vez, Loretta y Santiago se habían vuelto a encontrar como aquel día de Mayo cuando se tatuaron sus almas al cuerpo tembloroso de cada uno. Otra vez estaban juntos en una cita furtiva como cuando se encontraban a escondidas en alguna calle llena de charcos por las lluvias interminables de Mayo. Otra vez Santiago había vuelto al encuentro con Loretta, pero esta vez lo había hecho debajo de una lluvia de rosas perfumadas y suaves, porque solo el amor podía ser capaz de transformar la lluvia fría de Mayo en una primavera eterna, donde cualquier adiós se convierte de repente en un nuevo comienzo...

天 日 天 日